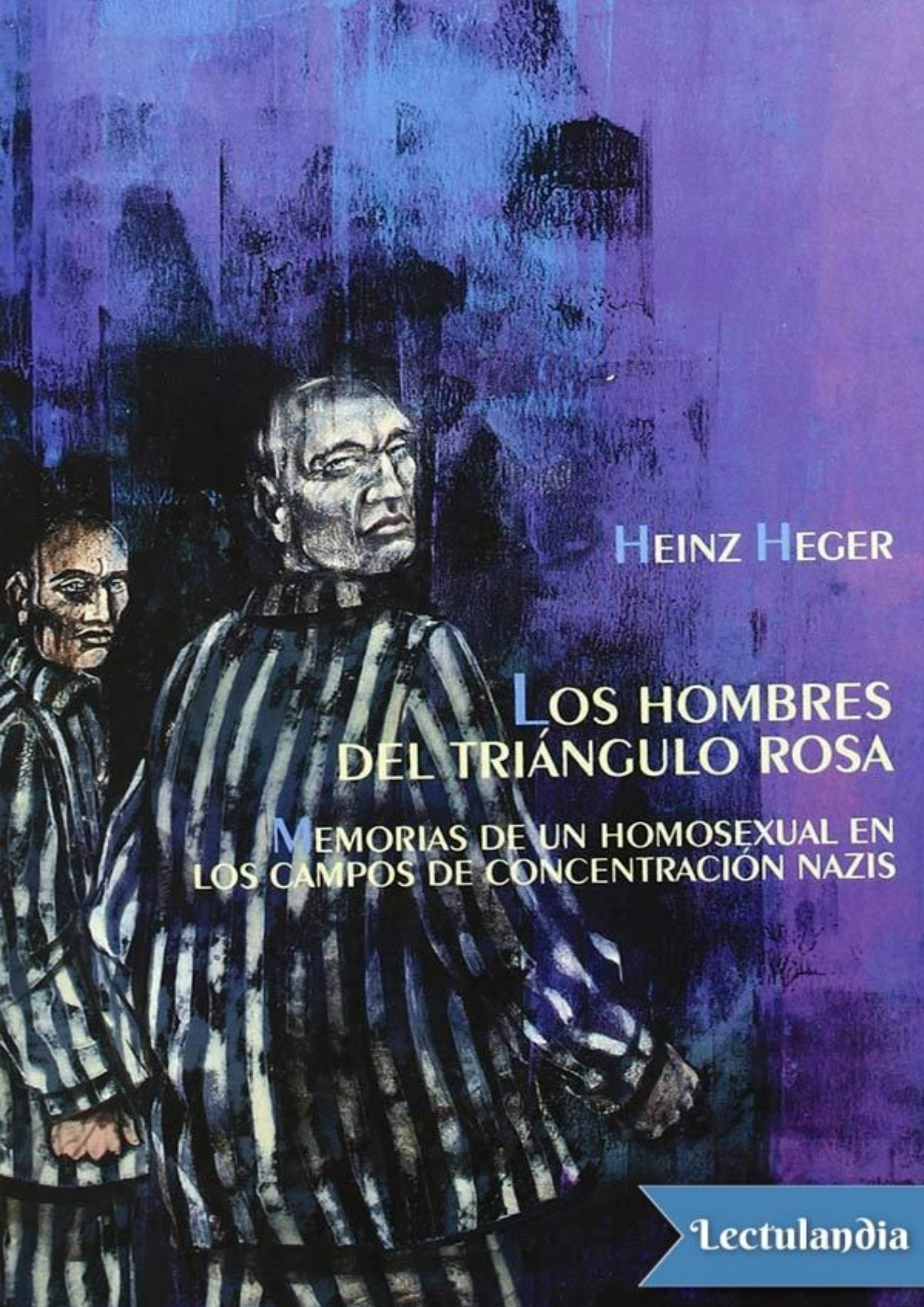




HEINZ HEGER

LOS HOMBRES DEL TRIÁNGULO ROSA

MEMORIAS DE UN HOMOSEXUAL EN
LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN NAZIS

Lectulandia

Este libro trata de un aspecto poco conocido de la barbarie nazi: la persecución de los homosexuales. A diferencia de los numerosos relatos existentes de judíos que sobrevivieron a los campos de exterminio, no hay casi testimonio de homosexuales encarcelados durante esta época. El motivo es muy sencillo: al finalizar la guerra la homosexualidad seguía estando mal vista en Europa, e incluso castigada en muchos países, por lo que los ex prisioneros del triángulo rosa no se atrevían a publicar sus experiencias, temerosos de avergonzar a sus familiares y de sufrir nuevas penalidades. Tras haber sido perseguidos quedaban ahora, en cierto modo, reducidos al silencio. La historia de este libro da buena fe de ello.

Heinz Heger

Los hombres del triángulo rosa

ePub r1.0

Titivillus 16.04.2020

Título original: *Die Männer mit dem rosa Winkel*

Heinz Heger, 1972

Traducción: Eduardo Knörr Argote

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

NOTA DE LOS EDITORES

En 1871, a raíz de la unificación alemana, el nuevo código penal introdujo el artículo 175^[1], que castigaba con prisión las relaciones sexuales entre hombres. Se imponía de esta manera el punto de vista conservador del código de Prusia sobre el de las legislaciones de Baviera y Hannover que, en 1813 y 1840 respectivamente, habían despenalizado la homosexualidad siguiendo la influencia de la Ilustración francesa. A partir de 1898 los social-demócratas apoyaron en el parlamento alemán la petición formulada por el famoso psiquiatra Magnus Hirschfeld y su Comité Científico-Humanitario para abrogar el artículo. En 1929 consiguieron, con el apoyo de los comunistas, que un comité parlamentario especial recomendara su abolición. No obstante, de nada sirvió que durante esos años importantes científicos, artistas y escritores alemanes como Alfred Döblin, Albert Einstein, George Grosz, Gerhard Hauptmann, Hermann Hesse, Engelbert Humperdinck, Karl Jaspers, Käthe Kollwitz, Max Liebermann, Thomas Mann, Rainer María Rilke, Max Scheler, Arthur Schnitzler, Félix Weingartner, Heinrich Zille, August Bebel, Karl Kaustky y Harry Grad Kessler apoyaran en uno u otro momento la petición, pues a finales de 1929 los nazis obtuvieron 103 escaños en el nuevo Reichstag y la reforma del código se volvió imposible.

Con la llegada de Hitler al poder en enero de 1933 pronto se comprueba que la tolerancia no es una de las virtudes de los exaltados nazis. Para los nuevos amos de Alemania los homosexuales son, junto con judíos, gitanos, socialistas, epilépticos, mudos, testigos de Jehová y otros grupos sociales elegidos como chivos expiatorios, los responsables de la supuesta decadencia moral imperante y del desastre económico de la República de Weimar. El 23 de febrero del mismo año se prohíbe la pornografía junto con las asociaciones que abogaban por los derechos de los homosexuales; el 28 del mismo mes Hitler se arroga por decreto presidencial poderes de emergencia al día siguiente del incendio del Reichstag; el 26 de abril se crea la Gestapo^[2]; el 2

de mayo se detiene a los líderes de los principales sindicatos y luego, el día 6, una banda de fascistas incontrolados destruye el prestigioso Instituto de Investigaciones Sexuales de Hirschfeld, cuya biblioteca y archivo fotográfico son quemados cuatro días después en una ceremonia pública; hacia el verano los guardias de asalto de Ernst Röhm empiezan a atacar bares de homosexuales en toda Alemania. La campaña contra los homosexuales se recrudece tras el suceso conocido como «La noche de los cuchillos largos»; esa noche, el 28 de junio de 1934, bajo la dirección de Heinrich Himmler, el nuevo cuerpo paramilitar de las SS detiene a Ernst Röhm y asesina a la mayor parte de su camarilla de camisas pardas, acusándolos de ser unos «cerdos homosexuales». El 24 de octubre de este año la Gestapo envía una carta secreta a todas las comisarías de policía ordenando que se le entreguen listas con los nombres de todos los homosexuales que conocen; el 26 de octubre se crea un departamento especial en la Gestapo para luchar contra el aborto y la homosexualidad. Las detenciones y redadas en centros nocturnos se multiplican. El 28 de junio de 1935 se endurecen las penas previstas en el artículo 175 y el 14 de septiembre se promulgan las infames Leyes de Núremberg de discriminación racial contra los judíos.

Lo que sucedió después es conocido. Con el fascismo en Italia consolidado, la anexión de Austria y de los Sudetes en 1938 y la victoria franquista en España de 1939, la barbarie nazi se sintió asegurada. Provocó una Segunda Guerra Mundial de consecuencias devastadoras y emprendió una campaña sistemática de represión y exterminio contra sus enemigos predilectos —judíos, gitanos, antifascistas y homosexuales— sin precedentes en la historia europea.

Este libro trata de un aspecto poco conocido de la barbarie nazi: la persecución de los homosexuales. A diferencia de los numerosos relatos existentes de judíos que sobrevivieron a los campos de exterminio, no hay casi testimonios de homosexuales encarcelados durante esta época. El motivo es muy sencillo: al finalizar la guerra la homosexualidad seguía estando mal vista en Europa, e incluso castigada en muchos países, por lo que los ex prisioneros del triángulo rosa no se atrevían a publicar sus experiencias, temerosos de avergonzar a sus familiares y de sufrir nuevas penalidades. Tras haber sido perseguidos, quedaban ahora, en cierto modo, reducidos al silencio. La historia de este libro da buena fe de ello.

Heinz Heger es un pseudónimo del escritor vienés Hans Neumann (1914-1979). Neumann conoció en los años sesenta a un sobreviviente de la represión nazi contra los homosexuales y aceptó transcribir sus memorias.

Joseph K... la persona que en realidad sufrió los hechos, deseaba dar a conocer sus experiencias pero no quería que su nombre saliera a la luz pública, por consideración hacia su familia. Pensaba además que carecía del talento necesario para escribir de su puño y letra todo lo que tuvo que soportar durante su encarcelamiento. Fue así como Joseph K. se reunió en varias ocasiones entre 1965 y 1967 con Neumann y le relató su historia; éste tomó notas que luego redactó en forma de libro. Una vez concluida la última reunión con Neumann, Joseph K. experimentó tal satisfacción y alivio al ver que su relato perduraría para la posteridad que en adelante ni siquiera se preocupó de leer el manuscrito preparado para la edición. Por su parte, Neumann tardó varios años en encontrar una editorial que estuviera dispuesta a publicar el manuscrito; se trataba, además, de su primer libro. Finalmente, en 1972 la editorial Merlin publicó *Die Männer mit dem rosa Winkel*.

Cuando Joseph K. tuvo en sus manos el libro publicado advirtió que se habían colado varias imprecisiones. Tenía 24 años cuando fue detenido en 1939, y no 22 como escribió Neumann. Fue condenado a siete meses de calabozo y no a seis como pone en el libro. No era estudiante universitario en esa época sino empleado de la oficina de Correos. Tras su regreso del campo de concentración^[3] no fue readmitido en su puesto y entró a trabajar como vendedor en una conocida casa de artículos para el cuidado de cuero y calzado. A los 52 años de edad se cambió al ramo textil. Joseph K. no se molestó por estas imprecisiones, no le importó que algunos datos sobre su persona estuvieran equivocados, lo importante para él era que los acontecimientos habían quedado plasmados tal y como habían sucedido.

Al terminar la guerra, Joseph K. se dirigió a la oficina provisional que el Ayuntamiento de Viena había constituido para los repatriados de los campos de concentración. En la oficina le dieron a entender que, en su calidad de «sarasa», no debía esperar ninguna ayuda. Le propusieron que cambiara el color de su triángulo, que se afiliara a un partido político para convertirlo de rosa en rojo. A diferencia de otros, Joseph K. rechazó la propuesta, indignado al saber que en vista de que había sido condenado por un delito tipificado penalmente no tenía derecho a una reparación. En 1971, a pesar de la oposición manifiesta de la Conferencia Episcopal Austríaca, se despenalizó la homosexualidad en Austria; Joseph K. emprendió desde entonces una lucha burocrática para que se le reconocieran sus derechos como perseguido durante la ocupación nazi. En 1992, después de numerosas solicitudes y trámites, consiguió que el estado austríaco le computara para el pago de la pensión los seis años pasados en la cárcel y en los campos de concentración. En sus

memorias ya se reflejaba de un modo especial la indignación que siempre había sentido Joseph K, al ver que, por el contrario, a los antiguos guardias de las SS, con el pretexto de que sus crímenes no siempre se podían probar, sí se les computaba para la pensión el tiempo de servicio prestado en los campos. Joseph K. falleció el 15 de marzo de 1994, a la edad de ochenta años, sin que la República de Austria jamás lo indemnizara verdaderamente por la persecución que sufrió.

En 1980 se publicó la traducción inglesa de este libro en Estados Unidos y Gran Bretaña. A pesar de que era el primer relato extenso de un ex prisionero de triángulo rosa que veía la luz en forma de libro, su publicación no suscitó demasiado interés. La sociedad de los derechos humanos no estaba preparada aún para recordar esta página infame de la historia del mundo occidental. Hoy, reeditado en inglés y en alemán, el libro de Heger está considerado como el testimonio personal más importante de la persecución nazi contra los homosexuales. Con la edición en castellano esperamos contribuir a que estos hechos no queden silenciados y no se repitan nunca más.

1. Detenido y sentenciado por ser homosexual

Viena, marzo de 1939. En aquel entonces yo tenía 22 años y estudiaba en una escuela superior de la ciudad preparándome para una carrera académica, más por complacer a mis padres que a mí mismo. Como la política no me interesaba mucho, no formaba parte de la asociación estudiantil nazi ni era miembro del partido ni de ninguna de sus organizaciones.

No es que tuviera nada en contra de la nueva Alemania. Después de todo, el alemán era mi lengua materna y lo sigue siendo, pero la educación que de adolescente recibí en casa siempre tuvo un carácter marcadamente austríaco. Me refiero a que en nuestra casa reinaba la tolerancia y no se hacían distinciones entre las personas por el hecho de que hablaran un idioma diferente, practicaran otra religión o tuvieran un color de piel distinto del nuestro. Respetábamos las opiniones de los demás sin importar lo extrañas que nos pudieran parecer.

Esta es la razón de que todo cuanto hablaban en la universidad acerca de la raza alemana y de la nación, Alemania, que el destino había elegido para dirigir y gobernar Europa, me resultara demasiado arrogante. Y motivo suficiente para que no simpatizara mucho con los nuevos amos nazis de Austria ni con sus ideas.

Formábamos lo que se dice una familia pequeño burguesa de estricta moral católica. Mi padre era un alto funcionario del Estado, puntilloso y correcto en todo cuanto le atañía, ejemplo digno de respeto para mí y mis tres hermanas menores. De pequeños nos regañaba con serenidad y sensatez cuando hacíamos travesuras, reprendiéndonos con el dedo índice en alto, y siempre nos recordaba que mi madre era la señora de la casa. La veneraba profundamente y, que yo recuerde, nunca dejó que pasara el día de su cumpleaños o de su santo sin regalarle flores.

Mi madre, que aún vive, ha sido siempre la encarnación de la bondad y el cariño hacia sus hijos, dispuesta en todo momento a ayudarnos cuando

estábamos preocupados o afligidos. Ciertamente, se enojaba o ponía el grito en el cielo cuando debía hacerlo, pero sus enfados no duraban mucho y nunca dejaba lugar al resentimiento. No solamente era una madre para nosotros, sino también una buena amiga a la que podíamos confiar todos nuestros secretos, pues siempre tenía una respuesta razonable, incluso en las situaciones más complejas.

Desde los dieciséis años me di cuenta de que me atraían más las personas de mi propio sexo que las mujeres. Al principio no me pareció que ello tuviera nada de particular, pero cuando a mis compañeros de escuela les dio por enamorarse de las muchachas y galantear con ellas, mientras que yo estaba prendado y embelesado de otro muchacho, empecé a reflexionar en lo que esto suponía.

Me sentía feliz en compañía de las chicas y disfrutaba estando con ellas, pero pronto me di cuenta de que las apreciaba sólo como compañeras de clase, con los mismos problemas y satisfacciones de la escuela, y que no corría tras ellas con los ardientes deseos de los demás muchachos. El hecho de tener inclinaciones homosexuales nunca me hizo abominar a las mujeres ni sentir la menor repulsión hacia ellas, todo lo contrario. Sencillamente no podía enamorarme de ellas; era algo ajeno a mi propia naturaleza, aunque algunas veces lo intenté.

Durante tres años conseguí ocultar a mi madre el secreto de mis sentimientos homosexuales, aunque fue muy duro para mí no poder hablar de ello con nadie. Hasta que un día decidí confiarme a ella y le confesé todo lo que nos creemos en el deber de decir para aliviar nuestro corazón y nuestra conciencia, no tanto en busca de sus consejos, sino para liberarme definitivamente del peso de un secreto que me agobiaba.

—Querido hijo —me respondió— es tu vida y eres tú quien tiene que vivirla. Nadie puede cambiarse el pellejo y meterse en otro, tienes que resignarte y saber llevarlo. Si crees que solamente con otro hombre encontrarás la felicidad, eso no quiere decir que te hayas convertido en un monstruo. Pero cuídate de las malas compañías, y evítalas, porque caerías enseguida en el chantaje. Trata de encontrar un amigo estable, eso te alejará de muchos riesgos. Yo ya lo sospechaba desde hace tiempo. No has de perder la paciencia porque seas así. Sigue mis consejos y recuerda que, pase lo que pase, eres mi hijo y siempre puedes acudir a mí con tus preocupaciones.

El parecer y las palabras razonables de mi madre me confortaron mucho. No hubiera esperado otra cosa de ella: en cualquier situación, siempre había sido la mejor amiga de sus hijos.

En mis años de universidad conocí a varios compañeros que sentían lo mismo que yo, o mejor dicho, que tenían gustos parecidos a los míos. Creamos una asociación estudiantil; al principio contaba con pocos miembros, pero después de la invasión alemana y del *Anschluss*^[4] su número aumentó pronto con otros estudiantes del *Reich*^[5]. Como es natural, no nos limitábamos a repasar los trabajos académicos en grupo: no tardaron en formarse parejas y un día, a finales de 1938, conocí al gran amor de mi vida.

Fred era hijo de un jerarca nazi del Reich. Me llevaba dos años y quería terminar sus estudios en la escuela de medicina de Viena, célebre en todo el mundo. Tenía un carácter enérgico y al mismo tiempo sensible; su apariencia viril, su facilidad para los deportes y los descomunales conocimientos que tenía me impresionaron tanto que caí cautivado enseguida. Yo también debí gustarle, supongo que por mi encanto vienés y mi marcada sensibilidad. Además, yo tenía también un cuerpo atlético, lo que no dejó de tener su efecto. Éramos muy felices el uno con el otro y hacíamos toda clase de planes para el futuro, seguros de que nunca nos separaríamos.

Un viernes, a eso de la una de la tarde, casi exactamente un año después de que Austria se hubiera convertido en una mera *Ostmark*^[6], oí que llamaban dos veces al timbre de la puerta. Solamente fueron dos timbrazos cortos, pero de alguna manera sonaron imperiosos, autoritarios. Al abrir me sorprendió ver a un hombre vestido con sombrero de ala ancha y abrigo de cuero. Tras decir secamente la palabra «Gestapo» me entregó una tarjeta con un requerimiento reglamentario en el que se me citaba para presentarme a un interrogatorio a las dos de la tarde en el cuartel central de la Gestapo, ubicado en el hotel Metropol de la Morzinplatz.

Mi madre y yo nos quedamos perplejos, aunque yo sólo acertaba a pensar que la citación tendría que ver con algún asunto de la universidad: probablemente estarían investigando a un universitario que había caído en desgracia dentro de la liga de estudiantes nacionalsocialista.

—No puede ser nada grave —le dije a mi madre—. Si lo fuera, la Gestapo me habría llevado detenido.

Mi madre no acabó de tranquilizarse, se le podía ver la preocupación en el rostro. Yo, por mi parte, tenía una vaga sensación de desmayo en el estómago, ¡pero quién no siente algo así en una dictadura cuando tiene que ir para ser interrogado a las dependencias de la policía secreta!

Eché un vistazo por la ventana y vi que el hombre de la Gestapo estaba unas puertas más adelante, parado frente a un escaparate. Parecía que sus ojos observaban nuestra puerta en lugar de mirar los artículos expuestos en la

tienda. Cabía suponer que le habían ordenado vigilarme para evitar que intentara escapar. No había duda de que me seguiría los pasos hasta el hotel. La escena me dio mucho que pensar, y me asaltó una angustia indefinida: la sensación de que un peligro me acechaba.

Mi madre debió de sentir lo mismo, porque cuando me despedí de ella para acudir al requerimiento de la Gestapo, me dio un abrazo muy cariñoso y me repitió varias veces:

¡Cuídate, hijo, cuídate!

Ninguno de los dos pensó, sin embargo, que sólo nos volveríamos a ver y a abrazar al cabo de seis años: yo convertido en una piltrafa humana, ella en una mujer destrozada, atormentada por la suerte de su hijo, pues durante seis años tuvo que soportar los insultos y el desprecio de los vecinos y de los demás ciudadanos porque era sabido que su hijo era homosexual y había sido enviado a un campo de concentración.

Nunca volví a ver a mi padre desde aquel día. Solamente después de que fui liberado en 1945 me enteré por mi madre de las muchas veces que mi padre había intentado que me soltaran mediante instancias que escribía al ministro del Interior, a la *Gauleitung*^[7] de Viena y a la Central de Seguridad del Reich en Berlín. A pesar de los muchos contactos que tenía en su calidad de alto funcionario del gobierno, nunca lo consiguió, y todas sus súplicas fueron rechazadas.

Debido a las peticiones que presentó, pero sobre todo debido a que su hijo estaba encarcelado en un campo de concentración por ser homosexual, algo que el régimen nazi consideraba jurídicamente intolerable en un alto funcionario, a finales de 1940 se vio obligado a aceptar su jubilación forzosa con una pensión reducida. No pudo soportar mucho tiempo esta humillación y en 1942 se quitó la vida, lleno de amargura y dolor contra una época en la que nunca supo encontrar su sitio, decepcionado de todos los amigos que no quisieron o no pudieron ayudarlo. Escribió una carta de despedida a mi madre, pidiéndole que lo perdonara por dejarla sola. Mi madre aún conserva la carta; en las últimas líneas se lee:

«... y ya no puedo soportar más las burlas de mis conocidos y colegas; y de nuestros vecinos. ¡Es demasiado para mí! Nuevamente te ruego que me perdones. ¡Dios proteja a nuestro hijo!»

Llegué a la central de la Gestapo a las dos menos cinco. Parecía una colmena en ebullición: guardias de las SS iban y venían; otros, con uniforme

nazi o con el brazalete dorado del partido, pasaban presurosos por los pasillos y las escaleras. Al entrar por la puerta principal me topé con unos hombres vestidos de paisano: en sus rostros serios se advertía lo contentos que estaban por salir de ese edificio.

Entregué la tarjeta de citación y un hombre de las SS me llevó a la Sección IIs^[8]. Esperamos fuera de una estancia en la que un letrado grande indicaba el nombre del oficial al cargo, hasta que un secretario que estaba sentado en la antecámara y también llevaba el uniforme de las SS nos anunció y nos hizo entrar.

—¡Solicito su permiso, señor doctor! —El hombre de las SS se cuadró golpeando los tacones, entregó mi tarjeta y desapareció inmediatamente.

El tal doctor, vestido de civil pero con el pelo muy corto y la cara perfectamente afeitada, características que lo delataban como oficial de alto rango, estaba sentado detrás de un imponente escritorio con montones de carpetas, todas muy rectas y ordenadas. No me prestó la menor atención, ni levantó la vista para mirarme: siguió escribiendo sin decir palabra.

Permanecí de pie y esperé. Durante varios minutos no sucedió nada. Había un gran silencio en la habitación y apenas me atrevía a respirar; mientras, él continuaba escribiendo sin alzar la vista. El único sonido que se percibía era el rasgueo de su pluma estilográfica. Yo estaba cada vez más y más nervioso, aunque me daba cuenta de que se trataba de una táctica para ablandarme. De improviso, apartó el portaplumas y me miró penetrantemente con sus fríos ojos grises:

—Eres un marica, un homosexual, ¿lo admites?

—No, no, no es cierto —balbuceé, del todo sorprendido por su acusación, que era lo último que me esperaba. Había pensado que se trataría sólo de algún asunto político, tal vez de algo que tendría que ver con la universidad; de pronto me habían arrebatado mi secreto, tan celosamente guardado.

—¡No me mientas, maricón de mierda! —gritó con enfado—. Tengo pruebas fehacientes, ¡mira esto!

Sacó del cajón del escritorio una fotografía de tamaño postal y me la mostró.

—¿Lo conoces?

Su índice alargado y velludo apuntaba a la fotografía. Claro que conocía la foto. Era una instantánea que alguien nos había hecho a Fred y a mí. Estábamos abrazados de los hombros como dos amigos.

—Sí, es mi amigo y compañero de clase Fred.

—Conque sí —dijo con calma; pero con gran rapidez añadió—: Habéis estado haciendo cochinas juntos, ¿lo confiesas?

Su voz, fría y cortante, estaba llena de desprecio.

Negué con la cabeza. No podía articular palabra, era como si me hubieran atado una cuerda en la garganta. Sentí que todo un mundo se derrumbaba en mi interior, el mundo de mi amor y amistad con Fred. Nuestros encuentros secretos, nuestro juramento de fidelidad, de no revelar nunca nuestra amistad a otros, todo parecía haber sido traicionado. Estaba temblando de agitación, no sólo por las preguntas del doctor, sino también porque se había destapado mi relación de amistad con Fred. El doctor tomó la foto y le dio la vuelta. En la parte posterior estaba escrito: «A mi amigo con cariño eterno e íntimo afecto». Yo me lo esperaba, en cuanto me enseñó la fotografía recordé que al dorso estaba escrito mi voto de amor. Se la había regalado a Fred en la Navidad de 1938. Debe de haber caído en manos extrañas, pensé fugazmente. Tal vez la encontró su padre, aunque eso parecía poco probable porque no se ocupaba demasiado de su hijo, o al menos esa impresión daba. El caso es que ahora la foto estaba ahí, sobre la mesa, delante de mis ojos y de los del hombre de la Gestapo.

—¿Es tu letra y tu firma?

Asentí, los ojos empezaban a llenárseme de lágrimas.

¿Lo ves? dijo con satisfacción y jovialidad, venga, firma aquí.

Me pasó una hoja escrita hasta la mitad que firmé con mano temblorosa. Las letras se desvanecían ante mis ojos, las lágrimas me fluían ahora abiertamente. De pronto el guardia de las SS que me había conducido al despacho entró en la habitación.

—Lléveselo —dijo el doctor, mientras daba al guardia un pedazo de papel. Volvió a sumergirse en sus carpetas, sin molestarse siquiera en mirarme.

Ese mismo día me condujeron a los calabozos de la calle Rossauerlande, situados en la comisaría que los vieneses conocemos como «la Liesl», ya que antes la calle se llamaba Elisabeth-promenade.

Mis continuas peticiones de llamar por teléfono a mi madre para decirle dónde me encontraba fueron rechazadas con estas palabras:

—Pronto se enterará de que no volverás más a casa.

Luego me sometieron a una meticulosa inspección física que me resultó muy embarazosa: tuve que desnudarme por completo para que el policía que me registraba pudiera comprobar que no llevaba oculto ningún objeto prohibido, e incluso hube de doblar la cintura y abrir las piernas. Después

pude vestirme, pero me retiraron el cinturón y los cordones de los zapatos. Me encerraron en una celda individual en la que, sin embargo, había ya otras dos personas. Mis compañeros de celda eran delincuentes en prisión preventiva, uno acusado de robar en una casa y el otro de estafar a viudas que buscaban nuevo marido. Quisieron saber enseguida el motivo por el que me habían detenido, pero lo oculté. Les dije que ni yo mismo lo sabía. Por lo que me contaron supuse que ambos estaban casados; tendrían unos treinta o treinta y cinco años.

Cuando se enteraron de que yo era un «marica», pues uno de los vigilantes se encargó de decírselo elocuentemente con una aviesa sonrisita, de inmediato se pusieron a hacerme propuestas de lo más explícitas. Propuestas que yo rechacé indignado, en primer lugar porque en mi situación no estaba de humor para aventuras amorosas y además, según les expliqué decididamente, no era de los que hacían la calle y se entregaban a cualquiera.

Esto hizo que me insultaran a mí y a «toda la calaña de maricas», que merecían ser exterminados. Consideraban inaudito que las autoridades carcelarias hubieran puesto a un ser abominable como yo con dos personas relativamente decentes en la misma celda. Aunque tuvieran conflictos con la ley, por lo menos eran hombres normales y no maleantes pervertidos. Ellos nunca se pondrían a la misma altura de los maricas, a los que había que clasificar como animales. Los insultos de este porte contra mí y mis compañeros de infortunio homosexuales prosiguieron durante un buen rato, siempre recalcando su honor de hombres decentes en comparación con los asquerosos maricones. Por las cosas que decían, parecía que hubiera sido yo y no ellos quien hubiera hecho las proposiciones.

Lo más increíble fue que la primera noche descubrí que tenían relaciones entre ellos, sin importarles que yo los viera o los oyera. Desde su punto de vista —el punto de vista de la gente supuestamente normal— se trataba solamente de una práctica de emergencia, y no de un lío entre maricones.

¡Como si estas experiencias sexuales se pudieran dividir en normales y anormales! Posteriormente descubriría que no sólo eran de esa opinión los dos matones de mi celda, sino casi todos los hombres supuestamente normales. Todavía me pregunto qué impulsos se consideran normales y cuáles anormales. ¿Será que hay un hambre normal y otra anormal, una sed normal y otra anormal? ¿Acaso el hambre no es siempre hambre y la sed, sed? ¡Cuánta hipocresía y falta de lógica subyacen a una diferenciación semejante!

Dos semanas más tarde llegó el día de mi juicio, y la justicia demostró un celo inusual en mi caso. De acuerdo con el artículo 175 del código penal, un

tribunal austríaco me acusó de comportamiento homosexual reiterado y me condenó a una pena de seis meses de cárcel, endurecida con un día de ayuno al mes.

El procedimiento contra el segundo acusado, mi amigo Fred, fue sobreesido por enajenación mental del imputado. No se dio ninguna explicación precisa del motivo por el que el segundo acusado padecía enajenación mental ni, en consecuencia, de la razón para retirar la denuncia. En el propio rostro del juez podía verse que no había quedado muy satisfecho con la sentencia. No importaba: en el Tercer Reich de Hitler incluso los jueces, supuestamente tan independientes, tenían que plegarse a las razones de Estado nazis.

Algún poder superior debió de meter baza e influir en el proceso judicial. Me imagino que el padre de Fred, un importante personaje del Tercer Reich, hizo uso de sus influencias y consiguió mantener a su hijo fuera del proceso.

Por mi parte, sin embargo, más tarde vería cómo ese mismo poder continuaba persiguiéndome incluso después de terminar la condena. No debía ser liberado, nunca debía regresar al mundo exterior, para que la opinión pública no supiera que el hijo de un jerarca del partido y del estado nazi era homosexual y que se había visto envuelto en un caso de sarasas. Entonces me quedó claro por qué la Gestapo se había involucrado en un caso como este sin mayor importancia.

Nunca supe si la Gestapo también interrogó a Fred, ni lo vi ante el tribunal. En el juicio siempre se refirieron a él como el segundo acusado, sin mencionar su nombre. Desapareció de mi vida, y hasta hoy no he vuelto a verlo. Después de 1945 intenté averiguar qué había sido de él y si aún estaba vivo, pero fue en vano. He oído decir que su padre se pegó un tiro al final de la guerra.

Fui trasladado a la prisión del distrito I de Viena para cumplir la condena. Una vez más hube de soportar la misma inspección corporal, como en los calabozos de la comisaría; luego me metieron en una celda individual. Dos días después se me asignó el trabajo de *faci*^[9], como se decía en la jerga de la prisión. Me tocaba servir las comidas tres veces al día, de celda en celda, acompañado, como es evidente, de un carcelero, y una vez por semana tenía que recoger las camisas de los prisioneros y devolverles las limpias. Por la mañana y por la tarde tenía que fregar los pasillos de mi planta y hacer toda clase de trabajos que los carceleros necesitaran, estando a su servicio.

Esta obligación de realizar trabajos hizo que mi paso por la prisión fuera menos duro. Además, los tres *faci* de nuestra planta estábamos juntos en una

celda que sólo se cerraba de seis de la tarde a cinco de la mañana; eso sí, únicamente podíamos pisar el pasillo si era para hacer algún trabajo.

Fue así como entré en contacto con muchos presos, y con frecuencia en mis manos sus mensajes circularon clandestinamente de una celda a otra. En varias ocasiones, de noche hube de llevar la última comida a un condenado a muerte —por lo general filete empanado y ensalada de patatas—, sabiendo que a las cuatro de la madrugada siguiente lo ahorcarían o sería decapitado. Algunos de los presos a los que tuve que llevar la «cena de despedida» eran presos políticos, combatientes de la resistencia contra el régimen nazi. Tiempo después, en el campo de concentración, supe por los presos recién llegados que los nazis habían suprimido incluso este pequeño gesto humanitario.

Gracias a los numerosos contactos que tuve con prisioneros políticos, judíos, delincuentes y otros de mi misma condición, tuve un amplio conocimiento de la miseria y los tormentos que sufrían estas personas; hasta entonces sabía muy poco del martirio de estos presos. Conocerlo me hizo madurar y me fortaleció, y de alguna manera me ayudó a soportar los largos años de calvario que pasé después en los campos de concentración.

Hay que decir que en la cárcel de Viena el trato era humano. Aunque los guardias se encargaban con enérgica determinación de que se cumpliera el reglamento, a menudo tenían alguna palabra amable con los presos. Durante los seis meses de cautiverio en esa prisión nunca oí ni vi que le pegaran a nadie.

El día en que se cumplieron los seis meses de la condena y que tendría que haber sido liberado, me informaron que la Central de Seguridad del Reich había solicitado que permaneciera bajo custodia. Me trasladaron de nuevo a la Liesl, en tránsito para ser deportado a un campo de concentración en un «transporte colectivo».

La noticia me cayó como un bomba, pues por otros prisioneros que habían vuelto de campos de concentración para asistir a juicios sabía que a nosotros, los «maricones», y a los judíos, se nos torturaba hasta la muerte en los campos, y que pocas veces salíamos vivos de ellos. En aquella época, sin embargo, no me lo creía, o no quería creerlo. Pensaba que exageraban y lo pintaban todo negro para fastidiarme. Desafortunadamente descubrí que era completamente cierto.

¿Qué había hecho yo para tener que pagar de esa manera? ¿Qué crimen infame había cometido o qué daño había causado a la sociedad? Había amado

a un amigo mío, no a un menor, sino a un hombre adulto de 24 años. No encontraba nada de malo ni de inmoral en ello.

¿Qué clase de mundo es este y qué personas viven en él para decirle a un hombre adulto cómo y a quién debe amar? ¿No es cierto que cuantas más inhibiciones sexuales y complejos de inferioridad tiene un legislador, más se le llena la boca al hablar de los sentimientos supuestamente sanos de la sociedad?

2. Llegada al campo de Sachsenhausen-Oranienburg

A mediados de enero de 1940 reunieron el número suficiente de presos para un convoy y decidieron trasladarnos a un campo. Una noche nos metieron como si fuéramos ganado en los «Enriques verdes», —así se llamaba a los furgones que la policía usaba para transportar detenidos— y, como sardinas, en grupos de treinta a cuarenta personas por vez, nos llevaron a una de las estaciones de carga de Viena, donde nos montaron en un tren prisión que esperaba en orden de marcha. El tren estaba formado en su mayor parte por vagones de ganado con tragaluces enrejados sin cristales y por los denominados «vagones celda»; también estos eran vagones de ganado, pero habían sido divididos en cinco o seis celdas, con fuertes barrotes, y estaban reservados para los peores criminales.

Me metieron en una de estas celdas junto con otros dos muchachos jóvenes, más o menos de mi edad. Hicimos todo el viaje juntos. Duró trece días y viajamos a través de Salzburgo, Múnich, Francfort y Leipzig hasta Berlín-Oranienburg. Por las noches nos hacían bajar del tren y nos llevaban a una prisión hasta el día siguiente, algunas veces en camiones, otras a pie, atravesando toda la localidad. Cuando íbamos andando teníamos que marchar con los pies atados a unas cadenas largas y pesadas. Los grilletes rechinaban con un sonido fantasmagórico, como una caravana de esclavos en la más profunda Edad Media; la gente que pasaba nos miraba aterrorizada y a menudo también con compasión.

Las celdas del vagón estaban pensadas inicialmente para una sola persona. Tenían una mesita y un pequeño banco plegables por todo mobiliario, nada más, ni siquiera una jarra de agua o un orinal. En las prisiones en las que parábamos a pasar la noche nos daban la única comida del día, aunque también nos daban un buen pedazo de pan que podíamos llevarnos para el

viaje. Si queríamos que la celda permaneciera limpia, teníamos que hacer nuestras necesidades en la prisión donde pasábamos la noche.

Desde el primer día descubrí que mis dos jóvenes compañeros de celda era ladrones y que los habían condenado a muerte por asesinato. Ni ellos ni yo comprendíamos la razón por la que estaban en un tren que se dirigía a un campo de concentración. Tampoco les importaba mucho: con cierto orgullo truculento se contaban por turnos los detalles de su atroz crimen. Yo me sentía sumamente incómodo en su compañía, pero no había nada que pudiera hacer.

Tardaron poco en convencerme de que les confesara que yo era un «175», «un sucio marica» como desde ese momento me llamarían. También ellos hablaban con desprecio y desdén de los homosexuales; no les importaba que la sociedad los rechazara más a ellos, en su calidad de asesinos. Al menos, recalcaban, eran «hombres normales».

¡Bueno!, normales o no normales, el día era largo, los guardias sólo estaban en los vagones primero y último, y nadie nos vigilaba de cerca durante los trayectos. Por lo que decidieron que se aburrían y que querían un poco de jerga. Con bofetones y puñetazos me obligaron, porque yo no me mostré dispuesto a ello, a practicarles felaciones: introducían a la fuerza sus miembros en mi boca, no una vez, sino varias veces por día. Equivocadamente pensaban que, como yo era un sarasa, tenía que sentir el mismo placer que ellos.

Todo lo contrario, el solo hecho era asqueroso y me producía arcadas, pero para mi desdicha estaba a merced de ellos. No comprendían la disposición íntima y el deseo de contacto humano que existen en el sexo, incluso en el caso de los homosexuales, y además les daba igual. Para ellos lo único importante eran sus momentos de placer. Hablaban con desprecio y continuas obscenidades sobre mí y los «demás maricas». Ellos no eran maricas, sino normales, aunque fueran ellos los que introducían a la fuerza sus miembros en mi boca. Una extraña normalidad.

Al llegar a la estación de destino nos cambiaron a unos camiones cubiertos con lonas para conducirnos al campo de Sachsenhausen.

Para que puedan comprenderse mejor las vivencias que me deparó el paso por el campo de concentración, describiré antes cómo era y cómo estaba organizado.

Casi todos los campos de concentración tenían tres zonas diferentes. El área de los prisioneros en sí consistía en un gran número de barracas de madera llamadas «bloques» en las que vivían los presos. Las barracas estaban

separadas unas de otras por amplias calles y había además construcciones dedicadas a la cocina, la lavandería, la enfermería, y otras instalaciones necesarias para el funcionamiento interno, entre las que se incluían el depósito de cadáveres y el crematorio. El lugar más importante era la gran explanada en la que se solían desarrollar las peores brutalidades de los esbirros de las SS y, en uno de sus extremos, estaba el portón de entrada al campo, con construcciones a ambos lados. Una de estas construcciones, conocida como el «búnker», albergaba las celdas de arresto; la otra, las oficinas de los comandantes de la prisión y la sala de guardia de las SS. Toda la zona de prisioneros estaba rodeada de una alambrada de espino de más de tres metros de altura, que, además, en muchos campos estaba electrificada. Fuera de la alambrada, a intervalos regulares se erguían numerosas torres de vigilancia con ametralladoras en las que siempre había guardias de las SS. La puerta de entrada tenía su propia torre, con una plataforma desde donde se podía observar toda la zona de presos y desde la que se podía disparar, en caso de ser necesario, a cualquier lugar con las ametralladoras que habían instalado.

En la zona de comandancia, que se extendía más allá de la alambrada que rodeaba la zona de los prisioneros, estaban el edificio de la comandancia, varios edificios administrativos, los acuartelamientos de los batallones de las SS, las viviendas unifamiliares de los oficiales de alta graduación, los clubes de los oficiales y suboficiales de las SS y, generalmente, una caballeriza, un huerto, un granja, etc.

La tercera zona era la parte residencial de las SS, más alejada de las otras dos mencionadas, y se ubicaba en un lugar más agradable y cuidado. Contaba con bonitas residencias en donde se alojaban los oficiales y suboficiales de las SS con sus familias cuando no vivían en la zona de la comandancia.

Cada uno de nuestros bloques tenía dos alas: el ala A por la izquierda y el ala B por la derecha. En el medio estaban los lavabos y los retretes. Cada ala tenía un dormitorio y una sala de día. El dormitorio tenía tres hileras de catres que podían albergar de ciento cincuenta a trescientos prisioneros. El poco tiempo libre que nos quedaba lo teníamos que pasar en la sala de día; permanecer en el dormitorio durante las horas diurnas estaba terminantemente prohibido. En la sala de día había mesas y bancos, y cada prisionero debía guardar sus escasas pertenencias y sus utensilios para comer en un casillero de madera con muchos compartimentos.

Cada campo de concentración tenía una unidad SS, responsable de la gestión interna del campo de prisioneros, y un batallón de guardias SS que

prestaban servicio fuera de la alambrada, en las torres de vigilancia y en la torre principal de entrada; estos últimos también patrullaban el perímetro del recinto, peinándolo a discreción.

A la cabeza de todo el campo estaba el director, asistido por sus ayudantes y el oficial administrativo mayor. En el escalafón seguían los comandantes de campo de las SS, por lo general dos, que estaban encargados de la zona de los prisioneros y supeditados a las órdenes del director. Eran los auténticos amos directos del campo de concentración y los que ejercían una violencia sin piedad en la zona de prisioneros. En orden jerárquico sucesivo estaban los oficiales de información, también dos por lo general, cuya labor consistía en informar a los comandantes de campo sobre los asuntos concernientes a los prisioneros y en gestionar el fichero y los expedientes de estos. Por debajo de los oficiales de información venían los jefes SS de bloque, que tenían poder absoluto sobre los prisioneros a su cargo y que, aunque tuvieran que rendir cuentas a los oficiales de información acerca de todo lo que acontecía en sus bloques, no encontraban obstáculos para sus prácticas brutales y asesinas contra los prisioneros. Por el contrario, constantemente llegaban órdenes e instrucciones de la comandancia en las que se les incitaba a tratar a los reclusos con mayor severidad y menor consideración aún. Entre los jefes de bloque estaba la inmensa mayoría de las bestias asesinas que componían las filas de vigilantes del campo. La misma graduación que los jefes de bloque tenían los jefes SS de brigadas de trabajo, que tenían encomendada la vigilancia de las mismas. Los jefes de bloque y los de las brigadas de trabajo eran suboficiales, mientras que los oficiales de información y los comandantes de campo eran oficiales, de *Untersturmführer* SS^[10] para arriba.

Para las funciones subalternas de la administración del campo se elegía a un prisionero —las SS designaban al de mayor edad—, que tenía entonces autoridad sobre los demás presos y que era responsable de ellos ante la comandancia de las SS. Era un cargo muy peligroso que requería mucho valor y tacto, si bien a menudo sólo fuera un mero instrumento sin voluntad propia en manos de los comandantes de las SS. La tarea era difícil, y exigir demasiadas concesiones o intervenir excesivamente en favor de los prisioneros les costó el cuello a muchos de ellos.

La oficina de los prisioneros, de la que se encargaba el prisionero de mayor edad, el decano del campo, estaba al servicio de los oficiales de información, y en ella sólo trabajaban prisioneros. Se encargaba directamente de asuntos del funcionamiento interno, como la composición de las brigadas

de trabajo, la distribución de las raciones, la preparación de las llamadas a formar filas y otras funciones de esta índole.

De modo parecido, cada bloque tenía un decano elegido de entre los prisioneros, el de mayor edad, que tenía que informar a los jefes de bloque de las SS de cualquier cosa que sucediera o fuera a suceder en el mismo, con lo que los decanos eran amos y señores de sus compañeros prisioneros. Junto con el decano del campo y los capos^[11] conformaban, por así decirlo, la categoría de los «notables»^[12], y tenían amplios poderes sobre los prisioneros a su cargo. En los campos de concentración todo prisionero tenía siempre a dos amos y fustigadores: los esbirros de las SS y los «notables» provenientes de sus propias filas.

Los decanos de bloque nombraban en cada una de las dos alas a uno o dos ordenanzas para que se encargaran de mantener el orden y la limpieza en el dormitorio, así como de distribuir la comida.

Los capos eran, a su vez, prisioneros encargados de las brigadas de trabajo, supeditados al jefe de brigada de las SS y responsables ante el mismo de que se alcanzase la cuota de trabajo que se hubiera establecido.

Por debajo en el escalafón se situaban los capataces. Algunas veces, varias brigadas de trabajo de una misma división —por ejemplo, de la división de construcción, de la división de cantera, etcétera— estaban bajo las órdenes de un jefe mayor de brigada de las SS y de un *Obercapo*^[13].

Todos los puestos de notables, desde el decano del campo hasta el capo con menor poder, estaban ocupados —con muy pocas excepciones— por prisioneros que llevaban como distintivo triángulos rojos o verdes, esto es, por presos políticos o criminales, respectivamente. Por lo general abusaban con creces del violento poder que tenían, especialmente los verdes. La corrupción y la tiranía que ejercían sobre los demás prisioneros estaban muy extendidas en sus filas, y en cuanto a brutalidad no iban a la zaga de los SS, particularmente al tratar con los que llevábamos el triángulo rosa.

Como emblema de su cargo portaban un brazalete negro con las iniciales de su puesto escritas en blanco: por ejemplo, las letras LA el decano de campo (*Lagerälteste*^[14]) o BA el decano de bloque (*Blockälteste*^[15]).

Los uniformes de los prisioneros estaban marcados con un triángulo de tela, cosido a la ropa, que señalaba el delito que habían cometido o su origen. Debajo del triángulo se cosía el número de prisionero. El triángulo medía unos cinco centímetros de base, estaba colocado con el vértice hacia abajo y cosido en la pechera de la chaqueta y del abrigo, a la izquierda, así como en la parte exterior de la pernera derecha del pantalón.

Los colores de los triángulos que llevábamos los prisioneros eran los siguientes:

Amarillo para los judíos,
rojo para los presos políticos,
verde para los criminales,
rosa para los homosexuales,
negro para los antisociales,
morado para los testigos de Jehová,
azul para los emigrantes,
marrón para los gitanos.

El triángulo rosa, además, era unos dos o tres centímetros más grande que los demás, para que se nos pudiera reconocer claramente desde lejos.

Los judíos, los homosexuales y los gitanos, con triángulos amarillos, rosas y marrones respectivamente, eran los prisioneros que sufrían con mayor frecuencia y severidad las torturas y golpes de los SS y de los capos. Se nos describía como la escoria de la humanidad, como gente sin derecho a vivir en suelo alemán que debía ser exterminada. Estos eran los términos más repetidos por el director del campo y los jefes, de las SS. Pero la última basura de esta escoria la constituíamos nosotros, los hombres del triángulo rosa.

En cuanto nos descargaron en la amplia explanada donde formaban los prisioneros, varios suboficiales de las SS se acercaron y nos golpearon con palos. Debíamos formar en filas de cinco, algo que, entre muchos golpes e insultos, llevó su tiempo a los atemorizados componentes de mi grupo. Luego nos llamaron uno por uno: teníamos que dar un paso al frente y decir nuestro nombre y el delito que habíamos cometido, después de lo cual se nos entregaba inmediatamente al jefe del bloque asignado.

Cuando gritaron mi nombre di un paso al frente, repetí mi nombre y mencioné el artículo 175. Escuché que desde atrás me gritaban «¡maricón de mierda, vete para allá, follaculos!», y a patadas que me acertaron en la espalda y en el trasero me entregaron a un sargento de las SS que estaba a cargo de mi bloque.

Su recibimiento consistió en propinarme dos bofetones que me lanzaron al suelo. Me incorporé a duras penas y me quedé de pie ante él en posición de firme, momento en el que el sargento me dio un furioso rodillazo en los

testículos que hizo que nuevamente me retorciera de dolor en el suelo. Unos prisioneros que servían de ayudantes se apresuraron a gritarme:

Ponte de pie, rápido, o te reventará a patadas.

Con el rostro aún desencajado de dolor volví a ponerme de pie delante de mi jefe de bloque, y este sonrió burlonamente, diciendo:

Esto ha sido tu billete de entrada, cerdo vienés, mariconazo, para que te enteres de quién es tu jefe de bloque.

Una vez que terminaron de repartir a los recién llegados, en nuestro «atajo de sarasas» nos habíamos congregado unos veinte hombres. A paso ligero, continuamente interrumpido por los gritos del sargento y de algunos de sus hombres que gritaban «¡al suelo!, ¡en pie!, ¡al suelo!, ¡en pie!», nos condujeron a nuestro bloque como si fuésemos ganado. Una vez delante de este tuvimos que formar nuevamente, esta vez en filas de tres. Luego tuvimos que desnudarnos por completo, dejar la ropa en el suelo doblada ante nuestros pies, con los zapatos y calcetines encima, y esperar, esperar, esperar.

Era enero y hacía algunos grados bajo cero, un viento gélido soplaba por la calle entre las barracas, y aun así hubimos de permanecer desnudos y descalzos sobre el suelo cubierto de nieve, de pie y esperando. Un cabo de las SS que vestía un abrigo de cuello de piel se paseaba por las filas con un vergajo de buey atizándonos alternadamente, a unos en la cabeza y a otros en la espalda, y gritando:

—¡Esto es para no que no me cojáis frío, pingajos de maricones!

Con sus pesadas botas, al pasar nos pisaba deliberadamente los dedos de los pies, arrancando gritos de dolor entre los prisioneros. Eso sí, cualquiera que emitiera un gemido era inmediatamente golpeado en el estómago con el mango de la fusta, y con una fuerza que te cortaba la respiración. Casi sudando de repartir golpes y de recorrer nuestras filas de arriba abajo, el sargento de las SS gritó:

—¡Maricones! ¡Os vais a quedar aquí hasta que se os quite la calentura!

Finalmente, tras una cruel y larga espera, se nos permitió marchar hacia las duchas, siempre desnudos y descalzos. Nuestra ropa, a la cual ya le habían puesto etiquetas con nuestros nombres, se quedó allí, y cuando regresamos había desaparecido. Tuvimos que ducharnos y enjabonarnos bien con agua fría: algunos de los recién llegados se desmayaron del frío y del agotamiento. Sólo entonces el médico del campo, que acababa de llegar, decidió que se abriera el agua caliente para que pudiéramos descongelarnos. Después de la ducha, nos condujeron a la habitación contigua, en la que nos esquilaron hasta el vello púbico.

A continuación nos llevaron, aún desnudos, al almacén de ropa, donde nos dieron ropa interior y supuestamente nos tomaron medidas para el uniforme de la prisión. En realidad nos los tiraban al buen tuntún sin reparar en absoluto en las tallas. Los pantalones que me tocaron me quedaban muy cortos y a duras penas me llegaban a las pantorrillas, la chaqueta era demasiado estrecha y las mangas me quedaban a medio brazo. Sólo el abrigo me sentaba razonablemente bien, y esto por mera casualidad. Los zapatos me venían un poco grandes y apestaban a sudor, pero tenían suela de cuero y era más fácil caminar con ellos que con los zapatos de suela de madera que les habían tocado a otros recién llegados. Digamos que, al menos en cuanto a ropa, no me fue mal del todo. Luego hubimos de formar nuevamente delante de nuestro bloque para escuchar las indicaciones sobre el reglamento que nos dirigió el comandante. En nuestro bloque sólo había homosexuales, unos doscientos cincuenta hombres en cada ala. Para dormir sólo podíamos estar vestidos con los camisones, y debíamos dejar siempre las manos fuera de las mantas, pues, como dijo un comandante:

—Sólo faltaba que los maricones os hicierais pajas aquí.

Había un centímetro de hielo en los cristales de las ventanas. A quien fuera sorprendido en la cama con el calzoncillo puesto, o con las manos debajo de las mantas —casi todas las noches se efectuaban controles—, se le conducía al exterior y se le echaban varios baldes de agua encima; luego debía permanecer de pie a la intemperie durante más de una hora. Muy pocos superaron este procedimiento. Lo menos que te podía pasar era que cogieras una pulmonía, y era raro el homosexual que salía vivo de la enfermería: los que llevábamos el triángulo rosa éramos muy codiciados para servir como conejillos en experimentos médicos que generalmente terminaban en la muerte. Por mi parte, me cuidé meticulosamente de no contravenir el reglamento.

Nuestro decano de bloque y sus ayudantes eran «verdes», esto es, criminales. No solamente tenían cara de criminales, sino que también se comportaban como tales. Eran tan brutales y tenían tan poca piedad hacia nosotros, los «maricones», y estaban tan preocupados por sus privilegios y su propio provecho, que los temíamos tanto como a los hombres de las SS.

No estaba permitido que los homosexuales ocuparan ningún puesto de responsabilidad, al menos no en Sachsenhausen. Tampoco podíamos siquiera hablar con prisioneros de otros bloques que llevaran un triángulo de otro color; según nos dijeron, esto se debía a que podríamos intentar seducirlos.

No obstante, las prácticas homosexuales estaban más extendidas en los demás bloques, en los que no había hombres con el triángulo rosa, que en el nuestro.

También teníamos prohibido acercarnos a menos de cinco metros de los demás bloques. Si alguien era sorprendido a esa distancia por las SS se le montaba en el «potro», y podía estar seguro de recibir por lo menos de quince a veinte bastonazos. Eso sí, los prisioneros con triángulo de otro color tampoco tenían permitida la entrada en nuestro bloque. Debíamos permanecer aislados, malditos entre los malditos, como la «bazofia amariconada» del campo, condenados a ser exterminados y expuestos sin piedad a todos los tormentos que nos infligieran los SS y los capos.

La jornada empezaba con toda regularidad a las seis de la mañana —en verano nos despertaban a las cinco— y en sólo media hora debíamos lavarnos, vestirnos y hacer la cama al estilo militar, de forma que quedara lisa como una tabla. Si te quedaba tiempo, podías desayunar, lo que significaba sorber a toda prisa una aguada sopa de harina, caliente o templada, y deglutir el correspondiente mendrugo de pan. Luego teníamos que formar en filas de ocho en la explanada principal a pasar lista. A continuación íbamos a trabajar, en invierno de las siete y media de la mañana a las cinco de la tarde y en verano de las siete de la mañana a las ocho de la tarde, con un descanso de media hora en el lugar de trabajo. Después del trabajo, nuevo acuartelamiento en el campo e inmediata formación en la explanada para volver a pasar lista. Era el momento del recuento.

Agrupados por bloques nos dirigíamos a la explanada, marchando en formación cerrada, y ocupábamos en ella el sitio asignado de siempre. La formación matutina no era tan interminable como la temible formación vespertina, pues en la primera sólo contaban el número de personas en cada bloque, acción que sin embargo les tomaba su buena hora, y a continuación nos daban la orden de formar en brigadas de trabajo. Tanto en una formación como en otra, los que habían muerto también tenían que estar presentes, esto es, se ponían sus cadáveres al final de la fila de cada bloque y se incluían igualmente en el recuento. Sólo después de la formación, cuando el oficial ya los había tachado de la lista, los cadáveres eran llevados al depósito y, posteriormente, incinerados.

Los prisioneros lisiados también debían acudir a la formación. Muchas veces tuvimos que ayudar a andar, o cargar a cuestas, a compañeros que horas antes habían recibido una paliza de las SS. O arrastrarlos, medio congelados o con fiebre, sólo para que en el recuento cuadrara el número total de nuestro

bloque. La falta de algún hombre de nuestro bloque significaba una manta de palos y probablemente más muertes.

La primera tarea que se asignó al grupo con el que llegué fue mantener limpia la zona exterior de nuestro bloque. Al menos eso fue lo que nos dijo el jefe de nuestra brigada de trabajo. En realidad, el objetivo era quebrar, mediante una labor sin sentido pero muy dura, el último rescoldo de independencia de espíritu que hubiera podido quedar en los nuevos prisioneros y aniquilar la poca dignidad humana que hubiéramos logrado conservar. Hubimos de hacer esta labor hasta que llegó un nuevo cargamento de prisioneros con triángulo rosa a nuestro bloque y nos relevó.

Nuestro trabajo consistía en lo siguiente: por la mañana debíamos trasladar la nieve del lado izquierdo de la calle de nuestro bloque a la parte derecha de la calle. Por la tarde teníamos que acarrear la misma nieve de vuelta a la parte izquierda. No teníamos carretillas ni palas para hacerlo, habría sido demasiado sencillo para nosotros los mariquitas. No, a nuestros amos de las SS se les había ocurrido una idea mejor.

Teníamos que ponernos los abrigos al revés, abotonados por la espalda, y acarrear la nieve en el hueco que formábamos con los faldones del abrigo. Pero estábamos obligados a echar la nieve en el abrigo con las manos, con las manos desnudas, pues no contábamos con guantes. Trabajábamos en grupos de dos. Veinte turnos de levantar la nieve con las manos y luego veinte turnos de llevarla al otro lado de la calle. Así hasta el atardecer, y todo a paso ligero.

Este tormento físico y psicológico, este estúpido martirio medieval, duró seis días, hasta que finalmente llegaron nuevos hombres con el triángulo rosa y nos relevaron. Para entonces teníamos las manos agrietadas y medio congeladas y nos habíamos convertido en esclavos embrutecidos e indiferentes de las SS.

Por otros prisioneros que llevaban en nuestro bloque un buen tiempo supe que en el verano los prisioneros recién internados realizaban el mismo trabajo, sólo que con tierra y arena.

Sin embargo, en lo alto del portón de entrada al campo estaba escrito con grandes letras el significativo lema nazi:

«El trabajo os hará libres»

3. Sachsenhausen, un campo de tortura y de trabajos forzados

Después del infame episodio de la nieve, a los nuevos se nos asignó a la misma brigada de trabajo en la que trabajaban todos los demás prisioneros de nuestro bloque: el yacimiento de arcilla de la fábrica de ladrillos. Este yacimiento de arcilla, conocido entre los prisioneros como el yacimiento de la muerte, era tan famoso como temido entre los prisioneros de los demás campos de concentración por ser una fábrica de aniquilación de hombres, y hasta 1942 fue el Auschwitz de los homosexuales. Sólo a nosotros se nos enviaba al yacimiento de arcilla, debíamos trabajar hasta la extenuación bajo las condiciones de trabajo y torturas más terribles.

Miles y miles de prisioneros homosexuales deben de haber perdido sus atormentadas vidas allí, víctimas de una deliberada estrategia de exterminio diseñada por la Alemania hitleriana. Aun así, hasta ahora nadie ha tenido el valor de hacer una investigación sobre ese yacimiento y rendir homenaje a sus víctimas. Probablemente el supuesto buen gusto preponderante en la sociedad actual prohíbe hablar del exterminio de los presos en los campos de concentración, particularmente cuando se trata de homosexuales.

El trabajo en el yacimiento de arcilla era lo más duro que uno se pueda imaginar. Los presos estábamos expuestos a la inclemencia de todos los elementos. Tanto en verano, con un calor abrasador, como en invierno, con un frío cortante y montañas de nieve, había que empujar diariamente, con los hombros, un número establecido de carros llenos de arcilla hasta las máquinas de moldeado y los hornos de cocción, de manera que siempre hubiera materia prima disponible y la producción no se interrumpiera. Como el yacimiento era bastante profundo, el trayecto que había que recorrer hasta la planta de procesamiento empujando los carros sobre los carriles era muy largo y

empinado. Representaba un verdadero calvario para los presos, escuchimizados y medio muertos de hambre.

Los capos que supervisaban directamente el trabajo tenían órdenes estrictas de la dirección del campo de no escatimar en penalidades —lo que significaba no escatimar en vidas humanas— con tal de obtener las toneladas prescritas de arcilla que todos los días debían subirse hasta la fábrica. Usaban de su poder sobre la vida y la muerte de manera sádica, y a su vez estaban amenazados por las SS con ser degradados y enviados a nuestra brigada de trabajo si no se alcanzaba la cuota diaria. No es difícil imaginar el brutal tratamiento que imponían a los prisioneros a su cargo para no verse convertidos ellos mismos en unos parias sometidos a trabajos forzados.

Cinco o seis hombres cargaban la arcilla en los carros con palas, mientras otros tantos debían empujar el carro colina arriba. La lluvia de golpes que nos propinaban los capos y los SS era casi continua; con ella esperaban acelerar el trabajo, pero representaba también una forma de dar rienda suelta a sus más sádicos instintos. No es de extrañar que casi todos los días algún prisionero dejara deliberadamente que un carro le aplastara los dedos, o incluso las manos enteras o los pies, con tal de escapar del trabajo en el yacimiento. Pero, aunque a todos estos mutilados los mandaban a la enfermería, nunca llegamos a verlos salir vivos y recuperados de ella. Se les enviaba directamente a que engrosaran la interminable marea de conejillos de Indias humanos que serviría para las pretendidas investigaciones médicas.

Con mucha frecuencia los presos que empujaban ladera arriba los carros repletos de arcilla se quedaban repentinamente sin fuerzas y el carro resbalaba con toda violencia hacia atrás. Si no podían detenerlo rápidamente con unos palos, caía con toda su fuerza contra el carro que hubiera más abajo. Muchos presos estaban ya tan embrutecidos y cargados de tal indiferencia que ni siquiera se molestaban en apartarse para esquivar el carro, que se les venía encima como un vendaval. Entonces, los cuerpos salían despedidos por los aires, con las extremidades aplastadas o pulverizadas. Para los demás prisioneros había una ración extra de bastonazos. De esta manera, el yacimiento se cobraba diariamente su cuota de víctimas mortales, entre los accidentados y aquellos que sencillamente habían sucumbido a la extenuación. La fábrica de ladrillos tenía bien merecido el nombre de yacimiento de la muerte.

En mi dormitorio, que contaba con más de ciento ochenta reclusos, existía la más nutrida variedad de individuos: obreros, empleados de oficina, técnicos fabriles, profesionales liberales, músicos y artistas, profesores, clérigos, incluso terratenientes aristócratas. Todos ellos, antes de ser recluidos en el campo, habían sido personas honradas, muchos incluso ciudadanos muy respetados, que nunca habían tenido conflictos con la ley: su única mancha había sido su condición homosexual. Se había arrojado a todas estas personas de bien en ese sitio, en ese crisol de ignominia y tormento que representaba el bloque de maricas de un campo de concentración, para exterminarlos mediante el trabajo agotador, el hambre y la tortura. Ninguno era pederasta, ni había tenido relaciones sexuales con niños o adolescentes, pues los prisioneros que habían cometido estos delitos llevaban triángulo verde. Sin embargo, la verdadera amenaza para la sociedad resultábamos ser nosotros, los maleantes pervertidos, los degenerados del triángulo rosa.

Uno de mis compañeros, que a pesar de su cuerpo escuchimizado y su rostro apesadumbrado conservaba un aire de intelectual, era judío, por añadidura. Debajo del triángulo rosa llevaba cosido el triángulo amarillo, componiendo ambos una estrella de David. Le tocaba sufrir doblemente las argucias de las SS y de los capos de triángulo verde, pues no contento con ser homosexual, encima era judío.

Era de Berlín, tenía entonces veinticinco años y provenía de una familia muy acaudalada. Era hijo único, y sus padres habían sido liquidados hacía tiempo en algún campo, después de que hubieran consentido que el Tercer Reich supuestamente salvaguardara el patrimonio que poseían en Alemania. Una farsa, ya que de no haber aceptado, los nazis les habrían confiscado igualmente todo sus bienes.

El joven, sin embargo, conservaba propiedades importantes en Suiza y en Portugal, y había heredado posteriormente algunas más. Quería comprar su libertad: estaba dispuesto a sacrificar la mitad de su fortuna, entregándosela a los nazis, a cambio del permiso para emigrar de Alemania.

El abogado que se encargaba de administrar su patrimonio y su herencia, residente en Suiza, había dicho que solamente le transferiría los documentos de propiedad y las cuentas bancarias a él personalmente en Zúrich, aun cuando varios funcionarios del Reich provistos de plenos poderes se esforzaban por incautarse de su patrimonio. Pero el abogado suizo conocía el tipo de gente con el que trataba y se negaba categóricamente a transferir las

propiedades a su cliente mientras este permaneciera en Alemania. Quería impedir que los nazis «salvaguardaran» también este dinero mientras el joven seguía en un campo de concentración. Era la única manera que tenía de luchar por la vida y la fortuna de su cliente: el dinero, sólo a cambio del permiso de emigración.

Nuestro jefe de bloque debía de haberse olido algo, pues también él sabía que el maricón judío a su cargo tenía una enorme fortuna en el extranjero. Tras la formación vespertina, en el poco tiempo libre que nos quedaba —y en muchas ocasiones también por la noche—, mandaba llamar a «su» judío y lo obligaba a moverse cuerpo a tierra durante un par de horas sobre la nieve, o a hacer cientos de sentadillas en el gélido frío vestido únicamente con el camisón de dormir, hasta que el pobre diablo se derrumbaba agotado y perdía el conocimiento.

Entonces, el jefe lo levantaba y le insistía en que comunicara a su abogado suizo que quería legarle a él una parte de su fortuna en el extranjero. Si lo hacía, lo dejaría en paz y le adjudicaría un trabajo fácil en alguna tarea de limpieza.

El judío berlinés nunca cedió a este chantaje, lo que sólo le trajo como consecuencia que lo torturaran y acosaran más y más.

No debo firmar nada. Si lo hago, sencillamente me matará, para que no pueda testificar que me ha estado extorsionando —me dijo un día mientras me relataba su vida—. En tanto que el jefe tenga la esperanza de que algún día me rendiré, seguirá torturándome, pero al menos cuidará de que no muera. ¡Y yo quiero vivir!

Durante catorce días más tuvo que soportar el tormento y la tortura del jefe de bloque de las SS. Cayendo de un desvanecimiento en otro, convertido en una piltrafa física y mental, se negaba con obstinación a firmar todo documento, pues hacerlo le habría acarreado la muerte. Luego, de improviso, el tormento llegó a su fin: un día la Gestapo llegó y se lo llevó. Al parecer, las negociaciones de su abogado suizo habían tenido éxito —por lo menos eso es lo que yo deseaba fervientemente a mi compañero de penurias e iba a efectuarse el trueque: el judío sería intercambiado por el dinero.

El dinero nunca apesta, se habrían dicho en Berlín las bestias pardas de la superioridad racial, ni siquiera el dinero judío, por mucho que huelga además a «maricón».

A pesar de las numerosas bajas por muerte y mutilaciones voluntarias que se producían en el yacimiento, el número de prisioneros de nuestro bloque aumentaba continuamente. Casi todas las semanas llegaba un nuevo convoy, siempre con un grupo de homosexuales, que indefectiblemente eran destinados a nuestro bloque. Resultaba llamativo que la mayor parte de los recién llegados eran austríacos o alemanes de los Sudetes. No cabe duda de que en estos nuevos «distritos alemanes», como ahora se les llamaba, se estaban emprendiendo campañas para limpiarlos de degenerados como nosotros.

Hacia fines del mes de febrero de 1940, entre los recién ingresados en nuestro bloque llegó un cura, de unos sesenta años, alto y de buen porte. Más tarde supimos que procedía de una familia noble germanobohemia, de los Sudetes. El suplicio de tomar la vestimenta de prisionero, acompañado de todas las torturas físicas y psíquicas habituales, le resultó particularmente doloroso, sobre todo la larga espera en pie delante del bloque, descalzo y completamente desnudo. Después de la ducha, cuando en la peluquería descubrieron su tonsura, el sargento de las SS pidió una navaja de afeitar y dijo:

Yo me encargo de la cabecita de este cura maricón, voy a darle lustre a esta calvita que tiene.

Y le rasuró la cabeza sin miramientos, sin molestarse en tener cuidado de no hacerle cortes en la piel. Más bien al contrario.

El cura volvió a la sala de día de nuestro bloque con toda la cabeza desollada y chorreando sangre. Su rostro tenía una lividez macilenta y los ojos miraban extraviados al vacío. Se sentó en un banco, entrecruzó las manos sobre su regazo y suavemente, más para sí mismo, dijo:

—Y sin embargo el hombre es bueno, pues es una criatura del Señor.

Yo era el que estaba sentado más próximo a él, y le respondí en voz baja pero con firmeza:

—No todos los hombres; también hay bestias bajo forma humana que deben de haber sido creadas por el demonio.

El cura no prestó atención a mis palabras, se limitó a rezar en silencio, moviendo levemente los labios. Me conmovió en lo más hondo, aun cuando yo ya estaba embrutecido por todo el sufrimiento que había visto en otros y sufrido en mis propias carnes. Siempre había sentido un gran respeto hacia los sacerdotes, así que su callada plegaria, su muda apelación a Dios —a quien se

dirigía en busca de auxilio y fortaleza para su dolor físico y su tormento psíquico—, me llegó directamente al corazón.

No obstante, el capo de nuestra ala, un «verde» repugnante y brutal, debió de haber informado a las SS de las plegarias del cura, pues de pronto apareció en la estancia, acompañado de otro suboficial de las SS, nuestro jefe de bloque, que levantó al aterrorizado cura del banco y se puso a abofetearlo e insultarlo. El cura soportó los golpes y las injurias sin quejarse, únicamente miraba a los dos hombres a la cara con ojos desorbitados y atónitos. Eso debió de enfadarlos aún más, pues pusieron en el centro de la habitación uno de los bancos, colocaron encima al cura boca arriba y lo amarraron fuertemente con cuerdas.

Empezaron a golpearlo indiscriminadamente con palos, en el estómago, en el vientre y en los genitales. Con cada golpe que asestaban aumentaba su paroxismo, y se deleitaban gritando:

—¡Ya verás cómo te expulsamos los rezos, follaculos, follaculos!

El cura exhaló un suspiro y se desmayó; lo sacudían para reanimarlo y volvía a quedar inconsciente.

Finalmente, los sádicos SS dejaron de pegarle y abandonaron la sala de día, no sin antes gritar mordazmente al hombre, que yacía destrozado sobre el banco de suplicio:

—¡Bueno, viejo verde con casulla, de ahora en adelante podrás mear con el culo!

El cura sólo pudo emitir un gemido áspero como un estertor. Lo desatamos y lo tumbamos en su cama. Intentó alzar la mano en señal de agradecimiento pero no tenía la fuerza necesaria, y su voz se rompió cuando intentó decir la palabra «gracias». Permaneció inmóvil sobre su camastro con los ojos abiertos, contrayéndosele el rostro de dolor con cada movimiento de su cuerpo.

Me sentía como si estuviera asistiendo a una nueva crucifixión de Cristo, casi dos mil años después. En lugar de centuriones romanos, esbirros de Hitler; en lugar de la cruz, el banco de los suplicios. El tormento que sufrió el Salvador apenas fue mayor que el infligido en Sachsenhausen diecinueve siglos después a uno de sus representantes.

Al marchar hacia la explanada a la mañana siguiente para la formación, casi tuvimos que cargar al cura a cuestas: estaba a punto de colapsarse nuevamente por el dolor y la debilidad. Cuando el decano de nuestro bloque dio el parte al jefe de bloque de las SS, este espetó al cura:

—¿No te puedes mantener tieso, imbécil? —y añadió—: ¡Cerdo de mierda, mariconazo, diles lo que eres!

Se suponía que el cura debía repetir los insultos, pero de los labios de ese pobre hombre roto no salió el más leve sonido. El sargento de las SS se abalanzó furioso sobre él y levantó ostentosamente la mano para propinarle una bofetada cuando, de repente, sucedió algo desconcertante, algo que todavía hoy no me puedo explicar y que me pareció un milagro, una señal de la mano de Dios.

Se abrió un claro en el cielo cubierto de nubes y, por sorpresa, un intenso rayo de sol iluminó el rostro del cura; precisamente el suyo, entre miles de prisioneros formados, y justo en el momento en el que iba a ser golpeado de nuevo. En ese instante se hizo un extraño silencio, todos los presentes volvieron el rostro hacia el cielo como arrobados, estupefactos por el extraño acontecimiento. El jefe de bloque de las SS, maravillado, también miró a lo alto durante unos segundos, luego dejó que su mano alzada cayera lentamente sobre su cadera y se marchó sin decir una palabra y muy afectado al final de nuestras filas. El cura agachó sumisamente la cabeza y murmuró con voz de moribundo:

—Gracias Señor. Sé que ha llegado mi hora.

Al pasar lista por la tarde formó con nosotros. Pero ya no tuvimos que sujetarlo; lo depositamos al final de la fila con los demás muertos de ese día, para que el número de hombres de nuestro bloque estuviera completo, entre vivos y muertos.

Estábamos ya en el mes de abril, y yo permanecía vivo a pesar del trabajo ininterrumpido en el yacimiento de arcilla. Aunque mi cuerpo estaba notablemente debilitado, mi mente todavía conservaba toda su lucidez y se mantenía viva, y esto era una condición necesaria para permanecer con vida en el campo de concentración y sobrevivir al tormento incesante de nuestros torturadores.

Un día gritaron mi nombre en la formación de la mañana. Se me transfería a otra brigada de trabajo asignada a la construcción de un nuevo campo de tiro para la tropa de las SS.

¡Dios mío!, lo contento que me puse al saber que me libraba del yacimiento de la muerte. No más palizas diarias de los capos, se acababa el tener que contemplar los miembros mutilados o aplastados de mis

compañeros de cautiverio, de mis compañeros de infortunio destrozados por el trabajo. Por fin podía trabajar en algo distinto.

Desafortunadamente mi alegría había sido prematura y me duró muy poco, pues resultó que sólo había huido del fuego para dar en las brasas. Una vez más, en esas labores sólo trabajábamos homosexuales, y algunos días unos pocos judíos que nunca volvían vivos al campo al atardecer. Pronto me di cuenta de que también en esta nueva brigada la vida humana no tenía importancia, particularmente las vidas de los homosexuales y de los judíos.

Teníamos que acarrear tierra y barro para construir en el campo de tiro un montículo destinado a detener los proyectiles detrás de la zona de blancos, que ya había sido instalada. Al principio todo fue bien: acarreábamos nuestras carretillas y lentamente el terraplén empezó a tomar forma. Pero al cabo de pocos días vinieron al campo de tiro grupos de guardias SS que pretendían hacer sus prácticas mientras los presos continuábamos descargando nuestras carretillas sobre el montículo. Como es natural, quisimos dejar de descargar las carretillas cuando vimos que los guardias se disponían a comenzar las prácticas, pero, con palizas y amenazas de azotarnos con latigazos, los capos y los guardias SS nos obligaron a proseguir con el trabajo.

El silbido de las balas pasó entre nosotros, y varios de mis compañeros cayeron por tierra, algunos solamente heridos, pero muchos de ellos muertos. Pronto nos dimos cuenta de que los guardias preferían apuntar sobre nosotros a hacerlo sobre las dianas, y que jugaban a cazar a quienes cargábamos las carretillas.

Diariamente, entre muertos y heridos, nuestra brigada de trabajo resultaba diezmada. Salíamos a trabajar por la mañana aterrados y despavoridos, sin saber cuál de nosotros moriría ese día, pero seguros de que a alguien le tocaría. Nos habíamos convertido en piezas de caza para los guardias, que festejaban con gritos de euforia cada vez que acertaban en uno de nosotros.

Este tormento duró casi dos semanas y se cobró más de quince muertos, todos prisioneros con el triángulo rosa; de hecho, más víctimas que las que se cobró en el mismo tiempo el tristemente célebre yacimiento de arcilla de la fábrica de ladrillos, aun cuando allí trabajaban muchos más prisioneros.

Era la forma que la diabólica maquinaria de exterminio de las SS tenía para hacer estragos entre nosotros y diezmar el número de presos de nuestro bloque, con el fin de hacer sitio a los incesantes cargamentos de homosexuales que llegarían del Reich y de sus nuevos territorios ocupados.

Las órdenes del régimen nazi de llevar a cabo en los territorios del Tercer Reich una drástica purga de homosexuales, esos «elementos degenerados» del

pueblo alemán que debían ser exterminados, las cumplían los esbirros de las SS con sádica eficiencia y celo. Pero no se trataba de exterminarnos de forma inmediata, sino de torturarnos hasta la muerte con crueldad y brutalidad, con raciones de hambre y extremos trabajos forzados.

Debe de haber sido muy entretenido para los guardias usarnos a los presos del triángulo rosa como blancos vivientes: ahora les servíamos como piezas de caza mayor.

Durante dos días enteros conseguí salir milagrosamente a salvo de la lluvia de proyectiles. Luego, uno de los capos, un verde, me ofreció que me limitaría a cargar de tierra las carretillas, sin tener que llevarlas al campo de tiro, si me convertía en su amante y accedía a sus deseos sexuales. Así no me jugaría la vida en el terraplén del campo de tiro bajo las balas de las SS.

Tras un breve titubeo acepté el ofrecimiento: mi voluntad de vivir era más fuerte que cualquier compromiso moral con la decencia y la entereza de carácter. Que me condenara quien quisiera: la visión de los compañeros abatidos hasta la muerte o heridos en el campo de tiro había surtido un efecto demasiado grande en mí. Además tenía miedo, un miedo terrible. ¿Por qué no iba a aprovechar esa oportunidad de salvar la vida, aunque fuera degradándome como ser humano?

El 15 de mayo de 1940, durante la formación matutina, inesperadamente se organizó un transporte para transferir a algunos prisioneros a otro campo. Yo estaba incluido en la lista y en poco menos de una hora me encontré subido en un camión que abandonaba el campo. En cierto sentido lamentaba marcharme, puesto que en los últimos días mi vida se había vuelto casi soportable gracias a las relaciones sexuales con mi capo. Me conseguía furtivamente más comida, y gracias a su ayuda me asignaron a trabajos más ligeros y menos peligrosos.

La despedida de mi capo fue breve y poco emotiva. Nos estrechamos la mano, me dijo que lo sentía por mí, y yo se lo agradecí. Había terminado una amistad de conveniencia para ambos.

Subí al camión con una sensación de desasosiego, pues no sabía lo que el futuro me depararía ni cómo me irían las cosas en el nuevo destino. La experiencia, no obstante, me había enseñado que era posible mantenerse con vida y hacer esta más llevadera, incluso en un campo de concentración. Lo cierto es que me obsesionaba una sola idea: la determinación de vivir, de sobrevivir a toda costa.

4. Flossenbürg

Durante el camino los guardias de las SS que nos custodiaban nos dijeron que se nos trasladaba al campo de concentración de Flossenbürg. En Sachsenhausen ya había oído hablar de ese lugar a algunos prisioneros. Contaban que en ese campo las condiciones de vida eran tan malas como en el nuestro, por lo que no debíamos abrigar esperanzas de tiempos mejores. En este aspecto, todos los campos de concentración eran igual de brutales.

El campo de Flossenbürg estaba en Steinfalz, en el norte de Baviera, cerca de la frontera checa, a unos setecientos metros sobre el nivel del mar. La ciudad más cercana era Weiden. Había sido construido sobre una suave ladera, no muy alejado del pueblo de Flossenbürg. A pesar de la hermosura del paisaje, con un antiguo castillo en ruinas del siglo catorce que se erguía pintoresco en el horizonte, Flossenbürg no deja de ser un sitio de infausta memoria para decenas de miles de personas: el dolor y tormento que en él sufrieron lo maldecirán para siempre.

Cuando nuestro convoy, formado por tres camiones, llegó a Flossenbürg y nos descargaron en la explanada, nos sorprendió ver que no estábamos ante el mismo circo que se acostumbraba montar en Sachsenhausen para los recién llegados, esto es, gritos, insultos y golpes. Nuestra llegada al campo nos pareció por lo menos más civilizada, y no la percibimos como una experiencia desagradable.

De los más de cien presos de Sachsenhausen transferidos a Flossenbürg, sólo cinco llevábamos el triángulo rosa: un cantante checo, de Praga, de 35 años; un funcionario austríaco de Graz, de 42 años; un joven de 24 años de Salzburgo, de quien se decía que había sido oficial de las Juventudes Hitlerianas; otro vienes y yo, ambos de 22 años. Al igual que en Sachsenhausen, nos destinaron al «bloque de los maricas», que en Flossenbürg solamente ocupaba el ala A, esto es, solamente había un dormitorio para homosexuales.

En esa época el ala albergaba ya a más de doscientos prisioneros y, como en Sachsenhausen, era obligatorio que la luz estuviera encendida durante toda la noche, si bien no en todo el bloque, sólo en el «ala de los maricas». También allí había que dejar las manos sobre la manta mientras dormíamos. Al parecer esta regla estaba vigente en todos los campos de concentración que tuvieran barracas para homosexuales. La regla no dejó de aplicarse hasta un año más tarde, cuando disolvieron el ala y nos separaron en grupos más pequeños que distribuyeron entre los demás bloques.

Un guardia nos condujo a nuestra barraca y, una vez allí, nos entregó al jefe de bloque de las SS. Este hizo que permaneciéramos de pie durante un buen rato, mientras un grupo de ocho o diez capos se juntaba a nuestro alrededor y nos examinaba con detenimiento. Yo ya no era tan ingenuo como para no saber el motivo por el cual un grupo de notables —que incluía a los capos— nos observaba de esta manera: buscaban nuevos amantes entre los recién llegados. Como yo no tenía aún mucha barba, aunque estuviera cerca de cumplir los 23 y aparentara ser más joven de lo que en realidad era, y como me había repuesto un poco gracias a las raciones adicionales que me conseguía mi capo de Sachsenhausen, estaba en el punto de mira de los capos, que revoloteaban a nuestro alrededor. Me di cuenta de su especial interés en mí por los abiertos comentarios que hacían. Parecía que los cinco recién llegados hubiéramos aterrizado en el mercado de esclavos de la antigua Roma.

De pronto, el sargento de las SS y el decano del bloque salieron del dormitorio y pusieron fin a la «inspección» de los capos. El sargento de las SS nos leyó las normas especiales que regían para el bloque de homosexuales y, mientras lo hacía, el decano de bloque permaneció en pie detrás de él, mirándonos bien y con la misma idea en la cabeza que la que antes habían tenido los capos. Sus ojos me miraron fijamente durante un buen rato, y noté que una sonrisa de satisfacción surgía en su rostro. Cuando el sargento se marchó, el decano del bloque, que tenía que asignarnos las camas, inmediatamente se me acercó y me dijo:

—¡Eh, tú!, muchacho, ¿quieres venir conmigo?

—Sí, claro respondí de inmediato, sabiendo muy bien a qué se refería. Mi pronta aceptación lo impresionó un poco.

—Eres un chico listo, y eso me gusta —me dijo, dándome unas palmadas en el hombro.

Como Sachsenhausen, el campo de Flossenbürg estaba dirigido por los verdes. En otras palabras, la gran mayoría de los decanos y capos provenían

de las filas de los criminales comunes y, como es natural, también el decano del campo y el Obercapo.

Mi nuevo amante resultó ser un delincuente profesional de Hamburgo, muy estimado en su medio como forzador de cajas fuertes. Los prisioneros lo temían por su brutalidad, e incluso sus colegas capos le tenían miedo, pero conmigo fue bondadoso y considerado. Medio año más tarde fue nombrado decano del campo, puesto en el que permaneció hasta que los estadounidenses liberaron el campo de concentración. Incluso tiempo después, cuando yo ya no era su amante, pues se había escogido un joven polaco, siguió protegiéndome. Me salvó la vida en más de diez ocasiones y aun hoy, más de veinticinco años después, todavía le estoy muy agradecido. Ahora vive de nuevo en Hamburgo, aunque no he tenido contacto con él desde abril de 1945.

Mis nuevos compañeros de prisión me contaron que el sargento SS de nuestro bloque era muy perspicaz, que estaba siempre preparado para imponer castigos, que no sonreía nunca ni mostraba sentimiento alguno, pero que tampoco le ponía nunca la mano encima a ningún prisionero. Después de que los cinco recién llegados hicimos nuestras camas en el modo prescrito y colocamos nuestras escasas pertenencias en el casillero asignado, tuvimos que formar de nuevo para que nos tomaran los datos personales. El jefe de bloque de las SS pasó revista a la fila de los cinco acompañado por un prisionero que hacía de secretario, y nos hizo más preguntas de lo que uno se pudiera imaginar.

Cuando llegó mi turno, me miró a los ojos y fue como si una chispa de entendimiento hubiera saltado de su mirada a la mía. No consigo encontrar las palabras adecuadas para describirlo, pero sentí una especie de descarga eléctrica en los pocos segundos que duró el intercambio de miradas. Nunca me dirigió demasiadas palabras mientras estuve en su bloque, pero a menudo pude notar que se me quedaba mirando.

En una ocasión, un sargento de las SS me golpeó por no haberme quitado a tiempo el gorro en su presencia. Él salió corriendo de su despacho y le gritó: —¡Deja en paz a ese hombre!

El sargento me soltó de inmediato y se largó con viento fresco mascullando «ya veremos, ya veremos». El jefe de bloque se quedó mirándome fijamente con expresión grave y después volvió a su despacho. Varias veces lo sorprendí mirando hacia donde yo estaba, mientras él se sentía inobservado. Nunca hablé de esto con los demás prisioneros, ni siquiera con mi amigo, el decano del bloque, pero tenía la sensación instintiva de que yo

no le resultaba indiferente, de que era uno de los nuestros, con la misma tendencia sexual de los prisioneros que llevábamos el triángulo rosa.

Él ocultaba sus sentimientos rechazando todo contacto personal con los prisioneros y manteniendo un comportamiento rígido e intransigente. Por la más mínima contravención de las normas del campo, y eso quería decir algo tan nimio como un golpe de tos en un momento inoportuno o la falta de un botón, ordenaba que se dieran al prisionero de cinco a diez bastonazos en el potro, la pena habitual. Pero nunca se quedaba a ver en persona el castigo y, en una ocasión en la que se vio obligado a estar presente, giró la cara hacia atrás para no mirar. A mediados de 1941 se presentó como voluntario para ir al frente ruso y desapareció de nuestras vidas para siempre.

Los homosexuales estábamos asignados en brigadas de doce a quince hombres y debíamos trabajar, bajo las órdenes de un jefe de brigada de trabajo de las SS, un capo y un capataz, en la cantera de granito que había en el campo de Flossenbürg. De ella se obtenían y preparaban los sillares y bloques para los grandes proyectos de construcción de Hitler, para puentes de autopistas y otras obras por el estilo. En la cantera se habían levantado grandes naves en las que se alojaban los talleres de cantería y de esmerilado, donde los bloques de granito recibían su forma definitiva y el acabado deseado.

La tarea de extraer, dinamitar, tallar y labrar los bloques era extremadamente ardua, y solamente estábamos asignados a ella judíos y homosexuales. La cantera se cobró muchas vidas como resultado del gran número de accidentes, la mayoría de los cuales eran provocados deliberadamente por las SS y los capos.

Es muy probable que los conductores que circulan hoy por las autopistas alemanas no sepan que cada bloque de granito que las bordea está manchado con la sangre de hombres inocentes, de hombres que no hicieron mal a nadie y que sin embargo fueron condenados a pudrirse y reventar en los campos de concentración por el único motivo de tener una religión, una nacionalidad, una opinión política o una preferencia sexual distintas. Cada uno de los pilares de granito que sostienen los viaductos de las autopistas alemanas costó la vida a innumerables víctimas, un mar de sangre y una montaña de cadáveres humanos. Hoy, mucha gente está encantada de que estos hechos se cubran con un velo de silencio y olvido.

Gracias a mi relación con el decano de bloque, el capo encargado de la brigada me asignó trabajos menores en la cantera, trabajos que no por eso dejaban de ser también muy duros. No habría podido aguantar el agotador ritmo de cada día de no haber sido porque mi amigo me procuraba todos los días raciones adicionales de comida.

Al igual que el campo, la cantera de granito estaba rodeada completamente de alambre de espino y vigilada dentro y fuera por centinelas de las SS. No se permitía que los prisioneros se acercaran a menos de cinco metros de la alambrada. Quien lo hiciera, recibía los disparos mortales de los guardias sin aviso previo, ya que la transgresión estaba considerada como intento de fuga. Por liquidar a un prisionero en «intento de fuga» los hombres de las SS obtenían un permiso especial de tres días.

No resulta difícil imaginar el celo que ponían los guardias de las SS en organizar fugas de esta naturaleza con objeto de conseguir un permiso. En el tiempo relativamente corto que trabajé en la cantera vi por lo menos en diez ocasiones cómo uno de los guardias le quitaba la gorra a un prisionero, la tiraba a la alambrada y ordenaba al prisionero que fuera a recogerla. Como es natural, este trataba de rehusar, porque sabía que hacerlo significaría una muerte segura. Los guardias lo golpeaban de tal manera que lo único que le quedaba al pobre diablo era elegir el tipo de muerte que prefería: morir apaleado por las bestias de las SS o asesinado a tiros en el supuesto intento de fuga.

También hubo, en varias ocasiones, más de un prisionero desesperado que corrió hacia la alambrada para que lo abatieran a tiros, y poder librarse así del dolor, del hambre y del trabajo agotador.

Cuando se abatía a un prisionero en la cantera, los demás teníamos que tumbarnos inmediatamente en el suelo y permanecer con la cabeza agachada hasta que el supuesto fugitivo, que no siempre moría en el acto, era retirado en angarillas. A menudo teníamos que permanecer tirados en el suelo hasta una hora y media. Sólo que esta espera inmóvil no nos la ponían nada fácil, pues aquel que se moviera un poco recibía de los guardias de las SS una patada en la cabeza o un furioso puntapié en los riñones que casi siempre hacían perder el sentido. Sólo en verano se podía aguantar un poco mejor esta obligación; con lluvia, o en los días de invierno, era más que dolorosa, precisamente la intención que perseguían los SS.

En la cantera, una forma de tortura cuya práctica con los judíos y homosexuales era muy apreciada por los SS consistía en hacer que los prisioneros que ya estaban físicamente al borde de sus fuerzas enloquecieran.

Un oficial de las SS que ejercía tareas de vigilancia elegía arbitrariamente a cualquier persona, aunque no hubiera hecho nada, y le colocaba un balde de metal en la cabeza. Dos hombres lo sujetaban mientras los SS y los capos golpeaban en el balde con palos. El ruido atronador, amplificado por el balde, ocasionaba en la víctima un pánico tan grande que perdía por completo la cabeza y su sentido del equilibrio quedaba destruido. Entonces, se le retiraba el balde de la cabeza de sopetón y se le empujaba hacia la alambrada. El infeliz, sin sentido de la orientación, difícilmente podía corregir su andadura a tiempo, por lo que casi siempre entraba en la zona prohibida de los cinco metros y caía abatido por las balas. Este tipo de juegos era el pasatiempo favorito de los guardias de las SS, que no temían que por ello se les aplicara ninguna medida disciplinaria, ya que sus víctimas eran homosexuales y judíos cuyo exterminio y aniquilación estaban decididos de antemano.

Después de trabajar unas dos semanas en la cantera, me trasladaron a otra brigada por iniciativa de mi amigo, el decano de bloque. Se trataba de la división de construcción, encargada de todas las obras que debían realizarse en el área del campo de concentración de Flossenbürg, tanto dentro como fuera del mismo. La división de construcción se dividía a su vez en varias brigadas, una para cada una de las diferentes obras. Yo entré a trabajar como escribano en el almacén de materiales y de esa manera conseguí un puesto cómodo y agradable en el que mi vida ya no corría peligro todos los días como antes. ¡Lo había logrado!

El único motivo por el que obtuve este puesto de secretario se debió a que había superado mi período de prueba como amante del decano de bloque, y además, sin llamar la atención. El período de prueba no consistía tanto en el tiempo más o menos prolongado pasado en la compañía íntima de mi amigo, sino en que el decano del bloque hubiera quedado convencido de mi silencio y discreción.

Los notables sentían un gran temor hacia mi decano, pero también lo respetaban y, como casi todos ellos eran también verdes, mi amante venía a ser una especie de jefe del hampa. Se llevaba muy bien con los oficiales de las SS; los continuos regalos que les hacía, si bien no los ablandaban por completo, sí le permitían granjearse un talante amistoso. Se trataba generalmente de pequeñas manufacturas artesanales hechas por los prisioneros, como barcos vikingos pintados o metidos en botellas, acuarelas, cestos de paja u otros objetos de mimbre, que los presos hacían a cambio de

cigarrillos o pequeños paquetes de comida. Los oficiales de las SS se interesaban mucho por este tipo de objetos porque podían venderlos a buenos precios fuera del campo. Se comprende así que mi decano de bloque consiguiera comprarse el favor de muchos oficiales de las SS y tejer una red de poder tanto entre los presos ordinarios como entre sus compañeros capos. Su influencia era tan grande que, como ya he mencionado, a finales de 1940 las SS lo nombraron decano del campo.

Como es natural también tenía sus enemigos, especialmente entre los presos políticos, a quienes les habría gustado hacerse con la jefatura de los prisioneros del campo. Fue así como en los primeros días de mi relación con él, varios rojos, esto es, presos políticos, fueron a verme a la cantera, aunque ellos vivían en otro bloque y pertenecían a una brigada de trabajo distinta. Querían averiguar lo que había entre nosotros, cómo me trataba y si me había hecho proposiciones sexuales. Su estrategia para sonsacarme consistió en preguntarme entre bromas cosas de este estilo: «¿la tiene grande?», «¿te lo hace todos los días?», o «¿es tan cariñoso como parece?».

El propósito de estas preguntas en clave de broma era sacar a la luz que teníamos una relación homosexual, algo que oficialmente estaba prohibido. Tiempo después comprendí que su intención era lograr que lo destituyeran como decano de bloque, para así poner fin a su influencia en el campo. De esta manera los verdes habrían perdido su posición de poder entre los notables del campo, en beneficio de los rojos.

No permití que se me escapara nada, ni que quedara la impresión de que había algo entre nosotros. Respondía a sus preguntas irónicas con un «si quieres saberlo, pregúntaselo a él, no sé de qué me hablas». Porque si algo sabía perfectamente es que si llegaban a enterarse de lo más mínimo, me harían trizas en la lucha por el poder que se desataría entre verdes y rojos. Además, si llegaba a probarse un delito homosexual se imponían penas muy severas, que a menudo acababan con la muerte de los dos culpables. Por lo menos así sucedía en 1940; tiempo después las costumbres del campo se relajaron un poco.

Como era de esperar, mi decano de bloque no desconocía la intentona que habían hecho para arrebatarse el puesto, y por ciertos círculos de prisioneros se había enterado también de su posible nombramiento como decano del campo; tampoco le pasó desapercibido mi obstinado silencio sobre nuestra relación. Como agradecimiento utilizó sus influencias para que se me asignara la tarea de escribano en el almacén de la división de construcción, puesto que precisamente estaba vetado a los presos con el triángulo rosa.

—Eres de una pieza, muchacho —me dijo benévolo, dándome un fuerte golpe en la espalda—. Me gusta, y me gustas aún más por eso, aunque preferiría una conejita.

Por ser de una pieza él entendía alguien que no abre la boca y al que no se le escapa nada, ni siquiera bajo amenazas. Esta burda confesión de amor, incluso con la apostilla de que prefería a las mujeres, me hizo sentir cierta alegría y, sobre todo, me dio la sensación de estar protegido. Desde ese día me sentí muy unido a él.

Cuando un prisionero era sentenciado a recibir una paliza, esta se llevaba a cabo en el potro y todos los demás prisioneros de su bloque tenían que acudir a ver el castigo. Si el castigo se ejecutaba en la explanada, todos los presos del campo tenían la obligación de asistir.

El potro era una estructura de madera, parecida a un banco, sobre la que se colocaba al prisionero boca abajo, atado a la altura de la cintura, con la cabeza y el torso colgando hacia un lado y las piernas hacia el otro, de modo que las nalgas sobresalieran hacia arriba. Luego se tiraba de las piernas hacia los lados y se ataban fuertemente a los pies del banco. Sólo el hecho de ser atado al potro era una tortura tremenda, pero el tormento mayor empezaba con los golpes. Había varios instrumentos para atizar a la víctima, desde correas de perro hasta varas de madera, si bien en la mayor parte de los casos se usaba la temida fusta de piel de buey.

Para impartir el castigo generalmente se utilizaba a sargentos de las SS designados por el jefe de campo y, de entre ellos, a los más sádicos, que solían presentarse voluntarios. Me refiero, claro está, a los castigos oficiales impuestos por los comandantes de campo de las SS. Sin embargo, muchos jefes de bloque y jefes de brigadas de trabajo, todos de las SS, también imponían despóticamente sus castigos sobre el potro, con total impunidad, aunque entonces las penas no se llevaban a cabo al aire libre, sino en las oficinas o en los talleres. Pasaba con frecuencia que al condenado se le ocurría ponerse dos calzoncillos o meterse bajo los pantalones algo que fuera capaz de mitigar los golpes. Pero si lo sorprendían con algún tipo de protección, se doblaba el castigo y se le azotaba en las nalgas desnudas.

En una ocasión se condenó a un preso checo, compañero de mi dormitorio, a recibir veinticinco azotes en el potro, la mayor cantidad que estaba permitido propinar en una tanda: había sido sorprendido mientras intentaba fugarse. Después de la formación vespertina, fue atado a un potro

instalado frente a nuestro bloque y todos los presos del ala A, los maricas, tuvimos que formar filas para presenciar el castigo. Se nos suprimió, además, la cena de ese día.

El comandante del campo, un *Obersturmführer*^[16] de las SS de unos 45 años, corta estatura y rostro siempre bien afeitado, era una bestia repugnante. Cuando pillaba a un hombre de triángulo rosa en la menor infracción al reglamento, lo condenaba a recibir una paliza en el potro. Por lo menos cada dos días se ejecutaba un procedimiento de esta naturaleza frente a nuestro bloque, y él siempre acudía en persona.

Cuando llegó el momento del castigo al homosexual checo de mi dormitorio, después de atarlo al potro apareció con la fusta un sargento de las SS, conocido por su brutalidad en los azotes. La víctima sería azotada en las nalgas desnudas. La costumbre establecía que cada vez que recibía un zurriagazo, el condenado debía decir el número del azote en voz alta, y, si se equivocaba al contar o si el dolor le impedía hacerlo con voz suficientemente alta, el golpe no contaba. De modo que con frecuencia la víctima recibía casi un número doble de golpes.

El sargento de las SS empezó a azotarlo, chasqueando la fusta en el aire mientras el checo gritaba y gemía desesperadamente de dolor. Con los primeros azotes la piel del desgraciado se abrió y la sangre empezó a brotar, pero el sargento continuó golpeando sin perturbarse, siempre asegurándose de que la víctima dijera los números en voz audible, aunque fuera en checo.

El comandante no se apartó un solo momento y contempló la ejecución con interés más que evidente: cada vez que caía un latigazo, los ojos se le encendían, y al cabo de unos cuantos golpes todo su rostro estaba colorado de excitación y lujuria. Había hundido las manos en los bolsillos del pantalón y todos pudimos observar que se masturbaba, sin que le importara un bledo nuestra presencia. Una vez satisfechos sus bajos instintos, el muy cerdo se marchó: no le interesaba más el resto del castigo.

Finalmente se cumplieron los veinticinco latigazos; el checo temblaba y gemía, pero no lo desataron de inmediato. El sargento de las SS ordenó al capo médico, que siempre estaba presente en los castigos, que pincelara con yodo las nalgas ensangrentadas del pobre hombre, con lo cual este continuó gritando de dolor.

Cuando finalmente lo soltaron, tuvo que incorporarse a nuestras filas, aunque aún temblaba del dolor y la sangre le teñía de arriba abajo los pantalones de dril. Como castigo adicional, todo los presos del ala A, casi doscientos hombres, tuvimos que permanecer de pie frente al bloque hasta la

medianoche, porque había sido uno de los nuestros el que había intentado fugarse, Permanecer de pie quería decir no moverse un ápice: a quien se tambaleara un poco o tratara de aliviar el agarrotamiento moviendo los pies, los guardias de las SS, siempre vigilantes, le propinaban los consabidos golpes.

En más de treinta ocasiones pude ver con mis propios ojos cómo el comandante se satisfacía contemplando los latigazos que se infligían a los condenados al potro, y el deleite y la lascivia con que sus ojos seguían cada azote y grito de dolor.

Una vez sucedió que un preso de triángulo rosa, por más latigazos que le daban, no emitía el más mínimo gemido; por más fuertes que fueran los golpes de los guardias, los cerrados labios del desdichado hombre no pronunciaban sonido alguno. El comandante, privado de parte de su perverso placer, le espetó al prisionero:

—¿Por qué no gritas, maricón de mierda? ¡Seguro que te gusta, soplapollas! —y, dirigiéndose al guardia de las SS que blandía la fusta, añadió: ¡Empieza otra vez desde el principio y no pares hasta que el muy cerdo grite!

El guardia lo golpeó con tanta saña que la piel se fue abriendo en jirones con cada latigazo y la sangre chorreó hasta el suelo. La callada víctima entró en razón: se puso a chillar como un animal y a pedir que lo socorriéramos, algo que los demás no podíamos hacer. El comandante de las SS, jadeante de ansias y de placer, se hurgó salvajemente en los pantalones hasta que satisfizo su sevicia onanista.

5. Los muchachos polacos y el capo gitano

El director del campo de Flossenbürg, un *Obersturmbannführer* SS^[17] que más adelante sería promovido a *Standartenführer*^[18]; no se ocupaba mucho de la gestión interna del campo, delegándola en sus dos comandantes de campo. Antes de entrar en las Waffen SS^[19] había sido oficial del ejército, y probablemente su pasado militar era la causa del trato correcto que tenía con los presos, e incluso de que mostrara algunos rasgos humanitarios.

Su actitud contrastaba fuertemente con el mando brutal ejercido por sus subordinados de las SS. Por lo que recuerdo, en todo el tiempo en el que dirigió el campo nunca ordenó castigos corporales en el potro ni estuvo presente en la ejecución de los mismos. Al parecer, las torturas que los guardias SS infligían a los prisioneros, de las cuales con toda seguridad estaría enterado, le desagradaban tanto que a menudo no se dignaba aparecer por el campo en varias semanas. Sin embargo, aunque desaprobaba los inhumanos castigos de los guardias, nunca hizo nada por impedirlos; y como, además, los presos políticos no gozaban de su especial favor le parecía que representaban un peligro para la seguridad del Reich, —prefería que fueran los criminales, los verdes, los que dirigieran el campo.

Un día, las autoridades del campo decidieron que en Flossenbürg debía formarse una orquesta de prisioneros, como las que ya había en otros campos de concentración, para «distraer» a los presos los domingos.

Como es obvio, la orquesta tenía que ser financiada por los presos, y tuvimos que comprar los instrumentos con nuestro propio dinero. Se organizó de inmediato una colecta, aunque en aquella época estaba oficialmente prohibido que los presos poseyéramos dinero alguno. El dinero en efectivo que llevaban consigo los prisioneros al ingresar en el campo o que les enviaban sus allegados durante su cautiverio era contabilizado en la escribanía del campo, donde se apuntaban las cantidades en una ficha. El dinero se depositaba físicamente en la caja del administrador del campo. No

obstante, por más ilegal que fuera, la mayoría de los prisioneros conseguía mantener algo de dinero, especialmente los notables. Sólo a partir de 1942 se permitió que cada prisionero sacara 30 marcos al mes de su cuenta —si la tenía— y los llevara encima.

Cuando había que hacer colectas como esta, no se preguntaba a los prisioneros si querían donar dinero o no; sencillamente, los jefes de bloque de las SS revisaban la ficha con la cuenta de cada preso del bloque y determinaban la contribución supuestamente voluntaria del prisionero en función de la cantidad que figurara en la cuenta. De esta forma en las colectas se llegaban a recaudar las cantidades más desorbitadas.

Pocos días después de la colecta llegó un camión cargado de instrumentos musicales recién salidos de fábrica y se descargó en la explanada del campo. Como era de esperar, no todos los instrumentos estaban destinados a la orquesta de prisioneros, aunque nosotros hubiéramos pagado por todos ellos con nuestros donativos forzosos; antes, los oficiales de las SS pasaron revista y separaron su parte del león para su propia orquesta. Con un enorme cinismo, solían comentar que se había tratado de un regalo de los prisioneros.

A continuación se formó la orquesta. En ella tuvieron cabida también algunos compañeros míos de dormitorio que eran músicos profesionales. Se trasladó a los miembros de la orquesta a un dormitorio separado en el que vivían y ensayaban, a salvó de las torturas y mortificaciones de los guardias de las SS. El cantante de Praga, que había sido trasladado conmigo desde Sachsenhausen y con el que había entablado una buena amistad, fue uno de los convocados.

Poco tiempo más tarde se dio el primer concierto. Tuvimos que asistir los ocupantes de todos los bloques y escuchar las interpretaciones musicales sentados en el suelo de la lavandería. Era obligatorio acudir: las autoridades del campo determinaban y reglamentaban incluso nuestro tiempo de ocio y nuestras distracciones. Daba igual que nos gustara o no la música, o que, como generalmente ocurría, no estuviéramos de ánimo para conciertos. La escena era macabra: los mismos prisioneros que diariamente estábamos expuestos a los tormentos de las SS ahora teníamos que escuchar a la orquesta tocar «*Qué hermoso es el mundo...*». Por más que la banda de música ejecutara las preciosas melodías de Franz Lehar, nadie podía olvidar ni por un instante su ignominiosa situación. Al menos, yo no.

El cantante de Praga tuvo que cantar arias de opereta, aunque le resultó difícil sacar de improviso la inspiración necesaria para entonar canciones tan alegres en medio de la miseria del campo. No obstante, después de tres o

cuatro, recuperó su vena de cantante, y consiguió olvidar que seguía preso en un campo de concentración.

Una vez que, entonando una canción de la opereta «*El estudiante mendigo*» de Millöcker, estaba cantando «... la sin par muchacha polaca...», el comandante lo interrumpió de sopetón:

—Hemos conquistado Polonia, y está prohibido cantar a la belleza y los encantos de las mujeres de un enemigo vencido. Sólo la mujer alemana es bella y atractiva.

¡Lo que faltaba!

Tampoco dieron conciertos para los prisioneros con mucha frecuencia pues, como decía el comandante, un campo de concentración no es una granja de reposo, comparación que a nadie se le hubiera ocurrido ni en la mejor de sus intenciones. Los domingos, sin embargo, era habitual que la orquesta de prisioneros se formara en la explanada y tocara marchas y arias de opereta, como si se quisiera simular un ambiente de normalidad y desenfado en la vida del campo.

Al menos dos veces por año teníamos visitas oficiales. Tanto la Cruz Roja sueca como la finlandesa solían enviar un representante al campo. No creo equivocarme si afirmo que era el propio régimen nazi el que invitaba a estas delegaciones de la Cruz Roja a visitarnos, con objeto de mostrarles lo correctamente que funcionaban sus campos de concentración.

En ocasión de tales visitas la orquesta tocaba aires joviales y marchas en la explanada, y los prisioneros, en lugar de trabajar, estábamos obligados a pasear tranquilamente por las instalaciones. Los visitantes observaban desde la torre de guardia la pretendida vida pacífica del campo sin sospechar lo distintas que eran las cosas cuando ellos no estaban.

Cuando alguno de ellos insistía en querer visitar el interior del campo, generalmente lo conducían al bloque central, en donde vivían los criados de los oficiales de las SS. El bloque siempre estaba reluciente y en perfectas condiciones, pues los presos que ahí residían tenían mucho tiempo libre y se ocupaban especialmente de mantenerlo bien limpio. De hecho, tenían obligación de hacerlo, para que sirviera como escaparate cada vez que llegaba una visita oficial.

A los invitados no se les acercaba a los bloques de los judíos, pues, de hacerlo, las damas y caballeros de la Cruz Roja hubieran podido observar cómo tres o cuatro personas se veían obligadas a compartir una sola cama y cómo estaban virtualmente condenadas a morir de hambre. Si querían hablar con algún preso, se les ponía en contacto con algún criado de las SS al que

previamente se le habían dado las instrucciones pertinentes sobre lo que debía decir. Y como ninguno estaba dispuesto a perder su cómodo puesto, que le permitía evitar el trabajo, y además sentían en la nuca el aliento de los puños de los guardias, afirmaban cuanto estaban obligados a decir. Con estos procedimientos se logró ocultar a la Cruz Roja Internacional la realidad de los campos de concentración y las torturas y sufrimientos que padecían los prisioneros. Y probablemente este es el motivo por el que levantó tanta indignación en las organizaciones humanitarias descubrir, tras el derrumbe del Tercer Reich, la verdadera situación de los campos de concentración, tan distinta de la que les habían mostrado y hecho creer durante sus visitas precedentes.

En el invierno de 1940 a 1941 llegaron los primeros convoyes procedentes de Polonia. Se trataba de polacos deportados a los campos por haberse resistido a las fuerzas alemanas de ocupación o por formar parte de grupos partisanos. Había de todas las edades, todos ellos deprimidos y desastrados, lo que hacía suponer que antes de llegar a Flossenbürg ya habían sufrido algunas atrocidades. Como las autoridades temían que formaran grupos entre ellos, los dispersaron entre los diferentes bloques.

Al cabo de unos cuantos días todos los decanos de bloque y capos, o por lo menos la mayor parte de ellos, ya se habían provisto de un joven polaco como sirviente, a los que se les llamaba chicos de la limpieza, aunque generalmente la función principal de estos muchachos era servir como amantes, es decir, debían compartir cama con su jefe y ser solícitos con él. Pero para los jóvenes polacos, que en poco tiempo se vieron repartidos para estos propósitos, la situación no era demasiado incómoda, pues todos ellos se dieron cuenta con mucha rapidez de que si no aceptaban ser amantes de un notable, con la consiguiente ración extra de alimentación que esto conllevaba, pronto sufrirían el hambre y tendrían que trabajar tanto como los demás prisioneros. Fue así como estos muchachos polacos, y tiempo después también los muchachos rusos, aceptaron de buen grado cualquier proposición que les supusiera un trabajo más liviano y un estómago más lleno.

Estos peluches, o muñecos, como se les llamaba en otros campos, generalmente tenían de 16 a 20 años. Pronto se volvieron unos sinvergüenzas, pues sin importar lo arrogante que fuera su actitud con los demás presos, contaban siempre con la protección de su amigo entre los notables. Por temor a la venganza de sus amos no se podía hacer nada en contra de los peluches,

por lo que la solución más astuta consistía en quitarse siempre de en medio. Bastaba con observar su aspecto físico para advertir fácilmente quién mantenía algún tipo de relaciones con un decano de bloque o con un capo. En poco tiempo, gracias a la mejor alimentación, los jóvenes polacos se pusieron lustrosos como capones, mientras miles de prisioneros del mismo campo de concentración padecían las consecuencias del hambre.

Los presos que llevábamos el triángulo rosa seguimos siendo a los ojos de los demás presos unos «maricones de mierda», pero los mismos presos que nos insultaban y condenaban con estas palabras no parecían demasiado perturbados por las relaciones que decanos de bloque y capos mantenían con los muchachos polacos. Lo aceptaban con naturalidad limitándose a sonreír, incluso con un tonillo de aprobación. Muchos oficiales de las SS compartían este punto de vista, pues es evidente que conocían lo que sucedía con los muchachos polacos, si bien nunca se hablaba oficialmente de ello.

Y así, el modo en que tus propios compañeros te valoraban presentaba dos caras, como desafortunadamente sigue ocurriendo hoy día: lo que en unos casos se acepta y aprueba con una sonrisa, está completamente prohibido cuando se confiesa abiertamente o cuando te cuelgan el sambenito. Las relaciones homosexuales entre dos individuos supuestamente normales se pasan por alto tildándolas de recurso de emergencia, mientras que las mismas relaciones entre dos hombres homosexuales, aunque tengan profundos sentimientos de afecto el uno por el otro, son consideradas marranadas, algo sucio y repugnante.

Coincidiendo así con la llegada de los polacos a Flossenbürg, el decano de mi bloque, de quien yo era el amigo íntimo, fue nombrado decano de campo (LA I) por el director.

Como debía trasladarse a un bloque distinto, en el que estaba ubicada la oficina del campo, tuvimos que romper nuestra relación, porque obviamente no era posible que yo, un prisionero de triángulo rosa, lo visitara en su nuevo dormitorio. Además, él no quería llamar la atención y dar pie a que sus rivales lo denunciaran por ser también un 175. Si hubiera podido probarse, y mi convivencia con él habría sido una prueba segura de ello, semejante delación a la comandancia del campo habría acarreado no solamente su inmediata destitución, sino también un fuerte castigo para ambos.

La última vez que mantuvimos relaciones íntimas, al despedirse de mí me explicó los motivos de la separación, y yo me sentí muy conmovido y triste.

Él, sin embargo, me aseguró que siempre estaría agradecido por mi lealtad, y sobre todo por mi silencio, que seguiría protegiéndome y que podría contar en todo momento con su ayuda. Romper con él me resultó muy difícil, si bien no se puede decir que nuestros lazos fueran demasiado idealistas, pues habían surgido más bien del instinto de supervivencia. Aun así, lo estimaba mucho por las numerosas ocasiones en las que me había prestado ayuda, que yo casi siempre consideraba como si me hubiese salvado la vida. Continuó ayudándome durante mis restantes años de cautiverio, siempre que me metía en algún problema o que me amenazaba algún castigo corporal. Nunca rompió la promesa que me hizo al despedirse de mí. Para mí fue y será siempre un hombre honorable, aunque hubiera tenido por oficio forzar cajas fuertes y allanar moradas y, probablemente, continúe dedicándose a lo mismo.

Después de esta ruptura no tardé en recibir ofrecimientos de otros capos y decanos de bloque verdes para que entablara relaciones íntimas con ellos, pues no todos querían tener a un muchacho polaco como amante; algunos los encontraban demasiado jóvenes, y otros poco entretenidos, pues por aquel entonces los peluches sólo hablaban polaco.

Para mantener mi puesto de empleado de oficina y recibir comida adicional que me ayudara a seguir vivo, me vi obligado a aceptar una nueva relación. De hecho, por mi parte era casi imposible rechazarla, porque los capos sabían de mi antigua relación con el actual decano del campo, que había durado varios meses, y este les había relatado lo discreto que yo era y lo deliciosa que mi experiencia resultaba en la cama. Además, declinar un ofrecimiento me habría acarreado inmediatamente el odio de todos los capos y una persecución que con toda seguridad me habría supuesto la muerte.

Por lo que no me quedaba otro remedio que ponerme nuevamente bajo la protección de un decano de bloque o de un capo, que me mantendría alejado de más proposiciones, me conseguiría raciones adicionales de comida y se aseguraría de que no perdiera mi puesto de escribano. Como contrapartida yo tenía que ser su amante siempre que mi protector tuviera deseos. Todo tiene un precio.

Mi nueva relación empezó con algunas complicaciones. En realidad había tres capos que me deseaban como amante y que se disputaban mis servicios. Naturalmente, a mí no se me permitía elegir, pues carecía del poder para hacerlo; únicamente se me dijo: «Uno de nosotros será tu nuevo amigo», y tuve que esperar con impaciencia para saber a quién le tocaría como botín.

La disputa duró dos días; la noche del segundo día un capo de mi brigada de trabajo me reveló que me había comprado y que sería mi próximo amante.

Era un gitano húngaro, conocido entre los prisioneros, los notables del campo e incluso las SS por chalán y por sus trapicheos comerciales. Tenía montada una pequeña red de trueque con la cocina, la enfermería y el almacén de ropa. Le podías comprar lo que fuera, desde un pan entero hasta un anillo de diamantes o un buen par de zapatos. Siempre tenía dinero de sobra. Para conseguir quedarse conmigo lo único que hizo fue sobornar con dinero a los otros dos pretendientes para que se retiraran de la subasta y no pudiera surgir ninguna disputa entre ellos.

Con 30 años recién cumplidos, el gitano era un verdadero *feschak*, como decimos en Viena, un hombre apuesto; alto, delgado y en buenas condiciones físicas a pesar de llevar ya dos años en el campo de concentración. No obstante estar rapado como todos, el color negro azabache de sus cabellos era evidente. Tenía labios carnosos y ojos oscuros, que sacaban llamas cuando hacía el amor y se encendían de odio cuando estaba celoso —y siempre estaba celoso de cualquiera que se me acercara—. Al cabo de unos pocos días ya estaba locamente enamorado de mí y me conseguía cualquier deseo de ropa o comida que saliera de mis labios.

Estaba en tratos y practicaba febrilmente el trueque con los presos que trabajaban en el almacén de ropa. Como los recién llegados tenían que desprenderse sin previo aviso de sus prendas de vestir para a continuación ser conducidos a las duchas y recibir el uniforme de la prisión —sin oportunidad de volver a ver sus prendas—, cuando la ropa era enviada al almacén frecuentemente se encontraban joyas y dinero cosidos en su interior. Los SS, obviamente, lo sabían, y eran los primeros en acercarse al almacén a fisgar en busca de tesoros ocultos. Pero los suyos eran casi siempre unos registros superficiales, para no verse sorprendidos por un superior y tener que entregar el botín recién obtenido. De manera que los presos que trabajaban en el almacén encontraban todavía una buena cantidad de dinero y joyas cosida a las ropas, dinero y objetos preciosos que usaban para comprar más comida y alcohol. Y estos últimos se los suministraba mi nuevo amigo gitano.

Por increíble que parezca, le podías comprar hasta alcohol. Como siempre trabajaba en una brigada externa, fuera del recinto vallado del campo —siempre había algún trabajo de albañilería o pintura que hacer en las viviendas de los SS situadas fuera del campo—, entraba a menudo en contacto con la población del lugar. Aunque nunca llegó a decírmelo, probablemente actuaba en connivencia con el sargento encargado de su brigada, pues siempre podía comprar a la población civil unos litros de aguardiente barato de maíz a cambio de un alto precio. El problema principal consistía en introducirlo en el

campo, ya que los SS de guardia revisaban exhaustivamente a todos los presos al volver del trabajo para que no se introdujeran artículos prohibidos.

Pero a mi amigo capo pasar de contrabando el alcohol no le suponía una gran dificultad. Por lo general introducía la mercancía clandestinamente utilizando tubos galvanizados de entre tres y cinco metros de largo, que se necesitaban para las conducciones de agua del campo. Unos días antes se las arreglaba para que le llevaran unos cuantos tubos al lugar donde trabajaba su brigada en el exterior. Allí, los limpiaban, los rellenaban y luego los sellaban de tal manera que en el interior del tubo los corchos quedaran a unos veinte centímetros del extremo. De esta manera los guardias sólo podrían advertir los corchos si efectuaban una inspección muy precisa. Al volver por la tarde al campo de concentración, se llevaban los tubos y se depositaban junto a la puerta de entrada mientras se revisaba a los presos. Cuando daban la orden de entrar, los presos, que obviamente participaban en todo el enredo, alzaban los tubos con toda tranquilidad, entraban y los depositaban en el almacén de materiales de construcción, desde donde posteriormente se sacaba el alcohol.

A mi nuevo amigo nunca le faltaban las ideas cuando se trataba de sacar dinero de la nada. Si había dinero de por medio sólo se preocupaba por sí mismo, pero si no, también se ocupaba de mí. Mantenía la fidelidad de los hombres que trabajaban en su brigada, y que eran sus cómplices en el contrabando de alcohol, amenazándolos con que mataría al primero que se chivara al jefe de las SS de la brigada de trabajo. Nunca fue traicionado, y prosiguió su negocio con el alcohol sin mayores impedimentos.

Por otra parte, el gitano repartía entre su brigada de trabajo —o mejor dicho, entre su brigada de contrabandistas— buena parte de los ingresos y nunca se comportó de manera brutal ni le gustaron las palizas, por lo que nunca dio a ningún prisionero motivo fundado para que se volvieran en su contra. Su lema era «cada cual a lo suyo». Su equipo lo sabía, y todos observaban una férrea disciplina. También eran conscientes de que hacía negocios con muchos hombres de las SS y que no le habría costado mucho esfuerzo deshacerse de quien no estuviera por la labor. El grupo permanecía unido por una mezcla de miedo y ambición; tal era el lazo que los unía.

Desde mi escritorio en los almacenes de la división de construcción podía observar claramente todo lo que pasaba en la explanada y en la torre de vigilancia de la entrada. Si los centinelas de las SS salían de sus salas de guardia y formaban, era señal de que el director del campo estaba a punto de entrar en el recinto de los prisioneros para llevar a cabo una inspección. También las oficinas de los comandantes de campo de las SS quedaban al

alcance de mi vista, por lo que enseguida me daba cuenta de si iban a efectuar una patrulla por el campo. Igualmente podía seguir de cerca a los presos que encerraban en las celdas de arresto, el búnker, y a los recién llegados al campo. Me resultaba enormemente entretenido y satisfacía mi curiosidad.

A finales de febrero de 1941, un día vi desde la ventana de la oficina que un furgón de la policía entraba por el portón principal y se detenía justo enfrente de los calabozos del búnker. Estos calabozos solían usarse como celdas para castigos especiales. Un *Obersturmbannführer* de las SS perfectamente uniformado y centelleante de cordones plateados y condecoraciones saltó del furgón junto con una elegante y joven dama, vestida con un reluciente traje de noche plateado que dejaba al descubierto sus níveos hombros. Iba muy enojada, con zapatos plateados de tacón alto.

Al principio pensé que el oficial de las SS y su dama habrían tenido algún problema mecánico con el coche y que en el furgón de la policía habrían hecho el trayecto que les faltaba hasta el campo, al que acudirían para alguna inspección. Pero cuando vi que a ambos los encerraban en las celdas individuales del búnker y que el furgón se marchaba enseguida, sentí ganas de averiguar más detalles. Por la noche le conté a mi amigo capo este extraño nuevo ingreso, y él no tardó en demostrar gran interés, particularmente en las joyas de la dama. No me sorprendió lo más mínimo, pues conocía su talento para organizar golpes.

Mi amigo se enteró de todos los detalles de la extraña pareja esa misma noche: habían sido detenidos en un palco de la ópera de Hamburgo, víctimas de una denuncia, y trasladados inmediatamente a Flossenbürg. El *Obersturmbannführer* de las SS era un oficial destinado en el frente. Había obtenido grandes méritos y había sido distinguido con muchas condecoraciones, entre otras la Cruz de Caballero, que desafortunadamente no alcancé a ver cuando lo trajeron. Su dama en realidad era un joven muchacho de diecinueve años, soldado de las Waffen SS, que estaba de permiso en Hamburgo. Era hijo de uno de los mayores magnates de clubes nocturnos del Reeperbahn hamburgués.

Permanecieron en celdas separadas hasta la liberación del campo en abril de 1945 y en todo ese tiempo nunca se les permitió salir del calabozo durante el día. Tiempo después supe que a cada uno de ellos —por separado, claro está— se les dejaba salir una hora por la noche, a respirar aire fresco y estirar las piernas. Por órdenes expresas del *Reichsführer*^[20] Heinrich Himmler — conocido popularmente como «Reichquique» — se les mantenía en las celdas, sin que hubiera mediado juicio ni sentencia, apartados del resto del mundo —

incluso del mundo del campo de concentración— porque las SS no querían que un oficial de tan alto rango de sus propias filas se mezclara con los prisioneros y tuviera que llevar un brazalete con el triángulo distintivo. Y mucho menos el brazalete más despreciado, el del triángulo rosa de los homosexuales. En el alto mando de las SS estaban avergonzados y consternados de que tan distinguido oficial pudiera ser homosexual y ultrajar de modo tan grosero la pureza de la raza superior. Como deseaban que no se supiera nada de este caso de degenerados en las filas de las SS, habían decidido hacerlos desaparecer en los calabozos de un campo de concentración.

Pocas veces se le pudo ver la cara a la «dama», y eso sólo de noche. Al muchacho se le permitió seguir con vida y no ser liquidado inmediatamente—como seguramente hubieran preferido los líderes de las SS para deshacerse de un testigo de tal vergüenza— gracias a las influencias que tenía su padre con los peces gordos del partido nazi, lo que a buen seguro hubo de costarle una considerable cantidad de dinero.

Mi amigo capo me contó que el muchacho disfrazado de mujer tenía el rostro de una muchacha de perturbadora belleza, y que a pesar de las lágrimas que derramaba no le faltaba olfato para los negocios. El gitano hubo de saberlo, pues hizo sus negocios con el hijo del magnate de Hamburgo a través de los presos que trabajaban en labores de limpieza en el búnker: a cambio de sus joyas—que resultaron ser auténticas y valiosas y terminaron separadas en varios lotes de diamantes, perlas y anillos de oro— el muchacho consiguió tanto para él como para el oficial de las SS abundantes raciones adicionales de comida. A mi entender fue un buen gesto de su parte.

Gracias a estos trapicheos de joyas por comida ninguno de los dos tuvo nunca que pasar auténtica hambre. Además, el padre del muchacho no tardó en mandarle una buena cantidad de dinero. Sin embargo, de lo único que no se pudieron librar fue del confinamiento solitario. En 1945, cuando se liberó el campo, los oficiales de las SS quisieron fusilarlos, pero fueron capaces de escapar, aprovechando el caos generalizado, vestidos de civiles.

Vale añadir que mi amigo el gitano hizo el negocio de su vida y se hizo rico. Aunque se aprovechara de muchas situaciones de necesidad, nunca excluyó a nadie, es decir, nunca engañó a nadie ni cogió ninguna mercancía sin dar la contraprestación equivalente. Siempre permaneció fiel a su lema «cada cual a lo suyo», y esto lo convertía en un buen socio en los negocios, en un buen compañero de prisión y en un buen capo.

6. El comandante Rascapolvo

En marzo de 1941 relevaron y trasladaron al sádico comandante del campo, por añadidura *Obersturmführer* y al que le habíamos puesto el mote de «cascapajas de turno». Los hombres del triángulo rosa habíamos sufrido mucho con él, siempre tan atento a sorprendernos infringiendo el reglamento para poder castigarnos con una paliza en el potro y satisfacer sus deseos de placer. No es difícil adivinar las maldiciones que calladamente le deseamos cuando abandonó el recinto.

Confiábamos en que, con el nuevo comandante de las SS, llegarían días mejores y más benignos y se suavizarían las persecuciones y los castigos. Para nuestro infortunio, pronto constatamos que el nuevo comandante sentía más odio y desprecio aún hacia los homosexuales que su predecesor en el cargo, y que los perseguía con más saña.

El nuevo comandante tenía rango de *Hauptsturmführer*^[21], al que había ascendido desde los puestos más bajos. Para nosotros siempre fue un enigma cómo había podido llegar a oficial: su primitivismo y torpeza mental nos causaba asombro. Tiempo después, en la carpintería del campo nos enteramos de que antes de hacer carrera en las SS el comandante había trabajado como balsero en los ríos de Baviera. Lo primero que hizo fue ordenar que se cambiaran los triángulos rosas que llevábamos los homosexuales por unos casi el doble de grandes. En adelante, encima del triángulo iría cosido, además, un listón amarillo de dos por doce centímetros.

—Para que se les pueda reconocer como la mierda de maricones que son antes de que estén demasiado cerca —decía, con una sonrisa malvada y burlona.

Esta fue solamente la primera medida vejatoria. Muchas de las órdenes malintencionadas posteriores tuvieron como fin endurecer nuestra ya de por sí terrible y degradante vida, lo que empujó a muchos homosexuales al suicidio.

Su pasatiempo favorito consistía, como él lo llamaba, en revisar el polvo. Una y otra vez se arrastraba por cualquiera de los dormitorios de un bloque en busca de polvo, y, como es de esperar, siempre lo encontraba. Cuando digo se arrastraba, me refiero al sentido literal de la expresión, pues a este ser primitivo de uniforme no le daba la menor vergüenza —incluso delante de nosotros, los prisioneros— gatear por debajo de nuestras camas en busca de su maldito polvo.

Para sus inspecciones elegía con bastante frecuencia nuestro dormitorio, el de los homosexuales. Cuando, como siempre, lo encontraba, con la poca educación que lo caracterizaba chillaba encolerizado:

—¡Mamarrachos, ya os enseñaré yo a ser limpios! ¡Cagapollas, voy a hacer que se os cuezan las almorranas!

A continuación teníamos que hacer cincuenta flexiones y cincuenta sentadillas bajo su atenta mirada, amén de soportar las patadas en el trasero para que cayéramos de bruces o el pisotón de sus botas en la entrepierna.

Debido a estas cacerías cotidianas del comandante del campo, cuyo vocabulario no tenía nada que envidiar al de un canalla del hampa, le pusimos el apodo de comandante Rascapolvo. El mote dio la vuelta a todo el campo e incluso los jefes de bloque de las SS y los jefes de brigada se acostumbraron a llamarlo así cuando estaban a solas. No tardó en enterarse del mote que se usaba a sus espaldas y, cuando lo hizo, explotó en un ataque de cólera, lo que desató la alegría de todos, tanto entre los prisioneros como entre sus propios subordinados. El apodo lo persiguió durante toda su estancia como comandante del campo.

El comandante Rascapolvo tenía otras ideas más para jugarnos malas pasadas a los maricas. Por las noches, solía deslizarse en nuestro dormitorio para sorprender en flagrante a quien pudiera estar haciendo el amor. No obstante, como estábamos obligados a dejar la luz encendida toda la noche, nunca pudo entrar sin que nos diéramos cuenta, y en consecuencia nunca pilló a nadie «en el asunto». En realidad, debido a la luz, nunca pasaba nada en nuestro dormitorio por las noches; había oportunidades suficientes en otros momentos y lugares. Pero el hecho de que nunca pudiera destapar ninguna aventura entre los presos hizo que el comandante Rascapolvo se enfadara tanto que su odio concibió nuevas medidas de represalia.

Sólo cuatro semanas después de haber llegado hizo que el decano de campo ordenase que se dispersara a los que pertenecíamos al dormitorio A, el ala homosexual, y que se nos distribuyera en grupos de unas treinta personas entre otros bloques, con excepción de los barracones de los judíos. Por pura

casualidad me tocó permanecer con otros veintiséis compañeros de fatigas en el mismo dormitorio, que se completó entonces con rojos y verdes, es decir, con prisioneros políticos y criminales. Gracias a la nueva distribución, los presos del triángulo rosa ya no teníamos que dejar las manos fuera de la manta mientras dormíamos, y las luces se apagaban por la noche. Por fin podíamos dormir un poco mejor, sin que la luz nos molestara; eso sí, hubo que acostumbrarse a los tosidos y ventosidades de los nuevos doscientos compañeros de habitación.

No vaya a pensarse que la nueva distribución surgió de un sentimiento humanitario por parte de nuestro nuevo comandante, Todo lo contrario, su intención era que los homosexuales nos sintiéramos más seguros en otros bloques y nos animáramos entonces a entablar algún escarceo con otros presos. En todos los dormitorios tenía soplones que correrían a informarle de cualquier cosa que sucediera con los sarasas. El comandante Rascapolvo estaba dispuesto a sorprendernos de una u otra manera.

Hubo, naturalmente, algunas delaciones, y a los acusados se les castigó con veinticinco azotes en el potro, número que constituía un castigo suficientemente duro, pues los golpes se propinaban ahora con mayor severidad de la habitual. Rascapolvo se encontraba en su elemento: una vez más había logrado dar su merecido a los maricas.

Yo sentía unas ganas enormes de vengarme de los espías y soplones que colaboraban con los torturadores de las SS e hice todo lo que pude desde mis humildes posibilidades. Cuando lograba enterarme del nombre de alguno de ellos, y el que había sido castigado me lo confirmaba, le suplicaba a mi capo gitano hasta que este arreglaba que se le asignara al soplón un trabajo especialmente penoso en su brigada y que los demás capos se negaran durante varias semanas a venderle raciones adicionales en el mercado negro que ellos manejaban. Como todos los capos verdes estaban muy unidos, y muchos de ellos dependían de mi amigo, el gitano siempre conseguía satisfacer mis ruegos.

Pronto corrió la voz de que los soplones terminaban en poco tiempo siendo asignados a las tareas peores y más duras y acababan viviendo en la indigencia. Al comandante Rascapolvo esto le traía sin cuidado: cuando se denunciaba una relación homosexual no se preocupaba del denunciante, pues solamente le interesaba castigar al supuesto malhechor. Fue así como al cabo de unas semanas cesaron las denuncias entre los prisioneros, ya que a los colaboradores de las SS les entró en el cuerpo el miedo de verse trabajando en peores condiciones y sufriendo más hambre. Aún hoy me siento orgulloso de

haber logrado, a mi modo, que se hiciera un poco de justicia y se castigara a estos soplones.

Otra de las órdenes que instauró el comandante Rascapolvo también era curiosa y puede dar mayor idea de su valor como ser humano y de su personalidad. Cuando se dirigía a un prisionero y le preguntaba su nombre, el preso no podía responder con su nombre y apellido, sino que debía dar su número; por ejemplo, «prisionero 4567». Si se dirigía a uno de nosotros, los homosexuales, no debíamos responder «maleante pervertido 4567», como ocurría con el anterior comandante; la instrucción cambió y debíamos responder «puto maricón 4567». Una cínica sonrisa de maldad iluminaba el rostro del comandante Rascapolvo: era la respuesta que correspondía a su rico vocabulario y nivel cultural.

En una ocasión un soplón le contó que los presos adscritos a la cocina guisaban por las noches y vendían la comida a los decanos de bloque y a los capos. Esa misma noche se deslizó de incógnito en la cocina y, efectivamente, encontró una sartén con más de treinta bolas de masa. Con una enorme sensación de triunfo informó de ello al director del campo, que casualmente a la mañana siguiente se presentó en la formación, y exigió que se impusiera un castigo ejemplar a los empleados y capos de la cocina. El director escuchó el informe con el rostro adusto y ordenó al comandante Rascapolvo que trajera inmediatamente las bolas de masa como elemento de prueba. Rascapolvo corrió a la cocina a buscar la sartén, pero lo único que encontró en ella fueron unos cantos rodados del mismo tamaño que las bolas de masa. Montó en cólera, se puso a blasfemar y a soltar imprecaciones contra la «panda de ladrones» y «la chusma de delincuentes» que le habían tendido la trampa y llevó la sartén con las piedras al director del campo para que este también pudiera ver la trapacería y broma pesada que le habían gastado.

Cuando el director del campo vio las piedras en la sartén, se retorció de risa, lo que ocasionó que la ira de Rascapolvo subiera aún más de tono. A continuación el director le preguntó al capo de la cocina si había permitido que se cocinaran bolas de masa clandestinamente. Este se apresuró a negarlo, con un gesto exagerado de candidez en el rostro. Cuando le preguntaron la razón por la que los cantos rodados estaban en la sartén, el capo respondió que se iban a utilizar como calentacamas, pues dos de los empleados de la cocina habían tenido dolor de estómago. El director se dio cuenta perfectamente de que el comandante Rascapolvo había sido víctima de una

estratagema, pero como no lo podía soportar por sus modales vulgares y toscos —que no se correspondían con los de un oficial— y de ninguna manera se identificaba con él, gustosamente consintió en su humillación. Abandonó la formación diciendo:

—La próxima vez vigile la cocina cuando esté sobrio —y desapareció con una sonrisa de satisfacción en los labios.

Rasapolvo tardó tiempo en olvidar esta afrenta a su dignidad. Amonestó fuertemente al astuto cocinero de triángulo verde, pero no lo pudo destituir porque había sido nombrado capo de cocina por el propio director y, al parecer, contaba con su estima.

En otra ocasión, un día me topé de forma totalmente inesperada con el comandante Rasapolvo, hasta el punto que casi tropiezo con él. Era domingo, yo salía de la sala de día del bloque a estirar un poco las piernas. Él entraba y, como ambos caminábamos un poco apresuradamente, estuve a punto de chocar con él. De inmediato se puso a gritarme, diciendo que había chocado con él intencionadamente. Llamó al decano de bloque y me condenó a ser colgado en el «árbol» durante media hora; el propio decano debía ejecutar el castigo.

Ser colgado en el árbol era uno de los castigos más crueles que te podían imponer. Se trataba de un grueso poste de madera muy largo con un gancho de hierro a unos dos metros de altura que, cuando se necesitaba, se fijaba en un agujero hecho en el suelo para este fin. Al transgresor se le ataban las manos a la espalda y luego se le colgaba del gancho. El peso del cuerpo caía en los hombros de tal manera que el condenado sólo lograba resistir su propio peso durante poco tiempo. En cuanto le flaqueaban las fuerzas, los hombros se le descoyuntaban, ocasionándole horrendos dolores. Por más que intentara estirar los dedos del pie, nunca lograba tocar el suelo para apoyarse. Debido al inmenso martirio que implicaba, este poste de los suplicios era uno de los castigos más temidos: cuando un preso colgaba del árbol, sus alaridos de dolor y sus gritos de auxilio se podían oír en el extremo más remoto del campo.

Era mi turno de sufrir ese castigo. Fijaron el poste en el agujero que había delante de nuestro bloque y me ataron las manos a la espalda. Rasapolvo me lanzó una sonrisa siniestra y desapareció rumbo a su despacho. Una vez más había conseguido mostrar a los homosexuales lo mucho que nos odiaba y el gusto que le daba imponernos castigos. Por su parte, el decano de mi bloque

se tomaba su tiempo para proceder a la ejecución del castigo, mientras yo, presa del pánico, tenía ya el rostro y la espalda inundados de sudor.

De pronto apareció mi antiguo amante, el decano del campo, y le habló en voz baja al decano de bloque. Este último me miró algo irritado durante unos instantes y luego se metió en su despacho. El decano del campo cortó la cuerda, me dio una palmadita en los hombros y me despachó con las siguientes palabras:

—Chaval, cuídate de no caer otra vez en las manos de ese cabrón. Esta vez te has librado.

Estreché su mano con agradecimiento y volví a la sala de día, todavía temblando y sudando de nervios; mis compañeros de bloque me dieron una calurosa bienvenida, y sólo entonces me entró un cierto alivio y empecé a recobrar la calma. No supe qué le pudo decir el decano del campo a mi decano de bloque, sólo sé que tenía cierto poder que ocasionalmente podía usar con algunos hombres de las SS, y que a menudo ayudaba a los presos y los protegía de los castigos.

Poco tiempo después de este episodio destinaron a mi capo gitano y a su brigada de trabajo a un campo exterior en Würzburg. Con objeto de mantenerme lejos del acecho de Rascapolvo durante un tiempo, el decano del campo arregló todo para que yo acompañara a la brigada como escribano. También debió contribuir a esta decisión el deseo de mi capo gitano de tenerme cerca.

Viajamos a Würzburg en un camión custodiados por un sargento y seis guardias de las SS. La brigada debía construir unos baños termales para las SS en un hospital administrado por monjas. Los veinticinco prisioneros fuimos alojados en el convento, anejo al hospital, al cuidado de las monjas.

La misma tarde que llegamos hube de preparar y limpiar la habitación en la que íbamos a dormir los prisioneros. No había catres ni camas, sólo jergones de paja colocados uno tras otro contra las dos paredes más largas de la habitación, de modo que quedaba un ancho pasillo en el medio. Nos dieron a cada uno una gruesa manta de las que se usaban en el hospital. Lo arreglé de modo que mi capo y yo ocupáramos una de las esquinas. Cuando el sargento de las SS llegó por la noche a inspeccionar el dormitorio, me preguntó dónde iba a dormir yo. Le indiqué la esquina que me había reservado.

—Y supongo que tu amigo el capo gitano dormirá a tu lado —dijo cínicamente.

Asentí, mirándolo con cara de inocencia. Él se limitó a sacudir la cabeza y, mientras se marchaba, dijo con una sonrisa burlona:

Que te lo pases bien, Doña Clara.

Mi amigo el capo decidió que yo trabajara como chico de la limpieza de las monjas y que las ayudara en las tareas más pesadas, ya que ellas debían cocinar para nosotros. También debía ocuparme de mantener el dormitorio en orden. Las monjas fueron muy buenas y amables con nosotros, por más que las SS les hubieran advertido de que éramos peligrosos delincuentes y unos parásitos sociales.

Las monjas mostraron por mi gran comprensión y confianza desde el momento en que les conté de dónde provenía, vieron que era católico y que me sabía de memoria muchos pasajes de la liturgia, que aún recordaba de cuando en mi infancia había servido de monaguillo. También les expliqué lo que significaban los triángulos de distintos colores que llevábamos y les dije que mi triángulo rosa indicaba que yo era homosexual. Les relaté las brutalidades que las SS cometían en los campos de concentración y las torturas que sufrían los judíos, los presos políticos y los testigos de Jehová. Tampoco olvidé hablar de los gitanos, todos ellos católicos practicantes.

Mis relatos asustaron a las monjas, que al principio no querían creer que los guardias de las SS fuesen capaces de hacer cosas tan terribles e inhumanas con los prisioneros, que a fin de cuentas eran criaturas del Señor. Era la primera vez que oían hablar acerca de las aberraciones que se cometían en los campos de concentración nazis y hasta entonces no habían sospechado que el régimen de Hitler estuviera deshaciéndose de sus adversarios y de los indeseables mediante la tortura y el asesinato. Mis descripciones surtieron el efecto de revelarles un mundo del mal completamente nuevo.

Al volver al convento la primera jornada, hacia mediodía, las monjas nos condujeron a una habitación adyacente a nuestro dormitorio, separados de los guardias de las SS. Sin sospechar nada extraño entramos en la habitación, y al verla nos quedamos con la boca abierta. En lugar de ver nuestras escudillas de hojalata, las monjas habían dispuesto en la habitación una gran mesa, con un mantel blanco sobre el que relucían cubiertos de plata y platos de porcelana con motivos florales y ribetes dorados. Sobre la mesa había jarrones de cristal con flores y velas encendidas que creaban en la habitación una atmósfera de auténtica ceremonia. Como si fuera una boda en un palacio.

Nos sentamos a la mesa y, mientras comíamos la sopa, lágrimas de emoción rodaban por nuestras mejillas. Nos invadía la nostalgia de las costumbres civilizadas que solíamos tener en nuestros hogares. Tras años de

vegetar en los campos de concentración nazis, nos sentábamos nuevamente, por primera vez, ante una buena mesa. Probablemente muchos nunca habían estado ante una mesa tan refinada, por lo que la disfrutaron doblemente.

Después de la sopa nos sirvieron asado de carne rellena con patatas y salsa, que regamos con sidra. Estábamos embargados por la emoción y felices como niños. No se pronunció una sola palabra obscena, como era costumbre hacer a la hora de la comida en el campo. Cada cual se esforzó en comer con la mayor educación de que era capaz, y las monjas, que servían la comida, recibieron constantes miradas y palabras de agradecimiento.

Al mismo tiempo que nosotros, el sargento de las SS y sus hombres estaban sentados en otra habitación ante una mesa igual de refinada y elegante que la nuestra. No sabían, sin embargo, que a sus prisioneros se les trataba de igual manera. No habíamos terminado de comer cuando, de pronto, se abrió la puerta y el sargento entró en nuestro comedor. Se quedó atónito y se irritó al ver que los prisioneros eran agasajados igual que ellos. Lleno de rabia por la equiparación, comunicó de mala manera a las monjas que no debían volver a hacer algo así: los prisioneros teníamos que comer en nuestras escudillas de hojalata y no sentados en una mesa lujosamente preparada; después de todos éramos una panda de delincuentes y no franciscanos de visita. Las monjas se quedaron perplejas por los enérgicos reproches del sargento y porque les prohibiera que, en adelante, nos sirvieran la comida de ese modo. Pero las hermanas se plegaron a sus instrucciones para que las SS no tomaran represalias contra nosotros. A partir de entonces tuvimos que comer en nuestras escudillas, aunque al menos sentados en una mesa normal. De todas formas, nunca olvidamos el banquete que las monjas nos habían servido. No solamente hablamos de él durante meses, sino que la historia circuló incluso por otros campos de concentración.

Al cuarto día de estancia en Würzburg, el sargento de las SS me relevó de mi tarea de asistente de las monjas; tenía miedo de que les hablara de las condiciones que reinaban en el campo de concentración. No sabía que las monjas ya estaban al corriente de las brutalidades y atrocidades que cometían allí.

Hube de integrarme al grupo de los demás prisioneros, si bien, como se había establecido desde un principio, sólo me ocupaba de ayudar a mi capo en labores administrativas. No era un trabajo agotador, como tampoco lo era el de los demás presos: los guardias SS debían abstenerse de cometer excesos o brutalidades ante la mirada vigilante de las monjas. Estas nos daban abundantemente de comer, e incluso nos conseguían tabaco de tapadillo.

Además, eran lo suficientemente astutas y mimaban al pelotón de guardia y a su sargento con abundante comida, para que se sintieran bien atendidos y nos dejaran en paz a los presos. Puede decirse que pasé unos días bastante apacibles con mi capo gitano, y noches bastante más agitadas también.

Por desgracia, después de tres semanas me enviaron de vuelta a Flossenbürg a mi puesto de escribano en el almacén de material. El capo del almacén había pedido que volviera, supuestamente porque mi sustituto había cometido muchos errores durante mi ausencia y el inventario de existencias estaba hecho un desorden. La verdadera razón, sin embargo, es que yo le gustaba. Era uno de los capos a los que mi amigo gitano les había pagado para quedarse conmigo. Ahora, con el capo gitano lejos del campo durante una temporada, el capo del almacén pensó que tenía la oportunidad de mandarme llamar, arguyendo que era un escribano indispensable, y seducirme sin que el gitano interfiriera, siempre que yo estuviera de acuerdo.

Y como el hambre es tremenda, y en los últimos meses me había acostumbrado a tener siempre suficiente cantidad de comida gracias a mis amigos amantes, y como, además, tenía miedo de perder mi cómodo puesto de trabajo, no me quedó otro remedio que aceptar y dar mi conformidad al nuevo capo.

Una cosa me quedaba clara: mi voluntad de sobrevivir al campo de concentración era singularmente fuerte, pero era consciente de que sobrevivir a las brutalidades de las SS exigía un precio muy alto, que no era otro que la moral, la decencia y el honor. Lo sabía muy bien y sufría por ello, pero sin las amistades que tuve con los capos no seguiría hoy con vida. *C'est la vie!*. De una manera sarcástica transformé el lema de mi amigo gitano «cada cual a lo suyo» en «cada cual con el suyo».

Mi amigo gitano volvió unas semanas después; venía con graves heridas en la cara, las manos y el pecho. Lo internaron en la enfermería de Flossenbürg. Durante unas voladuras en Würzburg no se había puesto a cubierto a su debido tiempo, o las cargas habían hecho explosión antes de lo previsto, no se sabía muy bien. La noticia corrió como un reguero de pólvora entre los capos del campo; se hablaba de una inminente lucha entre el capo del almacén y el gitano cuando este se hubiera recuperado. Una lucha por mí. Yo temía, con razón, que en medio de la batalla acabaría machacado entre dos grandes piedras, y que esta vez me costaría la vida.

Decidí alinearme con mi nuevo amante, y así se lo dije abiertamente. Pero también le pedí que me permitiera visitar al gitano en la enfermería, pues estaba en deuda con él por todos los favores y regalos que me había hecho.

Los notables del campo no quisieron permitirlo: temían que se encendiera nuevamente la relación amorosa entre el gitano y yo, y que las relaciones homosexuales de otros notables pudieran salir a la luz si las SS emprendían una investigación y aplicaban torturas, pues esto ocasionaría el caos y destituciones por todas partes entre los notables, por no hablar de los castigos. Para los presos políticos, por el contrario, se trataba de una oportunidad espléndida para echar a los verdes del barco y hacerse con el timón. Yo comprendía bien las objeciones y argumentos de los notables, pero no dejé que me sacaran de mis trece, imploré y supliqué hasta que el decano del campo, que todavía sentía un amor platónico hacia mí, decidió que podía visitar al gitano, si bien camuflado con una bata blanca de enfermero y un brazalete de la Cruz Roja en el brazo. Hizo que el capo de la enfermería se enterara de este arreglo para que todo se desarrollara sin llamar la atención.

Entré lentamente en la sala de enfermos, mientras el capo sanitario montaba guardia para avisarme si un SS aparecía inesperadamente. Me acerqué con cuidado a la cama del capo gitano. Tenía las manos, el pecho y la cabeza completamente vendados, sólo se le veían los ojos y la boca. Mantenía los ojos cerrados cuando le dije tenuemente:

—Hola, Stefan. ¿Me puedes oír? Estoy muy preocupado por ti.

Abrió los ojos, que brillaron de alegría al volver a verme. No podía hablar. Aun así, mi sorpresiva visita lo conmovió tanto que se le saltaron las lágrimas. Quise acariciarlo, pero como tenía las manos y el torso vendados, le junté las rodillas y apoyé la mano en uno de sus muslos. No dejó de observarme con los ojos llorosos en los más de cinco minutos que permanecí sentado a su lado. Era evidente que quería decirme algo, pero no podía hablar, ni siquiera mover la cabeza. Al marcharme, le di un beso de despedida en la frente vendada y le dije:

—No puedo quedarme más. Sólo quiero asegurarte que cuidaremos de que te pongas bien. Los notables quieren a toda costa que sobrevivas. Adiós Stefan, espero que te recuperes pronto. Y gracias por todo.

Y así sucedió: lo cuidaron y se recuperó. Era uno de los lugartenientes preferidos y de confianza del decano del campo, y en cuanto salió de la enfermería éste lo envió nuevamente a Würzburg a dirigir la brigada de trabajo, con la esperanza de evitar un duelo entre el gitano y mi nuevo amigo capo, que era otro de sus favoritos. Marchó de improviso, sin tener la oportunidad de verme.

Este episodio me hizo sentir una admiración especial por el decano del campo, por la manera en que había solucionado todo y por cómo había

manejado el asunto con los oficiales de las SS.

—Bueno, los pequeños regalos conservan la amistad —decía el decano del campo. La frase era válida incluso para los guardias SS del campo de concentración de Flossenbürg.

El capo gitano permaneció en Würzburg casi un año. Cuando retornó a Flossenbürg con su brigada, las SS habían establecido en el campo un burdel para los prisioneros, sobre el que contaré algunos detalles más adelante. El capo gitano, además, conoció a una gitana entre las chicas que para estos propósitos habían internado a la fuerza en el campo. La visitaba con regularidad y desde ese momento dejó de tener relaciones homosexuales. Con todo, siguió siendo muy amable conmigo; cuando me veía a solas, me daba un fuerte cachete en el culo y me decía con su voz profunda, en marcado acento húngaro:

¡Estás loco, muchacho!

7. Quemaduras y torturas

Mediante aparatos de radio, que construían y manejaban casi siempre los presos políticos, los notables del campo y aquellos prisioneros conocidos como fieles oponentes del régimen nazi se enteraban no sólo de la situación política imperante en el Reich, sino también de lo que se decía en el extranjero respecto de la Alemania nazi. Fue así como, además de saber por la radio oficial del campo que había comenzado la campaña de Rusia —mientras formábamos en la explanada teníamos que soportar los inflamados discursos de Hitler—, también nos enteramos, por nuestra radio clandestina, de la resistencia que los enemigos de Alemania presentaban ante los invasores. Gracias al activismo político de los presos de triángulo rojo estábamos mejor informados de la verdadera situación de la guerra de lo que lo estaba el propio pueblo alemán.

Un día, a finales de julio de 1941, ordenaron por los altavoces que todos los prisioneros volviéramos a nuestros dormitorios y permaneciéramos en ellos sentados en el suelo. Nadie debía mirar a través de las ventanas, y a quien se sorprendiera haciéndolo las patrullas de las SS le dispararían sin previa advertencia. Estuvimos sentados en el suelo de nuestra sala de día durante más de una hora, hasta que finalmente llegó la orden de volver a las brigadas de trabajo.

El campo entero, como es natural, se volvió un hervidero de avispas atemorizadas, aunque en presencia de los guardias de las SS los prisioneros actuábamos como si no tuviéramos ningún interés en enterarnos de la razón por la que tuvimos que volver a nuestras barracas y permanecer allí sin mirar por la ventana. Entre nosotros, sin embargo, corrió toda clase de conjeturas; la mayor parte de la gente llegó a la conclusión de que era probable que algunos líderes nazis se hubieran sublevado contra Hitler y que los hubieran internado secretamente en nuestro campo.

Pronto conocimos la verdad: más de cien oficiales rusos habían sido traídos en secreto al campo de concentración de Flossenbürg. Por los galones rojos que llevaban en las gorras de plato supusimos que se trataba de comisarios políticos del ejército ruso, sospecha que más tarde se vio confirmada. De todas formas, no teníamos nada claro por qué los habían traído de una manera tan sigilosa al campo. Pero al mismísimo día siguiente lo supimos, pues por la mañana oímos incesantes ráfagas de disparos de fusil que provenían del extremo trasero del campo, donde se solía fusilar a los prisioneros condenados a muerte. Obviamente, esa vez sólo podía tratarse de fusilamientos. De hecho, las SS fusilaron a todos los comisarios políticos rusos, pues ninguno aceptó traicionar a su país.

Como el campo de fusilamiento estaba completamente pavimentado con cemento, cientos de litros de la sangre de los rusos asesinados fluyeron a través del canal de desagüe hasta un pequeño arroyo, que durante horas se convirtió en un verdadero torrente de sangre. No lejos de la estación de ferrocarril de Flossenbürg había un aljibe natural en el que desembocaba el arroyo proveniente del campo y que desaguaba por el extremo opuesto. Tras el primer fusilamiento de oficiales rusos el agua del aljibe se volvió roja solamente en la desembocadura del arroyo, pero después del tercer fusilamiento masivo, al cabo de diez días el aljibe entero se tiñó con la sangre de las víctimas y presentaba un aspecto macabro. Los prisioneros del campo nos enteramos por las brigadas de trabajo que laboraban en las cercanías y que nos lo contaron.

El alcalde de la ciudad transmitió a las SS y a la representación local del partido las protestas que recibía de los habitantes del pueblo por la contaminación de su aljibe y exigió que se suspendiera inmediatamente el vertido de sangre al mismo. Los habitantes del pueblo estaban acostumbrados a las brutalidades que las SS practicaban con los presos, pues los habían visto cometerlas con las brigadas que trabajaban en lugares fuera del campo, y sin lugar a dudas también conocían de sobra las torturas que se cometían dentro, pero ver su aljibe teñido de sangre era algo que ya no podían aceptar.

Se suspendieron los fusilamientos detrás del crematorio para calmar a la población local, pero los asesinatos —mayormente de oficiales, soldados y comisarios rusos— continuaron, si bien con otros procedimientos.

En lugar de ocuparse de ellos los batallones de fusilamiento de las SS, se hicieron cargo el médico de las SS del campo y sus ayudantes. El asesinato masivo de prisioneros rusos pasó a llevarse a cabo en el mismo edificio que albergaba el crematorio. Los prisioneros entraban a una sala de espera, en la

que se tenían que desnudar completamente —para un reconocimiento médico, se les decía— y luego los enfermeros los iban llamando de uno en uno para entrar en el «consultorio» del médico. Una vez ahí, un prisionero que hablaba ruso y que hacía las veces de ayudante les decía que se les administraría una inyección contra el cólera y la disentería. En realidad, el médico les inyectaba hidrógeno en la sangre, lo que les acarreaba la muerte inmediata.

Al otro lado del consultorio médico había una segunda puerta que conducía a un vestíbulo: en el suelo se colocaban en filas los cadáveres de los oficiales rusos recién asesinados con las inyecciones, apilados uno encima de otro, a la espera de ser incinerados. Más adelante hablaré con más detalle de estas cremaciones masivas. Un grupo de prisioneros expoliaba los cadáveres y rebuscaba en los uniformes de los oficiales rusos y, después de quitarles todos los documentos, billetes y objetos de valor, los doblaban cuidadosamente y se llevaban todo a un almacén especial. Más tarde, los uniformes fueron enviados, junto con los documentos y los objetos personales de los oficiales asesinados, a la división Dirlwanger de las SS, y algunos también a la Wehrmacht^[22]; al parecer para ser usados por los agentes y saboteadores alemanes que operaban en el frente detrás de las líneas rusas.

Como el flujo de prisioneros cuyo fin era ser liquidados no remitía —generalmente llegaban a Flossenbürg dos veces por semana convoyes con veinte o treinta hombres—, a los prisioneros ya no nos ordenaban que fuéramos a nuestros bloques y podíamos seguir en nuestro trabajo habitual. Los SS ya no tenían que ocultar lo que sucedía, el campo de concentración entero estaba al corriente de los asesinatos masivos, y por lo general los prisioneros no tardábamos en enterarnos qué grupo acababa de ser enviado al edificio del crematorio para ser asesinado. No siempre se trataba de soldados y oficiales rusos; también enviaban a civiles polacos, ucranianos y bielorrusos.

El médico del campo, que esporádicamente había mostrado un ligero interés humanitario hacia nosotros los prisioneros y que entonces estaba administrando masivamente estas inyecciones letales en el crematorio, debió de recordar repentinamente el juramento hipocrático —que le exigía curar a los enfermos y no asesinar a los sanos—, pues de pronto se negó a administrar una inyección más. Después de haberse esmerado durante tanto tiempo en investigar y experimentar con prisioneros vivos, que bien languidecían interminablemente, bien morían *ipso facto*, le entraron de repente remordimientos de conciencia humanitarios. Esto no lo convertía en un ser humano mejor, pues tanto en calidad de médico como de persona tendría que

haberse negado desde la primera inyección. El caso es que obtuvo un permiso especial para abandonar esa tarea y que luego se presentó voluntario para ir al frente. El prisionero que le servía de intérprete de ruso enloqueció y se suicidó ahorcándose, más o menos coincidiendo con la salida del médico, por lo que se convirtió en una víctima más de los asesinatos masivos. Varias veces había solicitado que lo relevaran de esa tarea y como respuesta sólo había recibido palizas.

El nuevo médico del campo, un fanático de las SS carente de escrúpulos y que parecía no haber tenido nunca el menor contacto con la ética de la medicina, introdujo de inmediato medidas de ahorro. Para economizar hidrógeno, les inyectaba aire a las víctimas, pues este producía la misma muerte inmediata. Procedió así, sin cargos de conciencia, con la tarea que su predecesor no había podido terminar. Todo el que era llevado al edificio del crematorio salía de él convertido en cadáver.

Como el crematorio era demasiado pequeño para incinerar tantos cadáveres se construyó un incinerador abierto justo detrás del crematorio, para deshacerse lo más rápidamente posible de las numerosas víctimas de las inyecciones masivas. También terminaban ahí los muchos cadáveres de todos los demás presos que morían en el campo.

Se apilaban los cuerpos alternados con capas formadas por gruesos pedazos de leña, luego se rociaban las piras con gasolina y se prendían con un palo largo en cuyo extremo se habían atado trapos encendidos. A los prisioneros encargados de esta tarea les daban generosas raciones de alcohol para que aguantaran el pestilente hedor y el denso humo que emanaban de las piras; generalmente realizaban su tarea completamente borrachos. Las SS liquidaban posteriormente a estos presos para que no contaran a nadie las masacres e incineraciones masivas de rusos y polacos.

A menudo sucedía que al encender la pila de cadáveres algún cuerpo se descolgaba desparramado de ella. La inyección no había matado a la víctima: sólo se había desvanecido, pero había sido arrojada con los demás cadáveres y después amontonada debidamente por los prisioneros encargados del trabajo. Nunca sabremos si los embriagados incineradores se daban cuenta de ello. El intenso calor hacía que las víctimas volvieran en sí y que salieran retorciéndose del fuego y las llamas, totalmente trastornadas y con la piel y el cabello chamuscados, arrastrándose casi siempre a cuatro patas con graves quemaduras en todo el cuerpo. Pocos eran los que podían gritar: tan poseídos estaban por la impresión y el terror que no lograban más que emitir

quejumbrosos ayes y estertores, con los ojos desorbitados y la boca desencajada.

Cuando se retorcían o arrastraban entre los leños apilados para escapar de esa pira infernal, los incineradores borrachos empujaban con unas largas pértigas los cuerpos desnudos, medio obnubilados y debilitados por la inyección, para hacerles retornar al fuego abrasador, hasta que conseguían que se calcinaran en la pira incandescente o se asfixiaran en la densa humareda. De este modo acababan siendo víctimas de las llamas.

Todo esto sucedía bajo las órdenes y supervisión de las SS, esa selecta cosecha del Reich nacionalsocialista alemán, de ese «pueblo de poetas y pensadores».

En otoño de 1941 se nombró a un nuevo sargento de las SS, proveniente de otro campo de concentración, jefe de la división de construcción de Flossenbürg. El almacén de materiales en el que yo trabajaba de secretario también quedó a su cargo. Todos los capos y prisioneros de la división hubimos de formar ante él para una inspección, y el sargento pasó revista a sus filas de subordinados.

Primero preguntó a cada capo su nombre, procedencia y profesión; luego les ordenó que se hicieran a un lado sin molestar. Era el turno de los prisioneros ordinarios. Algunos llevábamos el triángulo rosa; lo primero que hacía el nuevo sargento cuando se plantaba frente a nosotros era escupirnos en la cara, para mostrar su profundo desprecio por los homosexuales de la manera más evidente. Si alguno no respondía con rapidez a sus preguntas o no estaba suficientemente firme en su presencia, le cruzaba la cara con un bastón de una manera tan brutal que la víctima caía al suelo chorreando sangre y casi siempre con dos o tres dientes rotos. En mi calidad de empleado administrativo me tocó el último lugar en la fila, por lo que es fácil comprender el miedo que me invadía y que no hacía sino aumentar conforme se iba acercando mi turno con esa bestia. Cuando finalmente estuve frente a él, me escudriñó de arriba abajo, miró mi triángulo rosa y me escupió en plena boca.

—¿De dónde eres, maricón?

—De Viena, *Herr Hauptscharführer*^[23].

—¿Y dónde se encuentra ese basurero?

«El muy cretino», pensé, y respondí sin rechistar:

—En Austria, *Herr Hauptscharführer*.

—¿Qué dices, cerdo? ¡Austria! ¡So maricón! ¡Se llama Marca Oriental, pedazo de mierda! ¡Conque encima de marica, comunista, eh! —gritó, y

empezó a injuriarme y a golpearme hasta que rodé por el suelo.

Lo había estropeado todo. Influido por el miedo, me había precipitado diciendo «Austria» en lugar de «Marca Oriental», el nombre con el que Hitler había rebautizado mi país. Me propinó innumerables golpes, amén de varias patadas una vez que ya estaba en el suelo.

Fui condenado a pasar tres días de confinamiento, aislado en un calabozo del búnker sin pan ni agua y en completa oscuridad. Por suerte, cuando el capo del búnker me recibió, mi capo amante ya lo había sobornado. Aunque me metieron en una celda individual, esta no se hallaba completamente a oscuras. Enviaron a un prisionero que hacía de médico en la enfermería a que me examinara y me vendara, también gracias a los buenos oficios y pagos de mi amigo capo, y me dieron agua y comida. El capo del búnker se encargaba celosamente de vigilar que ningún hombre de las SS, ni siquiera el carcelero habitual, pasara a controlar mi situación.

Una vez más corrí una gran suerte gracias a mi amistad con un capo y pude salir airoso del incidente y escapar de la tortura, pues todos los capos verdes estaban muy unidos y siempre se ayudaban unos a otros. Y aunque el capo del búnker era un sádico degenerado y no una monja de la caridad, me cuidó como a un pajarillo para quedar bien con su capo colega y para corresponder por el buen dinero que se ganó por ello.

Las cosas que vi y oí en los tres días que permanecí en el calabozo del búnker superaban con creces las torturas y brutalidades que hasta entonces había conocido. Mi celda no era la típica celda de castigo, de hecho generalmente sólo la usaban como almacén, por lo que el sargento SS del búnker apenas se ocupaba de lo que pasaba en ella. Por esta razón el capo del búnker me había colocado allí. Como el sargento casi nunca estaba sobrio y dejaba que fuera el capo quien llevara el libro de ingresos, este pudo ocultar mi presencia tranquilamente a su jefe. La puerta de mi celda tenía unas rendijas muy pequeñas, a través de las cuales, sin embargo, se podía ver muy bien todo lo que pasaba en el corredor, y pronto advertí que era precisamente en el corredor en donde se llevaban a cabo las torturas de los prisioneros que ingresaban.

Mientras estuve ahí, un muchacho austríaco de Innsbruck que llevaba el triángulo rosa fue torturado hasta la muerte en el búnker. Completamente desnudo, le encadenaron las manos a un garfio que había en la pared, de modo que el cuerpo colgara completamente estirado y los pies no tocaran el suelo. Le mantenían las piernas abiertas de par en par, e igualmente atadas. Dos o tres soldados de las SS asignados al bloque de celdas, como

oficialmente se llamaba el búnker, se hallaban con él, esperando a que comenzara la «función», esto es, la tortura del pobre muchacho tirolés.

El primer jueguecito que los SS escenificaron con el prisionero consistió en hacerle cosquillas con unas plumas de ganso en la planta de los pies, en las ingles, en las axilas y en otras partes del cuerpo. Al principio el preso mantuvo un convulso mutismo, aunque sus aterrorizados ojos se movían alternadamente de un guardia a otro. Llegó un momento en que no pudo aguantar las cosquillas y estalló en una sonora carcajada, que en un instante se transformó en quejidos y alaridos de dolor; las lágrimas le resbalaban por el rostro, y su cuerpo se sacudía y arqueaba contra las cadenas. Después de la sesión de cosquillas lo dejaron descansar un rato, aún colgado, sin prestarle atención; el muchacho no dejaba de sollozar desconsoladamente mientras un torrente de lágrimas le recorría las mejillas.

Los guardias, borrachos como cubas, no tenían la intención de abandonar a su pobre víctima, querían divertirse más. Hicieron que el capo del búnker trajera dos tazones de hojalata, uno con agua fría y otro con agua caliente.

—Te vamos a escaldar un poquito los huevos y después te los refrescaremos, mariconazo subversivo, para que te pongas caliente de verdad —dijo el oficial del búnker regodeándose, alzando el tazón de agua caliente entre los muslos del condenado para que los testículos quedaran dentro.

El preso lanzó gritos de auxilio que partían el alma, víctima del tremendo dolor, e intentó liberarse de las cadenas, arqueándose y contrayéndose para evitar el agua, pero no lo consiguió.

—Dale un poco de fría, ya está caliente el muy cerdo —exclamó otro de los guardias soltando una risa insoportable.

El verdugo cambió de tazón y mantuvo el de agua fría entre los muslos del muchacho tirolés, que nuevamente lanzó un atormentado y estremecedor grito de dolor, pues el agua fría debía de resultar igual de dolorosa tras el baño con la caliente. El muchacho intentó de nuevo liberarse de sus ataduras, pero su cuerpo se arqueaba espasmódicamente en vano.

El procedimiento se repitió varias veces hasta que la atormentada víctima perdió el conocimiento; se había desgañitado gritando tanto que al final sólo era capaz de emitir una especie de sonido ahogado. Entonces le echaron encima un balde de agua fría para que se reanimara, y las sádicas bestias uniformadas reanudaron la tortura del «baño genital»; se podía ver cómo del escaldado escroto de la víctima colgaban jirones de piel.

Durante la tortura, los esbirros bebían licor de unas botellas que se pasaban de uno a otro. Estaban ya completamente embriagados cuando se les

ocurrió un nuevo tormento, algo que sólo podía surgir del cerebro de un perverso diabólico.

—Es un follaculo, ¿no? Pues vamos a darle lo que le gusta —masculló uno de los soldados.

Tomó una escoba que estaba en un rincón e introdujo una buena parte del mango en el ano del infeliz. Este ya no podía gritar más, las cuerdas vocales no le respondían por el dolor, pero su cuerpo se tensó violentamente una vez más, forcejeando con sus ataduras; el pobre chico debía de esconder una gran fuerza vital. Los SS se desternillaban de risa, mientras los labios del «sucio maricón» se abrían como para emitir un grito sin que un solo sonido saliera de ellos.

Finalmente lo soltaron: el cuerpo cayó desvanecido al suelo y allí permaneció sin moverse, con las extremidades que parecían descoyuntadas. Los guardias se marchaban tambaleándose por el corredor, cuando el último de los verdugos tropezó con el martirizado cuerpo del muchacho. Furioso, le propinó un puntapié con la punta de la bota: el cuerpo se retorció nuevamente.

—Este maricón de mierda sigue vivo —borboteó.

Tomó una pala de madera que había cerca y la estrelló con todas sus fuerzas en la cabeza de la víctima. El golpe liberó finalmente al pobre chico de su martirio, pues entonces sí murió realmente.

Durante todo el tiempo que estuve observando cómo torturaban a mi compañero de infortunio tuve que morderme sin parar los dedos para no gritar de cólera. Pero cuando vi cómo caía el golpe de la pala sobre su cabeza, no pude controlarme más y estallé gritando rabiosamente: «¡Bestias, sois unas bestias!». Los asesinos, sin embargo, no me pudieron oír; completamente borrachos, se habían marchado ya.

El capo del búnker entró rápidamente en mi celda:

—¡Imbécil! Cállate la boca. ¿Quieres que te maten a ti también? —imploró, alzando la mano.

Me cogió de las solapas de la chaqueta y me sacudió para que contuviera mi ataque de histeria. De pronto, un liberador llanto brotó de mis ojos. Lloré amargamente la terrible muerte de mi compatriota.

Debo añadir que sentí un alivio enorme cuando al tercer día el decano del campo vino en persona a recogerme al búnker, pues la muerte del muchacho tirolés me había sumido en una gran depresión: no podía dejar de romper en sollozos.

—No te pongas así, muchacho, cálmate. Créeme, pronto llegará el día en que pagarán por todo lo que nos están haciendo. Y en cuanto al nuevo cabrón

de las SS de tu división, deja que me ocupe de él, pronto saldrá tan mal parado como los demás —me dijo. Luego me dio amistosamente un rudo pellizco en el trasero y se despidió.

Se acercaban las Navidades, la época en la que recordábamos más a nuestras familias. No es que nos sobrara mucho tiempo para recuerdos, pues los guardias de las SS se encargaban de que no fuera así. Pero aparentemente, al menos, actuaban como si la Navidad fuera motivo de alegría incluso para nosotros. Catorce días antes de la Nochebuena ya habían plantado un árbol de más de diez metros de altura en la explanada, cubierto con bombillas eléctricas que encendían al caer la noche. Daba gusto ver el árbol iluminado, incluso en ese lugar. Como es de esperar, las charlas entre los prisioneros, especialmente por la noche, versaban sobre un solo tema: la familia —las mujeres, los hijos, los padres—; todos suspirábamos por volver a verlos.

En la noche del 23 de diciembre de 1941 unos prisioneros rusos intentaron escapar del campo; el intento estaba abocado al fracaso por los múltiples cercos de seguridad que las SS de guardia tenían establecidos en torno al campo. Las SS de guardia mataron a algunos de ellos en plena fuga, y al resto, ocho hombres en total, los ahorcaron la mañana del día 24.

Para humillar a los que éramos cristianos, y supuestamente como sacrificio a su dios germánico, la condena se cumplió, ingeniosamente, junto al árbol de Navidad, a cuyos costados levantaron sendos postes horizontales apoyados en estructuras de madera; en cada uno de esos dos improvisados patíbulos colgaron a cuatro de los prisioneros. Como elemento de disuasión para futuros intentos de fuga, o posiblemente para «alegrarnos» la Navidad a los prisioneros, los cuerpos de los ahorcados permanecieron colgados de sus patíbulos durante dos días, hasta que pasaron las fiestas.

Para colmo, el director del campo ordenó que los presos de dos bloques formaran frente al árbol el día de Nochebuena y entonaran villancicos durante más de media hora. Fue una escena horripilante en medio de una visión grotesca: mientras el coro de entrecortadas voces masculinas cantaba los villancicos tradicionales, los cuerpos de los ocho soldados ahorcados se balanceaban en las horcas, mecidos por el viento.

Nunca he podido borrar de mi mente esa horrible escena, y todas las Navidades, cada vez que oigo cantar un villancico, por hermoso que sea, recuerdo el árbol de Flossenbürg con sus espeluznantes adornos.

8. Un capo con el triángulo rosa

A principios de 1942 se suspendieron los trabajos en la cantera de granito y se decidió que el campo se dedicara a la producción de armamento. Hitler necesitaba que todo alemán sirviera como soldado en los territorios ocupados, por lo que los prisioneros de los campos fuimos asignados a la producción de armamento para que los obreros alemanes que trabajaban en este sector pudieran integrarse en la Wehrmacht, el ejército regular alemán. Montaron en nuestro campo una planta de piezas para los aviones Messerschmitt. Se trataba de sustentadores y fuselajes para varios modelos de aviones que se fabricaban en las largas naves de cantería y pulido ya instaladas en la cantera. Luego transportaban estos componentes por tren para ser ensamblados en otra parte, no sabíamos si en otro campo de concentración o si en una de las fábricas aeronáuticas de Messerschmitt.

En la fábrica de armamento de Flossenbürg sólo trabajábamos los presos del campo; un grupo de empleados civiles alemanes nos adiestraba y supervisaba los aspectos técnicos. Todos eran miembros elegidos del partido nazi y ciegos entusiastas del régimen hitleriano. En un principio eran altivos y arrogantes, y nos veían como a delincuentes y esclavos. Pero desde que la gran derrota en Stalingrado vaticinara el colapso de la maquinaria bélica alemana, fueron volviéndose cada vez más amigables; a menudo intentaban entablar contacto con nosotros y nos traían cigarrillos y alcohol, como si esa nueva actitud formara parte de una especie de seguro ante la cada vez más inminente derrota.

Con el transcurso de los años el campo de Flossenbürg, que originalmente había sido construido para albergar a tres mil prisioneros, había crecido mucho: en 1942 contaba con diez mil presos, y en 1943 su número aumentó a unos dieciocho mil. Como era imposible mantener el ritmo necesario de construcción de nuevos bloques para hacer frente a este aumento, todos los bloques estaban superpoblados. En los dormitorios, en lugar de vivir ciento

cincuenta personas, llegábamos a juntarnos más de cuatrocientos hombres, y en ocasiones incluso más.

En esa época la mayor parte de los internos eran prisioneros de guerra o gente proveniente de los territorios ocupados, principalmente rusos y polacos, pero también franceses, holandeses e ingleses, o serbios, húngaros y rumanos.

Debido a ello, en la fábrica de armamento la demanda de presos que hablaran alemán crecía continuamente, pues se trabajaba día y noche en grupos más pequeños que antes y cada vez era más necesario contar con prisioneros alemanes que sirvieran como capataces o ayudantes de capataz. De modo que, a pesar de ser «degenerados de la nación alemana», algunos homosexuales fuimos enviados a servir como ayudantes de capataz; se nos concedía el gran honor de trabajar en la producción de armamento y de contribuir de esa manera a que la guerra se prolongara. Al parecer los líderes de las SS habían cambiado de opinión, y después de todo los prisioneros del Reich volvíamos a ser alemanes.

El comandante nos prometió con fanfarronería que, tras el final victorioso de la guerra, saldríamos libres, siempre que hubiéramos cumplido bien con nuestro trabajo en la fábrica de armamento. A fin de cuentas los prisioneros alemanes debíamos sentirnos alemanes y servir a nuestra patria allá donde nos destinaran. También nos tocaba dar lo mejor de nosotros mismos para contribuir a la victoria alemana y a la gloria del Tercer Reich. Magnífico discurso este del comandante Rascapolvo —pensé para mis adentros—, aunque sea la pescadilla que se muerde la cola. Como es natural, por prudencia no dije nada.

A los presos alemanes se nos permitió dejarnos crecer el pelo; claro está, al estilo militar, pero aun así parecíamos bastante más humanos. Llegó también una orden especial de Himmler que prohibía aplicar castigos corporales a los presos alemanes sin el permiso de la central de las SS en Berlín, aunque ninguno de los comandantes del campo la respetó: las palizas siguieron, aunque ya no de forma tan abierta ni delante de otros prisioneros. Todas estas nuevas prerrogativas para los presos alemanes no se aplicaban a los alemanes judíos, y mucho menos a los judíos de los territorios ocupados. En cuanto a nosotros, los del triángulo rosa, con excepción del permiso para dejarnos crecer el pelo, no gozamos de ningún otro privilegio y continuamos recibiendo de las SS el mismo trato que los judíos. Nuestros compañeros de prisión continuaron tratándonos con desprecio, como sardas y degenerados, la misma bazofia humana de siempre a la que cualquiera podía insultar y pisotear.

Gracias a las excelentes relaciones que mantenía con el decano del campo y con algunos capos, me convertí en el primer y único preso de triángulo rosa en llegar a ser capo y capataz de la fábrica de armamento. Mi antiguo puesto en el almacén de materiales de construcción tuvo también algo que ver, pues en la fábrica de armamento me nombraron responsable del almacén del material destinado a la construcción de piezas de aviones. Estaba a cargo de las entradas y salidas de piezas y de los materiales necesarios para fabricar los componentes aeronáuticos, así como de los pedidos que se hacían a la sede central de Messerschmitt. El puesto era conocido como «la brigada de la estación», pues los almacenes estaban situados junto a la estación de tren de Flossenbürg, fuera del perímetro del campo. Naturalmente, trabajaba supeditado a varios empleados civiles, que supervisaban mi trabajo y pasaban mis pedidos de material a la central. No obstante, agradecidos porque mis técnicas de organización contribuían a que todo fuera como la seda, los empleados civiles solían irse a echar una cana al aire y delegaban en mí todo el trabajo, limitándose a controlar aspectos puntuales.

Tampoco se molestaba mucho en supervisar mi trabajo el jefe SS de la brigada de trabajo: solamente se ocupaba de recogernos en el campo por la mañana y de devolvernos por la noche. Solía pasarse el día jugando a *skat* con los empleados civiles y pasando el tiempo de cualquier manera. En realidad, la brigada de la estación era un destino tranquilo no solamente para nosotros los prisioneros, sino también para los SS y para los empleados civiles.

La brigada a mi cargo estaba compuesta por más de veinticinco personas. Aparte de tres prisioneros alemanes —dos homosexuales y un testigo de Jehová— que habían sido nombrados ayudantes míos, los demás eran civiles rusos y polacos que no estaban detenidos como prisioneros de guerra. Como ninguno de los cuatro alemanes de la brigada hablábamos ruso ni polaco, nos era casi imposible comunicarnos con el resto de los trabajadores, que adustamente contestaban a cualquier instrucción con un «yo no comprender». Tanto es así que, al comenzar cada jornada en el almacén de material, mis ayudantes se veían obligados a localizar ellos mismos todos los componentes y a repartirlos luego a los rusos y polacos, que andaban pululando por ahí, y que sólo se encargaban de juntarlos en los depósitos destinados a cada pieza. Cuando los depósitos estaban llenos, otra brigada los recogía y los llevaba a los talleres de ensamblaje ubicados en la cantera. Naturalmente, esta forma de operar ocasionaba grandes retrasos para reunir los pedidos de material que recibíamos todas las mañanas de los distintos departamentos de ensamblaje. En la práctica sólo trabajaban los tres alemanes, mientras la mayor parte del

tiempo los rusos y polacos se limitaban a observarnos dando vueltas con las manos en los bolsillos.

Yo me sentía muy incómodo, pues además de que el trabajo se repartía de manera poco justa, tenía miedo de que se me acusara de incompetencia y de que me relevaran del puesto de capo, ya que al ser el único que llevaba el triángulo rosa, venía a ser una especie de china en el zapato del comandante Rascapolvo. De modo que decidí que no podían continuar los retrasos en el suministro de piezas, o me costaría el cuello por sabotaje.

Tenía que ocurrírseme algo. Después de darle muchas vueltas en la cabeza, encontré una solución bastante sencilla: numerar todas las piezas. No es que las piezas no contaran ya con un número, en realidad todas tenían asignado un largo número de fábrica junto a su denominación, pero yo agregué otro número adicional a todas ellas. Así, aunque la pieza oficialmente se llamara «soporte 711 F 453467», yo le añadía un número sencillo, pongamos por caso el 16. Sólo que mis números los escribía en grande y en rojo para que destacaran sobre los números de fábrica.

Como los rusos y polacos no sabían leer alemán, o no querían hacerlo, hasta entonces había sido imposible recopilar el material siguiendo los números de fábrica. Aplicando mi sistema de numeración adicional, mis ayudantes escribían para cada uno de ellos una lista con los nuevos números de pieza, después de haberlos traducido de los pedidos recibidos de los departamentos de ensamblaje.

De este modo los prisioneros rusos y polacos eran capaces de reunir el material solicitado ateniéndose a mis instrucciones, y nunca se equivocaban, con lo que dejó de haber retrasos en las entregas.

Los empleados civiles de la fábrica se sintieron entusiasmados con mi nueva idea, sobre todo cuando los convencí de que ese método dificultaría notablemente cualquier tipo de espionaje. Informaron de ello de inmediato a su central de Berlín y a las oficinas de las SS responsables de la producción de armamento en otros campos de concentración, proponiendo que se adoptara mi sistema en las demás fábricas de otros campos con prisioneros extranjeros. Su informe me convirtió en una persona casi indispensable y me evitó ser sacrificado en el frente con un batallón de castigo.

Como es obvio, no se me permitía elegir a los presos que trabajaban en mi brigada. La conformación de las brigadas de trabajo se decidía en las oficinas del campo y luego el oficial SS a cargo, con rango de *Sturmbannführer*; daba su visto bueno. Como la brigada de la estación trabajaba muy lejos del peligro, fuera del perímetro del campo y en una zona de población civil, no

estaba sujeta a los controles especiales de los guardias SS y quedaba libre de las garras de los peores oficiales. Pronto me labré la reputación de ser un capo amable y de fiar, firme en el trabajo, pero que jamás gritaba, ni mucho menos pegaba, a los prisioneros. Además, ya desde la época de mi amistad íntima con el decano del campo, entre las filas de los notables gozaba del prestigio de ser incondicional y discreto.

Entre otras razones, mi discreción fue el motivo por el que a los decanos de bloque y a los capos les dio por solicitar al Obercapo y al decano del campo que asignaran a sus peluches, los muchachos polacos y rusos, a mi brigada de trabajo, a la que llamaban «el sanatorio», ya que, aunque no cabía duda de que las autoridades de las SS estaban en líneas generales al tanto de las relaciones homosexuales existentes, reprimían y castigaban sin contemplaciones cualquier relación íntima que se descubriera. Oficialmente las SS no sabían que los jóvenes polacos y rusos que estaban asignados a los decanos de bloque y a los capos como sirvientes o chicos de la limpieza eran también sus compañeros de cama. Y como los notables no querían correr ningún riesgo, consiguieron que se destinara a sus peluches a mi brigada, sabiendo que se trataba de un sitio seguro.

No es que estos muchachos, cuyas edades oscilaban entre los 16 y los 20 años, se vieran directamente forzados a aceptar el puesto de ayudante de un capo o un decano de bloque, sino que, como siempre estaban hambrientos, ellos mismos buscaban el nombramiento y se esforzaban mucho por obtenerlo. Lo cual no tenía nada de sorprendente, pues así conseguían más comida y un trabajo liviano; y pocos eran —o mejor dicho, casi ninguno— los que encontraban repugnante la contraprestación que debían dar, que no era otra que compartir cama con su jefe. A menudo se enzarzaban en discusiones o peleas, pues algunos intentaban arrebatárselo a otro su jefe por el mero hecho de que este fuera famoso por su generosidad. Por mi parte, yo traté siempre a estos muchachos con comprensión, recordando que hasta el momento en que fui nombrado capo también yo había sido uno de estos peluches, con el mismo objetivo de obtener mejor comida y trabajos más benévolos.

Fue así que en mi brigada de la estación, compuesta por más de veinticinco hombres, casi siempre había unos dieciocho o veinte de estos peluches. No era muy difícil distinguirlos de los demás prisioneros: se notaba que estaban mejor alimentados y que llevaban siempre ropa limpia y de su talla. Al principio pensaron que eran superiores a sus compañeros, pues creyeron que la buena voluntad que yo mostraba hacia ellos significaba que se podrían escabullir de sus tareas. Pretendían que los dejara deambular por los

almacenes mientras los demás hacían el trabajo, o sentarse en una esquina a jugar a las cartas. Como yo no acompañaba con golpes mis advertencias para que se pusieran manos a la obra, pensaron que era una persona débil y que podían hacer lo que les viniera en gana.

Sin embargo, a los dos días me presenté ante el decano del campo y me quejé de estos jóvenes, que eludían cualquier instrucción mía respondiendo «mi jefe dice no trabajar». Le hice ver que corríamos el peligro de que los demás presos de mi brigada pudieran quejarse de la situación al oficial de las SS a cargo, lo que acarrearía que estas se dieran cuenta de que había algún tipo de relación sexual entre los muchachos y los capos. El decano del campo, alarmado seriamente, me agradeció que le hubiera comentado de inmediato el problema:

—¡Ya les voy a enseñar yo a esos lo que es bueno! —dijo, y acto seguido mandó llamar a la oficina del campo a todos los decanos de bloque y capos que tenían a sus muchachos en mi brigada.

En mi presencia, les recordó con palabras muy claras que sus amiguitos tenían que trabajar y aceptar sin rechistar mis instrucciones si deseaban evitar que el resto de prisioneros de mi brigada presentara una queja y como consecuencia se vieran privados de sus peluches.

—Conque ya lo sabéis, les decís esto a vuestros muchachos y les metéis una buena zurra para que les quede bien claro lo que está en juego. Si no, serán un peligro para todos nosotros y nuestros puestos. En marcha, volved con ellos y los hacéis entrar en razón. Primero el palo y luego el nabo —terminó bromeando, acompañado de una carcajada general de los demás.

Desde ese momento, los jóvenes rusos y polacos trabajaron igual que los demás presos. Al día siguiente de mi conversación con el decano del campo no paraban de parlotear en su idioma; yo no entendía lo que decían, pero por sus gestos supuse que sus jefes los habían zurrado de lo lindo, siguiendo las instrucciones del decano del campo. Como es natural ellos no sabían nada de estas instrucciones y estaban sorprendidos de que a todos los hubieran zurrado precisamente la misma noche. Pero se rieron y se lo tomaron a broma. Desde ese momento me obedecieron a pies juntillas y cumplieron sin rechistar todas mis instrucciones.

—Tú bueno továrich, no pegar, no gritar, mucho bueno —me decían frecuentemente. Y de hecho lo era, me comportaba con ellos más como un compañero mayor que como un capo.

El trabajo en la brigada de la estación era todo menos duro y se podía considerar como una cura de reposo, un sanatorio, para los presos que trabajaban en ella. En unas pocas horas preparábamos los pedidos de piezas y los teníamos dispuestos en los depósitos. Entonces podíamos charlar y fumar —si alguien tenía algo que se pudiera fumar— o jugar a las cartas. Los presos se turnaban cada hora para hacer guardia en la ventana y avisar si se acercaba algún guardia de las SS o algún empleado civil de la fábrica. Cuando esto sucedía, todo el mundo cogía alguna pieza en la mano y se movía diligentemente por los pasillos del almacén hasta que el control terminara y estuviéramos nuevamente a solas. Yo informaba marcial y escrupulosamente de todo el trabajo tanto a los guardias de las SS que venían a hacer revisiones como a los empleados civiles, y estos últimos quedaban además gratamente impresionados. Como en mi brigada todo salía a la perfección y los pedidos se surtían a tiempo, solamente recibíamos una o dos visitas de control al día, lo que nos daba mucho tiempo de tranquilidad.

Una de las mayores ventajas de ser capo consistía en que todos los decanos de bloque y capos cuyos muchachos trabajaban conmigo estaban siempre dispuestos a concederme favores: solían regalarme cosas de comer y tabaco, en ocasiones incluso algo de dinero. Como me había convertido en capo, abandoné mi anterior relación con el capo de la división de construcción. Había varias razones para ello. Primero, las relaciones sexuales entre capos eran impensables y los notables no las tolerarían; segundo, ya no necesitaba mantener una relación de conveniencia para sobrevivir, ni era necesario entablar una nueva. Ahora yo también era un notable, y esto me confería un cierto poder en el campo. No era un poder que pudiera ejercer directamente, pero sí uno que podía exigir a los demás notables que también tenían amantes en mi brigada.

Como ahora tenía suficiente para comer, empecé a sostener relaciones con otro prisionero alemán de triángulo rosa; esta vez no se trataba de una relación de conveniencia, era auténtica, basada en la comprensión y confianza mutuas. Nos llevábamos de maravilla y fuimos muy felices, todo lo feliz que se puede ser en un campo de concentración. Obviamente moví todos mis resortes para que lo asignaran a mi unidad como ayudante de capataz, aunque no me resultó demasiado fácil y tuve que pagar un soborno bastante substancioso por ello.

Mi nuevo amigo tenía 26 años y era de Magdeburgo; alistado en la marina, un día, de permiso en su ciudad, una patrulla de la policía militar lo había sorprendido en flagrante con otro joven recluta en el baño de una taberna. Después de cumplir una condena de seis meses en la prisión militar de Torgau, por alguna razón inexplicable fue enviado al campo de concentración de Flossenbürg en lugar de al consabido batallón de castigo en el frente. Y allí sobrevivió, gracias a la ayuda que conseguí movilizar entre los notables, hasta que el campo fue liberado en 1945, a pesar de que varias veces soportó la amenaza de ser enviado a la división de castigo Dirlewanger, bajo las órdenes de las SS.

Todas las tardes, cuando nuestra brigada de trabajo volvía al campo, teníamos que esperar en el portón a que efectuaran el recuento. Si los presos que volvían lo hacían muertos o vivos es algo que a las SS les traía sin cuidado: lo único importante era que el número de prisioneros coincidiera con toda exactitud.

Una tarde, el comandante Rascapolvo estaba parado en el portón supervisando el regreso de las distintas brigadas que trabajaban fuera del campo. Conforme me acercaba, con nuestro pelotón marchando en filas de cinco, pude observar desde lejos que se encontraba allí y que parecía esperarnos a nosotros. Detuve a mi grupo frente al portón y anuncié con voz marcial:

—Brigada de la estación con un capo y veintisiete hombres de vuelta del trabajo.

El comandante Rascapolvo me observó con una malvada sonrisa y, pasando su bastón por el triángulo rosa de mi vestimenta, dijo:

—El rojo este es muy pálido, ¿no? ¿O tal vez es rosa? ¡Vaya, un capo marica, esto es lo nunca visto!

Oprimió con fuerza el bastón contra mi estómago. Yo permanecí firme sin moverme, esperando a que nos diera la orden de entrar. Pero Rascapolvo tenía ganas de divertirse un poco más. Revisó las filas de presos de la brigada y, con una mueca de cinismo, exclamó:

—Mira cuántos muchachitos hay aquí, ¡vaya casualidad! ¡A lo mejor son de un club de jovencitos exploradores! Pero no parece que vosotros exploréis mucho...

Luego fue pasando por cada uno de los prisioneros y levantando el faldón de sus chaquetas con el bastón mientras decía:

—¿A quién pertenece este orondo culito? A tu capo, supongo.

Los jóvenes rusos y polacos se limitaban a negar con la cabeza, lo que reforzaba aún más la sospecha de Rascapolvo de que yo debía de tener una relación con alguno de ellos. Pero lo que no sabía es que eran sus propios capos y decanos de bloque quienes los habían asignado a mi brigada y que era con ellos con los que tenían relaciones. Rascapolvo estaba casi seguro de que yo me los cepillaba por turnos.

Los guardias de las SS que estaban alrededor se morían de la risa, la mayoría sabía a la perfección quién dormía con cada cual. Las risas de sus subordinados hicieron que Rascapolvo se enfureciera: con voz muy alterada ordenó que a partir de ese instante, cuando mi grupo pasara por el portón al salir del campo o al volver del trabajo, yo no debía anunciar que había llegado la «brigada de la estación» sino la «brigada de follaculos».

Durante varios días me vi obligado a anunciar la entrada y salida de la brigada en estos términos, provocando siempre las burlas de los SS de guardia, que metían baza gritándonos «¡que os aproveche!» y otras lindezas mientras pasábamos.

Un día, sin embargo, quien estaba en el portón observando el regreso de las brigadas de prisioneros era el director del campo. Le sorprenderá el nombre de nuestra brigada, pensé, y en voz más alta y clara de lo normal, para que lo oyera con toda seguridad, anuncié:

—Brigada de follaculos con un capo y veintisiete hombres de vuelta del trabajo.

El director corrió hacia mí.

—¿Qué forma es esta de presentarse? ¿Quién te ha ordenado que digas esas sandeces? ¡No quiero volver a oírlo, me entiendes! —me gritó iracundo.

—Sí, señor.

Insistió en saber quién me había ordenado que anunciara nuestra llegada con esa cochinada, pero guardé un obstinado silencio y me limité a encogerme de hombros ante sus preguntas, temeroso de que mi delación pudiera acarrearle la venganza del comandante Rascapolvo. No obstante, el director del campo interpretó correctamente mi silencio y, con tono de orden, dirigió su pregunta al sargento de las SS a cargo de nuestra brigada, quien solícitamente pronunció el nombre de Rascapolvo como instigador de tan singular presentación. Luego, el director me ordenó que en el futuro solamente anunciara nuestra llegada en los términos debidos y se marchó, meneando la cabeza.

Al día siguiente Rascapolvo estaba de nuevo en el portón, me pareció que con cara de pocos amigos. Parecía obvio que el director lo había reprendido.

Con toda marcialidad anuncié la llegada de mi brigada de la estación. De inmediato me preguntó:

—¿Has sido tú el cerdo que me ha delatado al director?

No, *Herr Lagerführer*^[24], yo no dije nada, fue el *Herr Oberscharführer*^[25] quien tuvo que decírselo al *Herr Lagerkommandant*^[26].

Rascalpolvo me observó con incredulidad y se dirigió al sargento de las SS. Este confirmó lo que yo había dicho.

—Nunca hubiera imaginado que un puto marica tuviera tantas agallas — dijo; se hizo a un lado y ordenó que entráramos.

A partir de ese momento fue menor su hostilidad hacia mí y me dejó en paz, aunque siguió como un zorro acechando cuanto yo hacía para ver si me podía pillar en alguna falta. Quería a toda costa hacerme caer en una trampa, pues yo era el único capo de triángulo rosa y eso, como solía repetir a menudo, era una vergüenza para el campo.

Yo conocía otras vergüenzas más depravadas aún: las torturas que cometían sus hombres de las SS.

9. Un burdel en el campo

Por orden expresa del «Reichquique», en el verano de 1943 se instaló en el campo de Flossenbürg un burdel al que se llamaba eufemísticamente «bloque especial». Se dividió el espacio central de lo que hasta entonces había sido la sala de proyección cinematográfica en varios apartamentos, en los que vivirían y trabajarían las prostitutas. El bloque especial dependería de la enfermería, para poder controlar así la salud de las damiselas y los clientes. Como es natural, el acontecimiento fue objeto de amplia discusión entre los prisioneros, a quienes se nos había notificado su apertura con varias semanas de antelación. Los verdes y los gitanos saludaron con gran entusiasmo la instauración del burdel, mientras que los presos políticos estaban en contra y opinaban que se trataba de una maniobra de distracción de los nazis para enmascarar lo mal que iba la guerra. Los testigos de Jehová declararon que no visitarían el burdel, por motivos de conciencia.

Entre otras ideas, Himmler pensaba que los hombres del triángulo rosa nos curaríamos de nuestra tendencia homosexual mediante visitas regulares y obligatorias al burdel. Debíamos presentarnos en el nuevo bloque una vez por semana para aprender a disfrutar de las delicias del sexo opuesto. La orden misma era un ejemplo de lo poco que sabían los líderes de las SS y sus asesores científicos acerca de la homosexualidad, y de la estrechez de miras que demostraban al tildar de mera perversión enfermiza una orientación sexual y prescribir las visitas obligatorias al burdel como remedio y cura para la misma. Una torpeza mental que se puede observar igualmente hoy día, tras veinticinco años de supuesto progreso científico, en casi todas las instancias oficiales.

Un día el camión que transportaba a las damiselas apareció por el portón del campo y vació su cargamento en el bloque especial, en donde ya esperaban impacientes muchos hombres. Diez muchachas jóvenes descendieron y fueron conducidas a sus aposentos. Venían del campo de

mujeres de Ravensbrück y casi todas eran judías o gitanas. Las SS las habían traído a Flossenbürg con la falsa promesa de que, tras seis meses de servicio a los clientes, serían liberadas del campo de concentración si durante ese tiempo se prestaban voluntariamente a ser chicas de burdel. Las torturas y vejaciones en los campos de mujeres no debían de ser menos terribles que en Flossenbürg, pues de otra manera sería incomprensible que estas prisioneras se hubieran ofrecido como voluntarias para trabajar en el lupanar. La promesa de liberarlas debió de seducirlas tanto como la perspectiva de que se acabarían las torturas y brutalidades y que no tendrían que soportar más la penuria del hambre.

Creyendo en las promesas de sus carceleros, se ofrecieron como víctimas en vano y sacrificaron durante seis meses su dignidad humana. Sí fue cierto que sólo tuvieron que cumplir seis meses de servicio en el burdel y que, transcurridos estos, fueron reemplazadas por un cargamento de nuevas voluntarias de Ravensbrück. Pero no alcanzaron la libertad: en su lugar, fueron enviadas al campo de exterminio de Auschwitz, totalmente exhaustas tras haber cumplido con los casi dos mil actos sexuales que estuvieron obligadas a realizar.

El mismo día de la inauguración del burdel más de cien prisioneros desfilaron por el bloque especial desde las cinco de la tarde hasta las nueve, horario en el que permanecía abierto para los prisioneros. Ese número de visitantes no decreció prácticamente ningún día. No es que todos estos prisioneros, que bromeaban y reían mientras hacían cola fuera del burdel, rebosaran precisamente de salud —los que estaban pletóricos eran casi siempre capos o capataces—: el grupo incluía también a un buen número de lastimosas figuras, despojos humanos hambrientos y escuchimizados que flotaban entre la vida y la muerte y que parecían estar al borde del colapso. Aun así, querían su rato de placer con las mujeres, clara muestra de que la sexualidad es la más fuerte de las pulsiones humanas.

El comandante Rascalpolvo hizo taladrar agujeros en las diez puertas de las llamadas «habitaciones del placer», orificios que él y sus subordinados utilizaban para regodearse observando de cerca la vida sexual de sus prisioneros; así, al día siguiente podían contar a otros presos las posturas que utilizaba cada uno de ellos. Con frecuencia yo me preguntaba si esta muestra furtiva de sexualidad inhibida, que a buen seguro iba acompañada de un complejo de inferioridad, no era más degenerada de lo que supuestamente era mi homosexualidad.

También yo tuve que visitar el burdel en tres ocasiones, siguiendo órdenes precisas del comandante Rascapolvo, visitas que además de resultarme penosas me supusieron un auténtico tormento. No comprendo qué alivio ni qué placer esperaban que pudiera experimentar al ver a la pobre y esmirriada muchacha alzar las piernas tumbada sobre la cama y decir «vamos, apúrate»; ella, tanto como yo, quería que terminara lo antes posible una situación que a ambos nos resultaba dolorosa. Además, a sabiendas de que algún guardia estaría observándonos por el agujero de la puerta. La verdad es que no se podía esperar ninguna curación mediante esta forma de disfrutar del sexo opuesto. Por el contrario, quedé tan intimidado por esas visitas que nunca más volví a intentar hacer el amor con una mujer, con lo que mis preferencias sexuales se vieron incluso reforzadas.

Por fortuna, el burdel tenía tanta concurrencia que no se me volvió a ordenar que acudiera a él otra vez, aunque, para guardar las apariencias, cada semana me inscribía en la lista, pagaba los dos marcos de rigor y mandaba a otro prisionero a que diera rienda suelta a sus apetitos en mi lugar.

Los notables del campo asistían al burdel con frecuencia y regularidad, y a menudo llevaban regalos a las muchachas, regalos que podían ir desde una salchicha a unas braguitas de seda de encaje. Como es comprensible, los notables se encontraban a sus anchas con las prostitutas. Muchos de ellos iban siempre con la misma muchacha y empezaban a hablar de relaciones estables, lo cual era muy optimista, pues a veces más de diez o quince prisioneros consideraban a una sola muchacha como su novia futura y le llevaban regalos. Fue casi un milagro que no hubiera asesinatos entre los presos.

A pesar de que visitaban regularmente el burdel, los decanos de bloque y los capos conservaban a sus peluches, de los que evidentemente no querían separarse. No los culpaba, pues aunque nunca tuve una relación íntima con ninguno de ellos, los muchachos rusos y polacos me parecían más limpios, y sobre todo más humanos, que las pobres chicas del burdel, de cuerpos ajados e hinchados. Pero claro, eso es sólo un punto de vista.

Hacia finales de 1943 Himmler dictó una nueva orden de expurgación de los degenerados sexuales, esto es, de los homosexuales. La orden indicaba que todo homosexual que aceptara ser castrado y que hubiera tenido una buena conducta sería liberado en poco tiempo. Algunos prisioneros de triángulo rosa creyeron en las promesas de Himmler y consintieron en dejarse castrar como forma de escapar al mortal abrazo que suponía el campo de concentración. Pero a pesar de observar una buena conducta —la evaluación de la misma quedaba a merced del humor que tuvieran el decano de bloque y

el jefe de bloque de las SS—, sólo se les liberó del campo de concentración para enviarlos a la división de castigo Dirlewanger en el frente ruso, para ser masacrados en la guerra contra los partisanos y morir como héroes en nombre de Hitler y Himmler.

En una ocasión, el comandante Rascapolvo me preguntó:

—Dime, capo maricón, ¿ya te han castrado?

—No, *Herr Lagerführer*.

—¿Y no quieres apuntarte?

—*Herr Lagerführer*, yo quiero volver a casa en las mismas condiciones en las que llegué aquí.

—Tú y toda la demás reata de maricas no volveréis nunca a casa —sentenció, con la voz cargada de veneno.

Se refería a que nosotros, los homosexuales, a pesar de las promesas hechas por el director y por todos los líderes de las SS, no íbamos a ser liberados, incluso aunque hubiéramos trabajado bien en las fábricas de armamento. La intención era exterminarnos, como ya se había decidido en 1938.

De cualquier modo, me negué decididamente a ser castrado, lo que dio al comandante Rascapolvo un nuevo pretexto para intentar deshacerse de mí, el único capo de triángulo rosa. Rascapolvo empezó a promover una campaña para que los prisioneros alemanes se alistaran voluntarios para ir al frente ruso; la orden provenía de Himmler, necesitaba completar las filas de la división de castigo Dirlewanger.

Dirlewanger era el nombre de un *Standartenführer* SS, previamente *Sturmbannführer*, que había sido condenado en varias ocasiones por los tribunales; al principio fue encarcelado, pero luego le aplicaron una medida de gracia y se le puso al mando de un regimiento de castigo de las SS justo en el momento en que, al inicio de la campaña rusa, la resistencia de los partisanos empezó a extenderse en los territorios ocupados por los alemanes. Este regimiento, que rápidamente aumentó en número hasta convertirse en división, estaba formado casi exclusivamente por reclusos de cárceles civiles y prisiones militares y solamente se utilizó para combatir a los partisanos rusos.

Hasta el último de sus días, Dirlewanger demostró ser un sanguinario sabueso dominado por la sevicia, un verdadero delincuente común. Despiadado en su lucha contra los partisanos, exterminó aldeas enteras por sospechar que colaboraban con la resistencia. Quemaba a toda la población civil de estas aldeas rusas en sus propias casas o la masacraba

indiscriminadamente, aunque sólo se tratara de ancianos, mujeres y niños. Tampoco era más benévolo con su propia gente. Se dice que, con la colaboración de unos pocos oficiales de las SS que se habían presentado voluntarios en su división, acribillaba a sus propios hombres con ametralladoras aprovechando los enfrentamientos con los partisanos.

Los prisioneros del campo de concentración conocíamos todos estos detalles por las emisoras de radio extranjeras, que informaban continuamente sobre tales excesos. Aun cuando sólo hubiera sido verdad la mitad de las noticias que difundían, ese cincuenta por ciento era de por sí suficientemente aterrador.

El comandante Rascapolvo confeccionó una lista de voluntarios para la división Dirlewanger de las SS, en la que incluyó también mi nombre para que, como hizo constar malignamente, mi bautizo en el frente me ayudara a borrar la vergüenza de mi homosexualidad. Pensó que se había desecho por fin del capo de triángulo rosa del campo.

Pero yo me apresuré a contárselo a los empleados civiles de la fábrica de armamento: les dije que me habían presentado como voluntario para ir al frente con la división Dirlewanger y les pedí que me ayudaran. Como estaban en completo desacuerdo con que me trasladaran, llamaron de inmediato por teléfono a su oficina central, dijeron que mi trabajo era absolutamente indispensable en los almacenes de material de la fábrica del campo de Flossenbürg y que mi traslado equivaldría a sabotear los planes de producción de armamento. Pidieron a la central que se encargara de que no fuera relevado de mi puesto de capo, fundamentando la petición en que yo había demostrado una dedicación muy especial al trabajo desde el principio y empleado a fondo un gran talento organizador para que el suministro de piezas de aviones se desarrollara siempre sin contratiempos y con plena eficacia. Añadieron que controlaba muy bien a los presos que trabajaban bajo mis órdenes, sin usar métodos brutales, y que obtenía muy buenos resultados con ellos.

Tiempo después supe por los propios empleados civiles que la dirección de la fábrica de aviones había conseguido hablar con el ministro Albert Speer y que este se había dirigido al departamento de las SS que estaba a cargo de los campos de concentración. El caso es que al día siguiente llamaron desde la oficina de Himmler al director del campo de Flossenbürg dando instrucciones de que el prisionero fulano de tal —esto es, yo— debía permanecer como capo en los almacenes de la fábrica de armamento de Flossenbürg hasta el final de la guerra.

Esa misma tarde me llamaron al despacho del director del campo, donde, en presencia de Rascapolvo, el propio director me comunicó las disposiciones de los mandamases de las SS: permanecería en el campo de concentración y continuaría en mi puesto de capo de la brigada de la estación. El director alabó mi cuidadoso y —según dijo— relevante trabajo en la fábrica y me despidió casi con benevolencia; dándome al salir una amable palmadita en el hombro.

A partir de ese momento Rascapolvo me dejó finalmente en paz; me aceptó como capo en todos los sentidos e incluso llegó a hablarme con más frecuencia: en las ocasiones que se cruzó conmigo no volvió a dirigirse a mí en términos amenazadores o humillantes, y nunca más mencionó mi homosexualidad. En realidad hacía todo lo posible por evitarme, por evitar al «capo maricón por la gracia de Himmler», como me llamaba delante de sus lugartenientes de las SS.

También los notables del campo me aceptaron a partir de ese momento como un capo de pleno derecho, a pesar del triángulo rosa que llevaba; incluso los presos políticos dejaron de meterse conmigo, y eso que eran ellos los más enconados rivales de sus compañeros homosexuales de prisión. La mayoría lo sigue siendo en la democracia actual, en la que muchos de ellos ocupan ahora puestos de autoridad.

Cuando hablo del desprecio y la aversión que los prisioneros políticos del campo de concentración tenían hacia los presos que llevábamos el triángulo rosa, me refiero a lo siguiente: hasta 1942 era habitual que, con objeto de reducir el número de prisioneros de los campos de concentración, todos los campos enviaran regularmente grupos de cien o más prisioneros a los campos de exterminio, en donde morirían en las cámaras de gas o serían asesinados con inyecciones. Se dejaba a la oficina de prisioneros, encabezada por el decano del campo, la labor de seleccionar a los presos que debían ser enviados al exterminio. Si el decano era un preso político, era un hecho seguro que la mayor parte de los prisioneros elegidos para el exterminio serían hombres con el triángulo rosa. Después de la guerra, una vez leí en un libro que un ex decano de campo que había sido preso político justificaba los envíos masivos de homosexuales a los campos de exterminio con el argumento de que en aquellos tiempos era comprensible la tendencia predominante de despachar antes a los prisioneros menos valiosos y menos importantes. Esto demuestra que nosotros representábamos efectivamente la casta inferior de los campos de concentración, y que nuestros propios compañeros, prisioneros en el mismo barco, nos perseguían y elegían para ser

enviados a la muerte. Una tendencia que no debió de ser tan comprensible pues, ¿en qué se basaban para arrogarse el derecho de erigirse en jueces y considerarnos la casta inferior entre los prisioneros precisamente a nosotros, que no habíamos hecho daño alguno a nadie y que no habíamos cometido ningún pecado contra el bien común de la humanidad?

En el invierno de 1943 empezaron los ataques aéreos. Aunque algunas noches ya habían sonado las alarmas aéreas, ahora retumbaban varias veces todos los días. Al oír la sirena, los presos debíamos volver a nuestras barracas y permanecer en ellas hasta que se escuchara el pitido de la sirena que indicaba el fin del ataque. No había refugios en los que meternos, pero los ataques no nos daban miedo: confiábamos en las emisiones de radio de los aliados que escuchábamos clandestinamente en nuestros receptores y que decían que no atacarían ni bombardearían los campos de concentración; de hecho, nunca lo hicieron.

Por su parte, los amos de las SS tenían a varios prisioneros cavando día y noche profundas galerías en las colinas adyacentes al campo, a las que corrían en cuanto se desataban las alarmas y en las que permanecían con gran tembleque de rodillas. Al parecer sólo posaban de héroes frente a nosotros, los indefensos prisioneros; en otras situaciones se cagaban en los pantalones. Los guardias de las SS que estaban de servicio nunca salían del campo, sino que corrían a refugiarse en cualquiera de los bloques de prisioneros; en ellos parecían sentirse igual de a salvo que en sus refugios, por lo que era de suponer que también ellos escuchaban la radio enemiga —a pesar de que se castigaba con la pena de muerte— y sabían que nada les pasaría ahí.

A veces, cuando el cielo no estaba cubierto, reconocíamos fácilmente las escuadrillas de bombarderos de los aliados, que volaban a una altura de diez mil o más metros. Cientos de estos pájaros plateados brillaban a la luz del sol, perfectamente alineados, oleada tras oleada. El estremecedor ruido de sus motores retumbaba en el aire y nuestras escudillas de hojalata vibraban en sus casilleros, golpeándose unas contra otras debido a la onda de presión y componiendo una extraña música.

Esperábamos, con el corazón en un puño, para ver a dónde se dirigía el ataque de represalia aliado y en qué lugar soltarían las bombas; esperábamos presas de la inquietud, pues muchos teníamos nuestros hogares o a nuestros allegados en las zonas objetivo. Por lo general éramos capaces de señalar con bastante acierto la ciudad que había sido alcanzada; nuestros barracones

temblaban por la onda de presión de las explosiones, y dependiendo de la intensidad de las mismas adivinábamos si las bombas habían caído en Núremberg o en Würzburg, en Weiden o en Bayreuth.

Por más que deseáramos la destrucción final del régimen nazi no podíamos permanecer impasibles ante los bombardeos aliados; cada uno de nosotros temía por sus seres queridos, y nadie se alegraba por los bombardeos. Las bombas caían en ciudades alemanas en donde miles de personas inocentes perderían la vida, gente que sentía la misma repugnancia por la guerra que nosotros, las víctimas de los campos de concentración. Es probable que los bombardeos fueran importantes para los aliados particularmente por sus efectos psicológicos; yo no voy a entrar en ello, pero con toda seguridad no eran una página para la gloria. A veces los bombardeos iban acompañados de ataques con vuelos rasantes; en Flossenbürg se sucedían cada semana. No iban dirigidos contra el campo, sino contra los componentes de aviación que ya estaban preparados y cargados en los vagones del ferrocarril. Con una precisión increíble, los aliados sabían cuándo iba a salir un tren de la fábrica de armamento del campo, y entonces los aviones caían en picado sobre los vagones cargados y los destruían. Cuando esto sucedía, teníamos que volver a meter los componentes de los Messerschmitt dañados en la fábrica para repararlos, o había que comenzar la fabricación desde el principio. En varias ocasiones hubo que devolver tres y cuatro veces a la fábrica los fuselajes antes de poder enviarlos a su destino. No teníamos nada que objetar a este tipo de ataques aliados, en realidad los celebrábamos.

Una tarde del mes de julio de 1944, todo el que aún podía empezó a correr por el campo; se cuchicheaba y murmuraba por doquier. No cabía en mí de sorpresa cuando, a la vuelta del trabajo, me dijeron que Hitler había muerto víctima de un atentado. ¡Dios mío!, me dije, ¡no dejes que esto sea otro rumor sin sentido, haz que sea cierto! ¡Echa de una vez a los perros al carnicero de Alemania y de Europa! El destino, sin embargo, tenía otros planes. A medianoche del 20 de julio se encendieron los altavoces del campo y pudimos oír cómo nuestro «amado Führer» se dirigía a nosotros a todo volumen: una vez más la Providencia lo había salvado y preservado para guiar a la nación alemana... Maldita Providencia, pensé, es como el viejo emperador austriaco Francisco José, se salva de todo.

Esa misma tarde los oficiales de las SS ya habían reforzado la guardia en las torres de vigilancia y en el portón, y por la noche, a la vuelta del trabajo,

los prisioneros tuvimos que entrar de inmediato en nuestros barracones sin que pasaran lista. Nadie podía salir, lo que aumentaba aún más la tensión existente en el campo, ya de por sí a punto de estallar. Después de la transmisión del discurso de Hitler por la medianoche, se levantó la prohibición de salir de las barracas, pero el refuerzo en la vigilancia de las torres continuó.

No tardaron mucho en llegar a Flossenbürg los primeros convoyes con conspiradores del complot del 20 de julio: oficiales de uniforme con todas sus condecoraciones, soldados, y muchos civiles. Venían de todas partes del Reich, muchos todavía con las manchas de sangre producidas por los golpes de la Gestapo, que los había detenido e interrogado.

Y una vez más, en el crematorio se pusieron a mansalva inyecciones letales, y ardieron las piras para incinerar los cadáveres, esta vez de las víctimas tardías de la frustrada conspiración contra Hitler del 20 de julio de 1944.

El comandante Rascapolvo se creyó en la obligación, después del recuento vespertino en la explanada, de improvisar un discurso en el que culpó de la conjura del 20 de julio contra nuestro amado Führer a la Internacional judía y homosexual. Esta vez, ni siquiera sus lugartenientes de las SS pudieron reprimir las risas por el desatino, pues para todo el mundo era obvio que la conspiración había sido tramada por oficiales de alto rango del ejército alemán. Pero Rascapolvo lo expuso como si tras el motín de los altos cargos hubieran estado los judíos y los homosexuales.

En su exacerbado odio hacia los judíos y los homosexuales, nunca había llegado a tanto, sobre todo a concedernos a los homosexuales tal grado de influencia en la política. Además, era la primera vez que oía hablar de la existencia de esta supuesta Internacional homosexual. ¡Ojalá hubiera existido una organización internacional de esa naturaleza, entonces y ahora! Sé muy bien, por mi propia experiencia, que esto es algo que nunca existirá.

En los últimos meses de 1944 el director emitió unas ordenanzas que de alguna manera aligeraron nuestros sufrimientos e hicieron que las SS nos trataran un poco mejor. No es que ya no hubiera latigazos o se hubieran suspendido los azotes en el potro, sino que en adelante este tipo de brutalidades solamente se podían llevar a cabo a puertas cerradas. Públicamente, los SS empezaron a comportarse de manera menos violenta. Fue el primer signo de que los amos nazis de vestimenta negra ya no creían en la victoria de Alemania frente a las fuerzas aliadas.

Ahora jugábamos al fútbol en la explanada, mejor dicho, estábamos obligados a jugar, pues los domingos el comandante Rascapolvo ordenaba, por ejemplo, que el bloque 10 se enfrentara a los del bloque 11. Los decanos de bloque se vieron obligados a formar sus equipos. Pero no era cosa fácil, no se trataba de encontrar a once personas que supieran jugar al fútbol y quisieran hacerlo. Se trataba de encontrar a once o trece hombres que tuvieran todavía suficiente fuerza física para correr detrás de una pelota durante noventa minutos, aunque no supieran ni lo que era el fútbol. Los partidos eran un fiel reflejo de los jugadores.

Otras veces organizaban campeonatos de lucha libre en la barraca de los baños, en los que a los campeones no se les premiaba con un trofeo, sino con una hogaza de pan, trofeo a todas luces máspreciado.

Obviamente, a los prisioneros del triángulo rosa se nos excluyó de estas competiciones deportivas. Como el comandante Rascapolvo decía, los maricones se deleitarían con las piernas desnudas de los futbolistas o los torsos de los luchadores. No hay necesidad de decir que tampoco los judíos podían participar. El comandante Rascapolvo consideraba que era incompatible con las leyes alemanas que un prisionero ario pudiera participar en una competición deportiva con «cerdos judíos» tanto como con «maricones de mierda».

El único objetivo que estas actividades deportivas podían tener, así como las otras mínimas medidas humanitarias que nos concedieron, era distraer a los prisioneros, distraerlos de las conversaciones políticas que corrían por el campo sobre el descontento del pueblo alemán con el régimen de Hitler y sobre la situación desesperada a la que Alemania se enfrentaba ahora en la guerra, una vez que el propio país se había convertido en el campo de batalla.

Tampoco servían de nada las maniobras de distracción de los vigilantes de las SS. Todos los prisioneros con un mínimo de interés político sabían exactamente lo que sucedía en Alemania y con el pueblo alemán, y conocían cuánto se esforzaban los jerarcas nazis por aparentar una victoria de su ejército. Sin embargo, el Tercer Reich de Hitler estaba ya en el umbral del colapso total, a punto de sucumbir ante los furiosos embates de los aliados.

En Flossenbürg los notables tenían otras preocupaciones que los partidos de fútbol o los campeonatos de lucha. Todos abrigábamos el temor de que cualquier noche las escuadrillas alemanas pudieran bombardear nuestro campo con el fin de erradicar para la posteridad una de las mayores vergüenzas del régimen nazi y, además, cargarle el muerto a los aliados. Que esto no sucediera no debemos agradecerlo a que los jerarcas nazis tuvieran un

último sentimiento de misericordia humana, sino sencillamente al hecho de que no les quedaba suficiente combustible para que sus aviones volaran.

10. El final y la vuelta a casa

Una mañana de domingo del mes de enero de 1945 se convocó a todos los prisioneros alemanes a reunirse en la explanada. La llamada fue tan repentina e inesperada que inmediatamente corrió toda suerte de rumores y bulos; nadie sabía qué podría querer de nosotros la jefatura del campo. Con gran incertidumbre formamos en filas de cinco y esperamos al director; según iba cundiendo poco a poco el rumor entre nosotros, se preparaba para darnos un aviso importante. En total éramos unos mil hombres, pues los judíos alemanes no estaban incluidos en la convocatoria por su condición de no arios.

Tras una larga hora de espera, a eso de las nueve de la mañana aparecieron el director y su secretario, junto con los dos comandantes del campo y un numeroso enjambre de oficiales de las SS. Todos lucían su uniforme de gala y todas sus órdenes y condecoraciones, como para dar un toque de importancia al acto. El decano del campo rindió su informe habitual y a continuación el director comenzó su alocución.

Empezó diciendo que los presos alemanes habíamos demostrado, mediante nuestro trabajo voluntarioso y diligente en la fábrica de armamento, que la sangre alemana seguía corriendo por nuestras venas y que con ello habíamos prestado un gran servicio a la patria. Ahora teníamos el deber de defender a esa patria, a la nación alemana que nos pertenecía a todos y que estaba en gran peligro, amenazada por todos lados. Había llegado el momento de que todos y cada uno de nosotros demostráramos que podíamos entregarnos en cuerpo y alma al Reich alemán. Se nos informaba de que en adelante todos los reclusos alemanes de los campos de concentración dejábamos de ser prisioneros y de que, después de un período de prueba, seríamos nuevamente aceptados como miembros de pleno derecho de la comunidad alemana. A todos los presentes que estuviéramos en buenas condiciones físicas se nos adiestraría en el uso de las armas y formaríamos batallones de «hombres lobo». No nos estaría permitido abandonar el campo,

pero seríamos libres en los demás sentidos. Y a todos los ex prisioneros alemanes que fuéramos aptos para las armas y que fuéramos incorporados a los batallones de hombres lobo se nos daría un brazalete blanco con las letras LP —*Lagerpolizei*^[27]— escritas en negro, que significaba policía del campo.

Después de habernos enterado del motivo de la reunión, marchamos de vuelta a nuestros barracones envueltos en una gran confusión. Muchos estábamos en contra de que nos dieran formación militar, pues temíamos que nos enviarían al frente a una muerte segura justo en los momentos en los que el régimen hitleriano se derrumbaba. Pero otros eran partidarios de la idea: esperaban obtener armas que podrían usar contra las SS y los nazis.

Los batallones de hombres lobo, como los nazis llamaban a sus grupos partisanos alemanes, tenían la función de desplegar acciones de guerrilla detrás de las líneas aliadas y perturbar al enemigo con intervenciones militares en las zonas ocupadas de Alemania. Ante esta idea descabellada de convertirnos a los prisioneros del campo en hombres lobo, sacudí la cabeza y me dije: me opongo a la Alemania de Hitler, por lo que sus enemigos no son enemigos míos; además nunca me he sentido alemán, sino austríaco; ¿y ahora los prisioneros de los campos de concentración, que durante años hemos sido maltratados, torturados, humillados y degradados por los nazis, encima vamos a ayudar a que se mantenga su régimen de opresión y de locura racista, sólo para que nos pongan otra vez tras una alambrada de espino después de cumplir con la patria? Y eso si no la diñamos antes.

No, de ninguna manera. Me oponía por completo. El canto de sirena del director no me había impresionado. Sin embargo, en mi calidad de prisionero con el triángulo rosa no me atrevía a expresar abiertamente mi opinión a los demás, y menos aisladamente. Sólo comenté a algunos pocos presos austríacos:

—Mirad, la Marca Oriental de Hitler pronto se irá al garete, y nuestra Austria resurgirá de nuevo. Mantengámonos fuera del asunto. Lo de jugar a los hombres lobo es para los nazis y sus secuaces. Nosotros esperaremos a que los estadounidenses o los rusos nos liberen del campo.

Y eso fue lo que hicimos. Recibimos los brazaletes blancos, que no era aconsejable rechazar, pero con la firme resolución de que, si en verdad nos enviaban detrás de las líneas aliadas a efectuar sabotajes, aprovecharíamos la primera oportunidad para entregarnos a los rusos o a los estadounidenses y colocarnos bajo su protección.

Tres presos alemanes que se tomaron demasiado en serio las promesas del director y se alejaron un poco del campo mientras trabajaban con su brigada,

sintiéndose con derecho a ello por ser ya hombres libres y ex prisioneros, fueron abatidos a tiros por las patrullas de las SS, que habían reforzado su presencia en el perímetro del recinto. Con este hecho se puso en evidencia que nada había cambiado, que seguíamos bajo el látigo de las SS, La única diferencia es que ahora nuestro destino era ser carne de cañón, para que los jerarcas nazis mantuvieran su poder unos cuantos días más.

En las oficinas de las SS las estufas no dejaban de arder, los oficiales se esmeraban en destruir todas las pruebas escritas de sus actos criminales y sus herramientas de exterminio. Quemaban todas las fichas y expedientes de los prisioneros condenados, junto con las fustas y varas con las que solían pegarnos. Como si con ello pudieran borrar la vergüenza de los actos cometidos en los campos de concentración.

Inesperadamente, un día de marzo de 1945 se escuchó decir que los tanques estadounidenses se acercaban a nuestro campo y que en poco tiempo lo rodearían y nos liberarían. Todos los guardias SS del campo y las patrullas que estaban de servicio fuera de él, todos lo que llevaran un uniforme de las SS, desaparecieron, refugiándose en los bosques aledaños. El campo quedó sin guarnición.

Los gritos de alegría de los prisioneros lo invadieron todo. De las ventanas se colgaron sábanas blancas, que también se extendieron sobre los tejados de los barracones en señal de rendición pacífica. Ya no había que pensar en la posibilidad de ser utilizado como hombre lobo, pues la libertad nos saludaba desde la vuelta de la esquina anunciándonos el fin del ignominioso y miserable cautiverio en el campo de concentración.

Las mujeres del burdel salieron del bloque especial bailando a la explanada, a lo que se unió el júbilo indescriptible de todos los prisioneros. Los nuevos policías del campo no dábamos abasto en nuestro afán de evitar saqueos y más devastaciones. El decano del campo quería entregarlo ordenadamente a los estadounidenses que se acercaban y había avisado que no se toleraría ningún exceso por parte de los prisioneros. También anunció que en poco tiempo tenía la intención de dar a todo prisionero una buena ración de salchichas, pan y vino provenientes de los almacenes de las SS, lo que provocó como es lógico que el júbilo aumentara.

De pronto, sin embargo, los guardias de las SS volvieron y ocuparon nuevamente el campo: de los estadounidenses no había ni rastro. Todo volvía otra vez a su sitio, y los presos volvieron a sus barracas, profundamente decepcionados y abatidos, con la cabeza gacha. Los guardias de las SS retomaron el control, no sin sorprenderse de que la policía del campo no

hubiera permitido que se desatara el caos. La vida en el campo continuó como antes y nada cambió. Aunque se trataba solamente de una apariencia superficial.

El trato que los guardias dispensaban a los prisioneros se suavizó notablemente: tampoco ellos creían ya en una victoria de la Alemania de Hitler, por lo que no se atrevían a seguir maltratándonos. Continuábamos saliendo todos los días en formación hasta nuestros puestos de trabajo en la fábrica de armamento, pero ya no podía decirse que fuera un trabajo en toda regla, solo deambulábamos por ahí, discutiendo sobre el cercano fin del Reich nazi y la mejor forma para regresar a nuestros hogares.

Con la aproximación de los estadounidenses, algunos suboficiales de las SS se habían hecho con ropas de los prisioneros, pensando en pasar inadvertidos y desaparecer en medio de la confusión provocada por la inminente liberación. Muchos lo consiguieron, aunque con pocas excepciones todos fueron encarcelados y condenados posteriormente por las potencias de ocupación. Algunos de estos canallas de las SS tuvieron incluso la desfachatez de recoger entre los prisioneros firmas en certificación de que siempre se habían comportado con corrección y decencia con ellos y de que nunca habían tomado parte en los excesos cometidos. No faltaron prisioneros que firmaron, a cambio de unos cuantos cigarrillos. Había llegado el momento de que nuestros guardias de las SS mostraran su verdadero rostro. Veía claramente que también ellos deseaban sobrevivir a la caída de la Alemania de Hitler y que temían la venganza y la ira desatada de las víctimas de los campos de concentración, a las que con tanto celo habían maltratado. Pero ¿tenían derecho a sobrevivir, después de haber actuado como bestias todos esos años? Yo no les deseaba la muerte, ni que sufrieran las mismas torturas a las que nos habían sometido, pero sí quería que fueran castigados.

El 20 de abril de 1945, a las cinco de la mañana, la sirena sonó y los altavoces anunciaron que todos los prisioneros debíamos reunirnos en la explanada, formados por bloques, llevando todas nuestras pertenencias. Todos los años el 20 de abril, cumpleaños de Hitler, se hacía una celebración muy temprano por la mañana, para que no se interrumpiera la jornada de trabajo. Todos sabíamos que esta vez no podía tratarse de la tradicional fiesta anual de cumpleaños del Führer; la situación de Alemania, escenario de la guerra, era demasiado grave para ello.

De hecho, el director nos comunicó que el campo sería evacuado en vista de que el enemigo se acercaba, y que de inmediato nos trasladaríamos a pie al campo de concentración de Dachau. Recalcó expresamente que aquel que no

aguantara el paso o que se saliera de la formación sería inmediatamente abatido a tiros por la escolta de las SS. La situación debía de ser muy desesperada, pues nos pusimos en marcha sin más dilaciones: había comenzado el éxodo de los miserables. Los guardias de las SS tenían todavía poder total sobre nosotros y lo aprovecharían para darnos una muestra final de su brutalidad, sin importar que en el aire se respirara ya el derrumbamiento del Tercer Reich.

Yo me había juntado con otros cinco austríacos, todos con el triángulo rosa, y marchábamos juntos en esta miserable caravana de prisioneros de Flossenbürg. Los seis estábamos decididos a aprovechar la primera oportunidad para separarnos de la columna y buscar la forma de volver a nuestro país.

La procesión debía dirigirse a Dachau pasando por Cham, Straubing, Mengkofen, Landshut y Freising, pero únicamente a través de caminos secundarios, lo que casi duplicaba el trayecto. No podíamos dejar de pensar que el propósito real no era llevarnos a Dachau sino aniquilarnos durante el camino, de agotamiento o por los tiros de los guardias. Muchos prisioneros cayeron extenuados durante la marcha, sencillamente no podían seguir caminando dada su debilidad. Todos ellos fueron rematados por la escolta de las SS, o abandonados a su suerte en la cuneta. Aunque los guardias de las SS debían intuir o tener la certeza de que su régimen se derrumbaba irremediablemente y de que pronto llegaría el día en que tendrían que rendir cuentas, no por ello se abstuvieron de masacrar a los prisioneros exhaustos. Me resultaba una actitud incluso más execrable que sus anteriores torturas, pues mostraba que eran ajenos a todo sentimiento humano y que su apoyo fanático al Reich nazi sólo cesaría cuando ellos mismos fueran destruidos.

Nuestra marcha iba dejando una estela de cadáveres ensangrentados por el camino. Los habitantes de las zonas por las que atravesábamos se veían forzados a enterrar a nuestros muertos para prevenir epidemias, pero apenas los cubrían de tierra, en parte por falta de tiempo y en parte por el temor al cada vez más cercano frente de batalla.

La noche del 22 de abril de 1945 acampamos en una zona recientemente reforestada en las cercanías de Cham. Agotados tras tres días de viaje, muchos prisioneros tenían los pies completamente cubiertos de llagas. Muchos preferían ya morir a continuar con la marcha; la apatía producto del abatimiento y la fatiga hacía estragos.

A la mañana siguiente, muy temprano, nos asaltó una extraña sensación de intranquilidad. Los prisioneros murmuraban sin parar, y entonces los que

éramos alemanes nos dimos cuenta de que durante la noche nuestra escolta de las SS había puesto pies en polvorosa sin hacer el menor ruido y nos había dejado solos. En cuanto nos cercioramos de que esto era cierto ya no hubo, forma de controlar a nadie. Los prisioneros saquearon de inmediato los víveres y medicamentos y destruyeron todo cuanto recordaba el campo de concentración. Reinaba una gran confusión: los años de opresión y esclavitud dieron rienda suelta a una furia de destrucción.

Los seis austríacos decidimos separarnos de inmediato y abandonar el grupo. Temíamos que los guardias de las SS estuvieran escondidos en las inmediaciones y pudieran ametrallar a todos los prisioneros, que no cesaban de celebrar su liberación ruidosamente.

De una cosa estábamos seguros: los estadounidenses o los rusos no debían de andar muy lejos, de no ser así los guardias no habrían huido de nuestra columna de prisioneros. Avanzamos con mucha cautela en dirección a Passau, temerosos de caer todavía en las manos de guardias de las SS errantes o de policías militares alemanes, que con toda seguridad nos habrían masacrado sin contemplaciones. Al mismo tiempo nos esforzábamos en descubrir la presencia de tropas o tanques aliados, sin que encontráramos aún ninguno. Al parecer nos estábamos moviendo en tierra de nadie en medio de las dos líneas de fuego, un lugar que podía resultar muy peligroso.

Cuando oscureció nos detuvimos en una granja y pasamos la noche acurrucados en el heno de un pajar. Por fin estábamos solos y en paz, libres de los guardias de las SS. No sabíamos lo que el futuro nos depararía, pero, ciertamente, para, nosotros no podría ser peor que los años sufridos bajo el nazismo.

Quise subir a la granja para procurarnos algo de comida y avisar al amo de que teníamos intención de establecernos en el pajar durante la noche, pero mis compañeros tuvieron miedo de que nos delatara y nos entregara a una patrulla de la policía militar alemana. Desmonté sus argumentos, seguramente bien fundados, diciéndoles que las tropas estadounidenses debían de estar muy cerca ya, y que el granjero no se atrevería a entregarnos a los alemanes pues correría el riesgo de que los aliados se enteraran, lo que supondría la destrucción de su granja. Propuse entonces que habláramos con el amo, que le pidiéramos comida y cobijo, y que le explicáramos que si nos trataba bien se ganaría el favor de los estadounidenses.

Finalmente accedieron a mi propuesta, y tres de nosotros subimos a la granja a hablar con el amo, tal como habíamos acordado. Las precauciones que tomábamos pueden sonar ahora un poco infantiles, pero nosotros,

prisioneros de un campo de concentración, estábamos tan habituados a no confiar en nadie que considerábamos nuestra cautela mera cuestión de supervivencia. No queríamos abrir una puerta que nos devolviera a los brazos del fascismo: sólo queríamos salvar la vida.

El granjero, sorprendido de que le pidiéramos algo que podíamos haber tomado por las buenas, nos agasajó de manera exquisita. Después de darnos de comer abundantemente insistió en que durmiéramos en su casa, pero declinamos la invitación aduciendo que nuestra ropa estaba en condiciones desastrosas y que preferíamos pasar la noche en el pajar.

Al despuntar el alba nos despertó un estridente matraqueo de cadenas. Nos despabilamos inmediatamente y de un salto salimos para ver si los tanques que se aproximaban eran alemanes o estadounidenses. Al ver que el primer tanque llevaba pintada una estrella blanca, desplegamos una bandera blanca que teníamos preparada y corrimos de inmediato a su encuentro agitándola mientras gritábamos: ¡campo de concentración!, ¡campo de concentración! Los tanques se detuvieron; seguramente nos habían reconocido de inmediato como ex prisioneros de campos de concentración por nuestros harapos a rayas. Del primero de ellos se abrió la escotilla, sin que las ametralladoras dejaran de apuntar hacia nosotros, y vimos cómo aparecían la cabeza y los hombros de un oficial estadounidense, que nos miraba inquisitivamente.

Tal como habíamos planeado, yo, que había estudiado, saqué a relucir mis conocimientos de idiomas y dije en buen inglés académico:

—Señor, somos presos políticos austríacos de un campo de concentración y solicitamos su ayuda y protección.

El oficial soltó una gran carcajada y, para nuestra sorpresa, respondió en alemán con un fuerte acento austríaco:

—¿Alguno de vosotros es de Viena?

—Sí, señor, yo —me apresuré a contestar en inglés, sin darme cuenta de que el oficial estadounidense se había dirigido a nosotros en puro dialecto vienés.

—¡Pues habla en alemán, tonto del culo! —exclamó con una carcajada, y luego saltó del tanque y se acercó a nosotros.

Llenos de júbilo le estrechamos la mano a él y a los demás soldados que salieron de los tanques. No cabíamos de felicidad: después de haber anhelado durante tanto tiempo ser libres, finalmente lo éramos. Y ya nadie nos podría quitar nunca la libertad.

Los estadounidenses nos dieron cigarrillos a raudales y un montón de tabletas de chocolate: parecía que nos quisieran cebar hasta matarnos. El oficial nos relató que había nacido en Viena, en el barrio de Leopoldstadt, y que había vivido allí hasta que en 1938 emigró con sus padres, ocho días antes de que Hitler invadiera Austria. La segunda cuña de sus tropas nos llevaría de vuelta a Austria, a la libertad.

Hubimos de esperar unos días en Passau, pues los soldados habían detectado en la ribera opuesta del Danubio, en suelo austríaco, algunas escaramuzas y todavía esperaban que quedaran restos de la fortaleza alpina de los alemanes. Los seis permanecimos con la unidad de tanques al mando del mayor vienés-estadounidense, que dio orden de que nos alimentaran abundantemente. Nosotros, como contraprestación, ayudábamos en la cocina y en todo lo que podíamos, lo que nos valió el reconocimiento y los parabienes del jefe de cocina. Todos los soldados nos trataron con deferencia y en todo momento fueron obsequiosos con nosotros.

Finalmente pudimos cruzar a Austria y en unos días llegamos a la ciudad de Linz, sin que encontráramos casi resistencia de la Wehrmacht alemana. Los estadounidenses se detendrían ahí, pues la Baja Austria y Viena ya habían sido ocupadas por los rusos. A los seis prisioneros liberados del campo de concentración nos comunicaron que podíamos desplazarnos por la zona occidental y sur de Austria, pero que por el momento no teníamos permitida la entrada en la zona rusa.

Como el correo austríaco todavía funcionaba y había comunicación con Viena, escribí inmediatamente a mi madre para decirle que estaba vivo y razonablemente sano, y que volvería a Viena en cuanto obtuviera la documentación necesaria. En sólo cuatro días recibí su respuesta en la oficina de correos. Tras unas conmovedoras palabras de alegría, me aconsejaba que fuera a Linz, a casa de mi hermana, que había sido evacuada a esa ciudad en 1943.

Mi llegada fue una gran sorpresa para ella. Se había casado y tenía dos hijos. Me recibió con mucha alegría y me obligó a permanecer con ella cuatro semanas, durante las cuales se prodigó en mimos y cuidados para que me restableciera de los años en los campos de concentración. Mi recuperación psíquica fue más lenta, y tardé en superar la angustia mental que me invadía. Continuamente, especialmente por las noches, creía que me encontraba aún prisionero en el campo. Solamente gracias al cariño y a la paciencia infinita de mi hermana empecé poco a poco a sentirme mejor: finalmente estaba de vuelta en un hogar y vivía con mi familia.

Después de esas cuatro semanas recuperándome no había nada que pudiera detenerme; necesitaba volver a Viena, volver a casa junto a mi madre, sobre todo después de que mi hermana me contara la trágica muerte de mi padre. Una vez que tuve en mis manos la documentación necesaria y que en el mismo puente sobre el río Enn la comandancia rusa me concedió el permiso de entrada, viajé embargado por la impaciencia a mi ciudad, a mi hogar en Viena.

Mi madre y yo derramamos lágrimas de felicidad al volver a vernos, tras tantos años de separación en los que nunca supo si yo estaba vivo o muerto, lágrimas de felicidad que se mezclaron con lágrimas de amargura por la suerte que había corrido mi padre. Otra vez estábamos juntos, nos teníamos el uno al otro: ella a su hijo, flaco y marcado por los largos años de cautiverio en el campo de concentración; yo a mi cariñosa madre eternamente preocupada por mí, que nunca había perdido la esperanza de abrazarme de nuevo con vida, en mi hogar, y que había tenido que esperar seis años a que llegara ese día.

Una vez más estaba en mi cuarto, rodeado de los libros de mis años de estudiante, una visión que me deparaba consuelo y seguridad a la vez. Todo seguía en su sitio, nada había cambiado en esa habitación desde el día en que la Gestapo me llamó y no pude volver. Sólo nosotros habíamos cambiado, mi madre y yo. Yo, por la violencia y la represión, mi madre por las preocupaciones y el dolor. De alguna manera nos habían sacado de una vida normal.

Deseaba retomar y terminar los estudios que años antes había iniciado, pero, no tenía la fuerza ni la voluntad que el estudio requiere. No podía alejar de mi mente las terribles torturas del campo de concentración ni olvidar las tremendas brutalidades de los esbirros de las SS. Empezaba escuchando al profesor, pero pronto mi mente divagaba: pensaba en el campo, veía ante mis ojos las escenas de tortura, olvidaba que estaba en clase. También en los momentos tranquilos me sucedía lo mismo, las imágenes del campo acudían, espantosas, a mi mente, imágenes que no podré olvidar mientras viva. Hoy, hace tiempo que la gente ha dejado de hablar de los sufrimientos y de las matanzas en los campos de concentración, la gente de hoy no quiere recordarlo en absoluto, pero nosotros, quienes estuvimos prisioneros en uno de esos terribles lugares, no podremos olvidar jamás cuanto nos hicieron.

Solicité la reparación que me correspondía por los años que pasé prisionero en los campos, pero la autoridad democrática la rechazó: en calidad de prisionero de triángulo rosa, de homosexual, había sido condenado por un

delito penal, aunque nunca hubiera hecho daño a nadie, como ocurrió en mi caso. No se conceden compensaciones a ex prisioneros enviados a campos de concentración por delitos penales. Tuve entonces que buscarme un empleo en una oficina comercial, que no satisfacía mis ambiciones profesionales pero que al menos me daba para vivir.

Al principio, durante los primeros días posteriores a mi regreso, en el vecindario cuchicheaban y rumoreaban sobre mí, un «marica» del campo de concentración. Pero como yo llevaba una vida muy retirada y nunca me vi involucrado en ningún escándalo de homosexuales, me dejaron en paz con mis ocupaciones, si bien nunca nadie se dignó acercarse a mí en un gesto de compasión. Al principio no me afectaba, pues en esa primera época tras mi regreso no sentía necesidad de hablar con nadie. Luego, sin embargo, ese rechazo hacia mi persona me deprimía y me desconsolaba. Los homosexuales, vivamos en Viena o en cualquier otra parte, aunque llevemos una vida decente, recibimos el desprecio de nuestros congéneres y somos discriminados por la sociedad igual que hace treinta o cincuenta años. El progreso de la humanidad no se ha detenido en nosotros.

La pena de muerte por homicidio o asesinato se ha abolido por cuestiones humanitarias, y lo celebro. Pero ¿por qué a nosotros, los homosexuales, nos siguen tratando de forma tan inhumana, por qué continúan persiguiéndonos y nos condenan los tribunales como lo hacían en tiempos de Hitler? Es cierto que nuestra tan abierta sociedad actual acepta la homosexualidad a su manera, con obras de teatro y películas sobre él tema, pero al mismo tiempo nos desprecia y nos persigue. Tendrán que ser la ciencia y las organizaciones humanitarias las que ilustren a las gentes y a la sociedad acerca de la homosexualidad y pongan fin a esta contradicción.

Hasta que esto suceda, tendremos que continuar viviendo en la sombra de la sociedad, e ir sobrellevando a tragos una existencia francamente incompatible con la dignidad humana.

Muy poco se ha escrito sobre el hecho de que junto con los millones de seres humanos que Hitler aniquiló cruelmente por motivos «raciales», cientos de miles de personas fueron torturadas con sadismo hasta la muerte por el mero hecho de tener sentimientos homosexuales. Muy pocos han dado a conocer hasta ahora que la locura de Hitler y sus acólitos no iba dirigida solamente contra los judíos, sino también contra nosotros los homosexuales, en ambos casos con el propósito de la «solución final», el aniquilamiento absoluto de estos seres humanos.

Que nunca sean olvidadas

estas multitudes de muertos,
nuestros anónimos
e inmortales mártires.

Glosario

<i>Departamento Central de Seguridad (Reichssicherheitsbaupamt)</i>	Dirección nacional conjunta de todas las fuerzas de seguridad y policía, presidida por Himmler.
<i>SA. (Sturmabteilung)</i>	Tropas de asalto, organización paramilitar nazi de masas, de particular importancia antes de que los nazis tomaran el poder.
<i>SS (Schutzstaffel)</i>	Brigada de defensa, fuerza nazi de elite que dirigía los campos y que también participaba en combates.



HEINZ HEGGER, seudónimo del escritor austriaco Johann «Hans» Neumann (Strasshof, 1914 - 29 de junio de 1978)

Neumann creció en Viena. Durante la Segunda Guerra Mundial, sirvió como soldado desde 1939 y luego estuvo activo desde 1944 hasta 1945 en la resistencia holandesa contra la ocupación alemana.

En la década de 1960 Neumann —él mismo homosexual—, quería escribir un libro sobre las experiencias de los homosexuales en los campos de concentración. A través de un conocido mutuo, conoció a Josef Kohout y estenografió la historia de Kohout en aproximadamente 15 conversaciones entre 1965 y 1967. Las historias de Kohout deberían ser suficientes para todo un libro, pero durante años Neumann tuvo problemas para encontrar un editor. Decidió publicar el resultado en 1972 y finalmente lo publicó por la editorial Merlin Verlag no bajo su nombre, porque temía ser excluido y discriminado socialmente en la vida profesional.

Debido a la situación narrativa en primera persona, desde la publicación del libro, a veces se daba la impresión de que Heinz Heger era la misma persona que Josef Kohout.

Neumann vivía con su compañero en Strasshof y murió allí en 1978. La herencia de Neumann incluye una primera versión no corregida de Die

Männer mit dem rosa Winkel.

Notas

[1] Un «175»: Un homosexual, del artículo 175 del código penal (*N. del T.*) <<

^[2] *Gestapo: Geheime Staatspolizei*, policía secreta estatal (*N. del T.*) <<

[3] *KZ: Konzentrationslager*, campo de concentración (*N. del T.*) <<

^[4] *Anschluss*: La anexión de Austria a Alemania en 1938 (*N. del T.*) <<

[5] *Reich*: Imperio. Los nazis consideraban que su régimen representaba el Tercer Imperio de la historia alemana (*N. del T.*) <<

[6] *Ostmark*: Nombre con el que los nazi rebautizaron Austria después de la anexión (literalmente quiere decir Marca Oriental) (*N. del T.*) <<

^[7] *Gauleitung*: Sede regional del partido nazi (*N. del T.*) <<

[8] Sección IIs: Departamento de la Gestapo para el «Control de la Homosexualidad y el Aborto» (*N. del T.*) <<

[9] *Faci*: En la jerga de la prisión, un ordenanza (*N. del T.*) <<

[10] *SS Untersturmführer*: Rango equivalente a alférez en el ejército español
(N. del T.) <<

[11] *Capo*: Jefe, en italiano. Prisionero con algunas responsabilidades sobre su brigada de trabajo (*N. del T.*) <<

[12] *Notables (Prominenz)*: En la jerga del campo de concentración, todos los capos y decanos (*N. del T.*) <<

[13] *Obercapo*: Capo en jefe, prisionero a cargo de un grupo de capos (*N. del T.*) <<

[14] *Lagerälteste (LA1)*: Decano del campo, prisionero con algunas responsabilidades sobre todo el grupo de prisioneros recluidos en el campo (N. del T.) <<

[15] *Blockälteste* (BA 1): Decano de bloque, prisionero con algunas responsabilidades sobre su bloque (*N. del T.*) <<

[16] *SS Obersturmführer*: Rango equivalente a teniente en el ejército español
(*N. del T.*) <<

[17] *SS Obersturmbannführer*: Rango equivalente a teniente coronel en el ejército español (*N. del T.*) <<

[18] *SS Standartenführer*: Rango equivalente a coronel en el ejército español
(N. del T.) <<

[19] *Waffen SS*: Ala militar de las SS, al principio independiente de los guardias de campos de concentración, pero posteriormente incorporada con éstos en una sola fuerza combinada (*N. del T.*) <<

[20] *SS Reichsführer*: Heinrich Himmler, jefe nacional de las SS y del Departamento Central de Seguridad (*N. del T.*) <<

[21] *SS Hauptsturmführer*: Rango equivalente a capitán en el ejército español
(N. del T.) <<

[22] *Wehrmacht*: El ejército regular alemán (*N. del T.*) <<

[23] *SS Hauptscharführer*: Rango equivalente a sargento primero en el ejército español (*N. del T.*) <<

[24] *Lagerführer*: Comandante del campo, oficial encargado directamente del campo de prisión, pero subordinado al director de toda la estructura del campo de concentración (*N. del T.*) <<

[25] *SS Oberscharführer*: Rango equivalente a sargento de intendencia en el ejército español (*N. del T.*) <<

[26] *Lagerkommandant*: Director del campo (*N. del T.*) <<

[27] *Lagerpolizei*: Cuerpo de policía del campo, al que se incorporan los prisioneros alemanes en los últimos meses de la guerra (*N. del T.*) <<